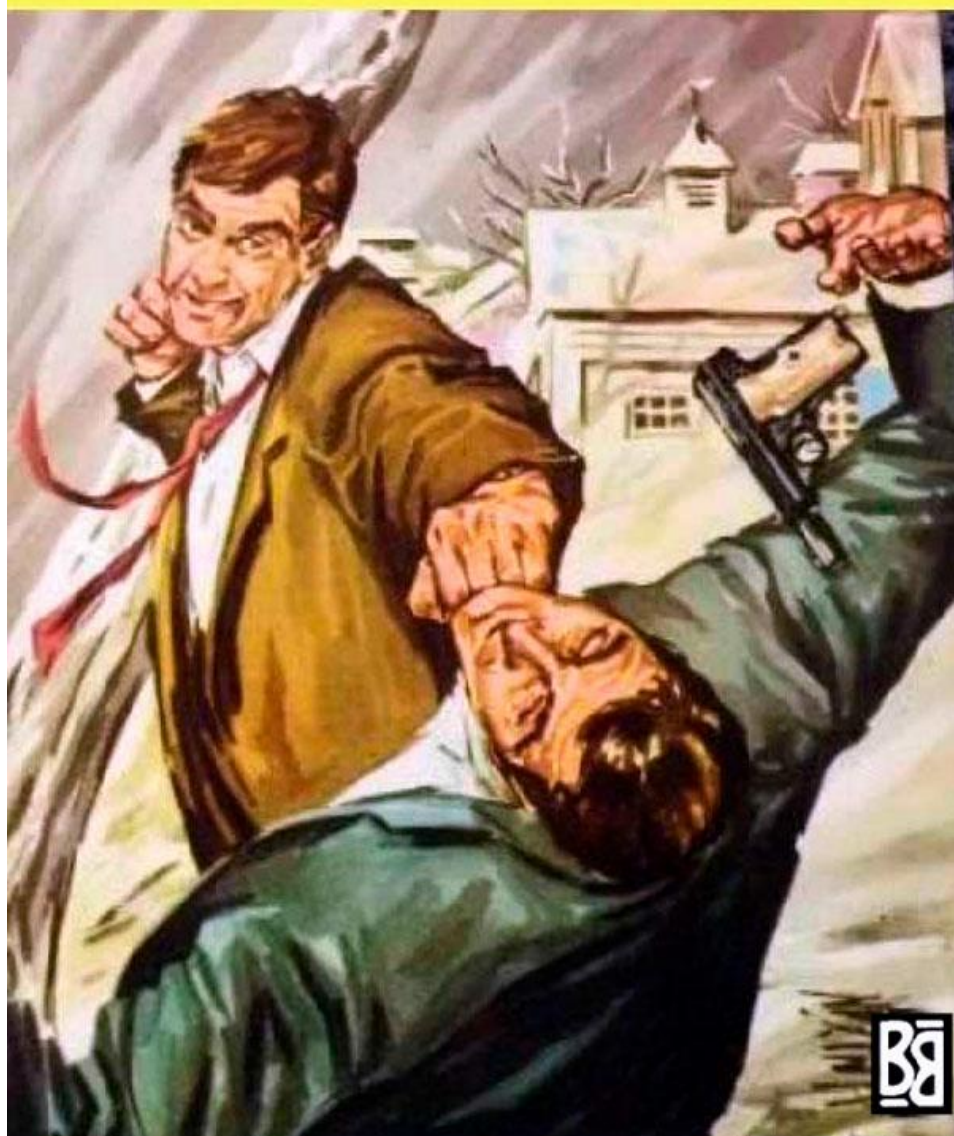


PUNTO  
**ROJO**

# epitafios sangrientos

frank caudett

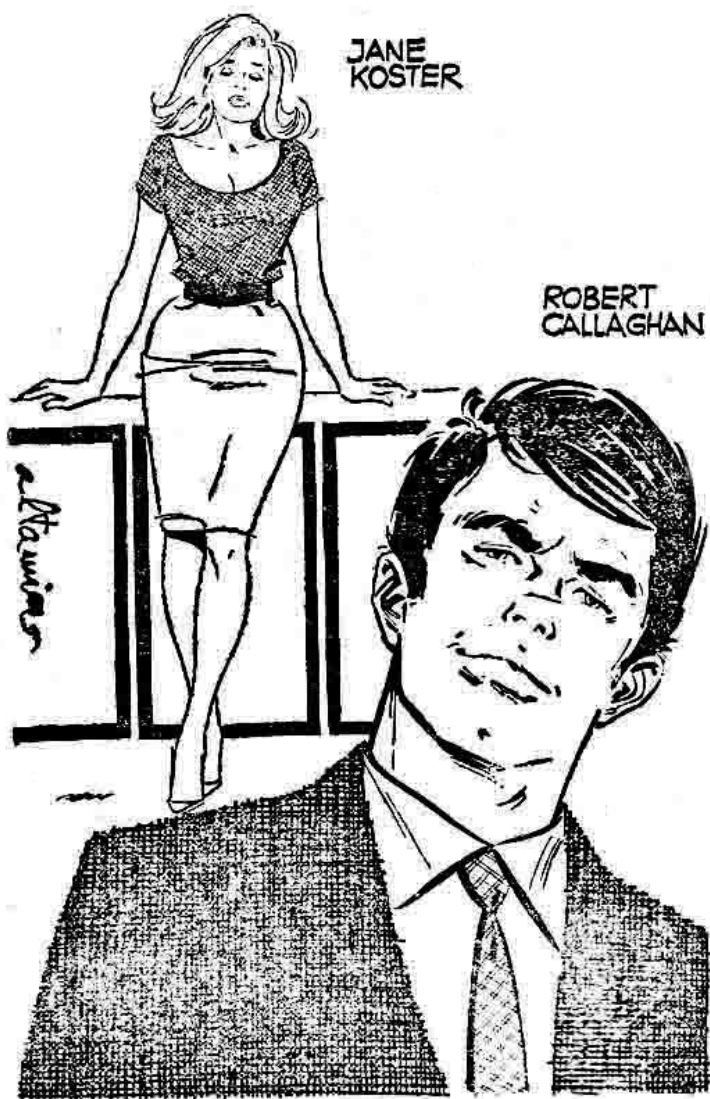


BB

EPITAFIOS SANGRIENTOS.

JANE  
KOSTER

ROBERT  
CALLAGHAN





**FRANK GARDETT**

## **EPITAFIOS SANGRIENTOS**

**Colección PUNTO ROJO n.º 220**

**Publicación semanal**

**Aparece los SABADOS**

**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

**BARCELONA  
BOGOTA  
BUENOS AIRES  
CARACAS  
MEXICO  
RIO DE JANEIRO**



*Depósito Legal B 16921 - 1966*

*Impreso en España - Printed in Spain*

*1.ª edición: julio 1966*

© FRANK CAUDET - 1966

*sobre el texto literario*

© LUIS ALMAZAN - 1966

*sobre la cubierta*

© COSTA y ALTAMIRA - 1966

*sobre las ilustraciones interiores*

Concedidos derechos exclusivos a favor  
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.  
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.  
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1966

N. R. 2.923/66

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

## CAPÍTULO PRIMERO

No era necesario acercarse demasiado para leer el letrero. Grande y colocado en el tercio superior de la puerta. Decía así, con negros caracteres:

«ROBERT CALLAGHAN. PRIVATE INVESTIGATION»

Callaghan no soñó, jamás, lucir semejante letrero sobre su puerta. El siempre había huido a la ostentación. Claro que, la teoría, estaba íntimamente ligada a la absoluta carencia de «pasta».

El día que Robert se decidió a revolver armarios privados en busca de «esqueletos», no tenía ni un centavo.

Bueno, la licencia. Y un viejo despacho en el Brooklyn, con dos butacas de raído tapizado. ¡Ah!, y tres cuadros —impresionistas según el autor—, obtenidos de un bohemio a cambio de una botella empezada de «Spey Royal».

Su clientela de entonces se reducía a un pequeño grupo de esposas desesperadas, cincuentonas la mayor parte, que habían adquirido un marido joven con la desinteresada intervención de un juez de paz.

El problema que las hacía golpear la puerta, sin letrero, del detective, era común a todas ellas. Su joven marido, una rubia de cualquier espectáculo con muy poca ropa y menos prejuicios, la merma considerable de su cuenta bancaria.

Callaghan, localizaba al fulano en cuestión y le planteaba la papeleta. Si el muchacho era inteligente, cosa que sucedía con frecuencia, sabía comprender al detective a las primeras de cambio. Y éste, reacio y digno en un principio, terminaba cediendo al

soborno.

Luego, redactaba un informe extenso y detallado acerca de los muchos y elevados gastos que realizaba el cónyuge, contribuyendo a numerosas obras de caridad y a la construcción de un nuevo orfelinato.

Gastos éstos, que su altruismo y humildad le obligaban, ¿cómo no?, a silenciar.

Poco ético, desde luego. Pero la lucha por la subsistencia era muy dura.

Mas, desde aquellos días difíciles, muchas nubes habían llorado sobre la tierra.

Robert Callaghan, con su letrero ostentoso y su oficina de sabueso diplomado, era en Nueva York el hombre del día. El detective de moda, y eso en una ciudad cuyo censo de investigadores privados superaba, de largo, al de barrenderos municipales.

Vulgar paralelismo, mas no por ello menos cierto.

Aquel día, Bob —apelativo que gustaba de oír en labios femeninos—, abdicando de sus más sólidos principios entre los que figuraba como elemental precepto el de NO MADRUGARAS, se plantó en la oficina a las nueve en punto de la mañana.

Claro que, ahora daba gusto entrar en el despacho, aunque fuera a una hora tan intempestiva como poco saludable. No obstante, Robert se dijo que aquello eran monsergas y se prometió, solemnemente, no ceder jamás ante tan absurda tentación.

Su «agujero» estaba situado en Times Square, frente a la triangular mole del «New York Times». En un edificio de construcción reciente con vestíbulo a lo Waldorf Astoria y escaleras de film en «Todd-Ao».

Tras el letrero, orgullo y honra de Robert, se iniciaba el antedespacho. Y lo más a destacar en él, eran las piernas de Jane.

Su secretaria.

La muchacha tenía una diabólica habilidad en ceñirse de cintura hacia ahajo estrechas faldas que se quedaban bastante por encima de las rodillas.

Y Bob, manifiesta debilidad por observar el principio del forro.

Hasta la fecha no lo había conseguido. Pero fiaba en su

perseverancia.

Jane levantó los almendrados ojos de las teclas que volaban entre sus manicuradas uñas. Observó al somnoliento Callaghan.

¡Hola, muñeca! —le tomó la barbilla acercando sus labios a los de ella—. ¿Algo nuevo por la mañana?

Jane, evitando con dificultad que la matutina efusión se prolongara más allá del minuto, respondió:

—Hasta el momento, nada.

Ayer vi al canijo de tu novio esperándote abajo —comento el detective camino de su despacho—. ¿Quieres aceptar un consejo? Ese fulano no te conviene.

—Habla de matrimonio con insistencia —apuntó ella picaresca.

—¡Bobadas! Los hombres que piensan en casarse están caducados. A ti te conviene un tipo de carácter ¡como yo!

Del mueble-bar tomó la botella de *whisky* y un vaso. Tragó un sorbo dejándose ir sobre la oscilante butaca.

Al momento se encendió la luz del interfono. El timbre musical que vibraba en la voz de Jane, se filtró por sus oídos con igual cadencia que una melodía de Colé Porter.

—¿Has leído la edición matutina del «Herald Tribune»? Max Logan te dedica media página. Derrocha panegíricos, pasea por las nubes al más eficiente de los «husmeadores» neoyorkinos y comenta el éxito obtenido en el caso del Central Bank. ¡Lástima que Baldwin Hodder no comparta su opinión!, ¿eh?

—Hodder es un cerdo con camisa y tirantes, nena —bebió nuevamente de la botella para ahogar el disgusto—. Logan como todos los chicos de la Prensa, es voluble. Verás como el día menos pensado se convierte en el peor de mis detractores.

Callaghan, todo humildad y modestia, no habló de cheque que le había endosado a Max Logan.

Triquiñuelas que ayudaban a vivir.

Prendió un cigarrillo.

Los fumaba ingleses por dos conceptos. Por su aromático sabor y porque prestaban cierto aire de distinción.

Además, si en todo el mundo se consumían los pitillos del Tío Sam, Bob Callaghan debía escapar a la vulgaridad.

Lanzó varias espirales de humo y se puso a pensar, sin saber exactamente en qué.

La falta de preocupaciones, sobre todo económicas, significaban un notable ahorro de masa encefálica. No había en qué pensar.

Buscó en su agenda de bolsillo el número de una muchacha con la que esperaba compartir algunas horas de la noche próxima.

¡Ah!, y sus vacaciones. Tenía que pensar en ello. Esta vez convertiría en realidad una de sus más viejas ilusiones.

Palm Beach. Mujeres de precio, playas de ensueño.

Bruscamente, la luz del intercomunicador brilló por segunda vez. La garganta de Jane entonando ahora con severidad, rompió el discurrir sibarita de sus «platónicos» pensamientos.

—Una señora desea hablarle, míster Callaghan —anunció.

Cuando había «pagano» —de los de pagar— a la vista, el tuteo, Bob y «jefe», quedaban a un lado. Entonces se daba paso a la más estricta seriedad profesional.

Algo verdaderamente importante. Una primera impresión desfavorable podía estropear un magnífico negocio. —Hágala pasar — concedió el detective.

Apagó el cigarrillo, efectuó un ligero retoque en la corbata, tiró hacia abajo de los faldones de la chaqueta y abandonó la mesa acercándose a la puerta.

Se abrió ésta. Jane se hizo a un lado para dejar paso a la mujer.

Lo de señora estaba por ver. Pero que era de verdadera antología se estaba viendo ya.

Allí, erguida majestuosamente junto al umbral, mostrando su cuerpo recortado en el interior de una sola pieza de color negro.

—¿Míster Callaghan? —inquirió ella, en un tono más sinuoso y ondulante que sus propias curvas.

—Yo soy —contestó el detective. Y ofreciendo una butaca, invitó — ¿tiene la bondad de tomar asiento?

Lo hizo. Consciente de la impresión que estaba causando en el ánimo del hombre.

Callaghan se situó tras la mesa, fijando su mirada en los puntos más sobresalientes de la geometría de su cliente.

—Me encuentro en terrible apuro —anunció decidida.

Antes de hablar, Robert Callaghan la observó largamente.

Tenía el rostro tostado por el sol. Enmarcado por una mata de cabello cobrizo que resbalaba por encima desnudos hombros. Bajo las cejas, cuidadosamente depiladas, surgían, suaves y rizadas,

largas pestañas. Por entre ellas, brotaban los rayos refulgentes de unas pupilas de intenso verdor, profundas y misteriosas, que cobraban vida propia en el interior de unas órbitas oblicuas y prolongadas hacia las sienas. La boca, como una herida escarlata, jugosa y ondulada, parecía obedecer a los trazos de una experta paleta.

Fuera de serie.

—Usted dirá en qué puedo ayudarla, *miss*... —dijo Callaghan al término de su minucioso estudio.

—Bertie Marthin —completó la mujer—. Bueno, ése era mi nombre cuando soltera... actualmente soy la esposa de Charlie Gassey.

—¡Está casada! —exclamó para sí el detective—. Vaya si hay tipos con suerte. O con muchos dólares, desde luego.

Bien mirado, billetes a toneladas debía ser el factor más importante que tenía en su haber el marido de la colosal Bertie.

Su máximo atractivo.

—Digamos que se trata de un problema de índole conyugal —susurró la señora Gassey, inclinando ligeramente la cabeza.

Callaghan la miró impertérrito.

Normal. Lógico. Natural.

Dió rienda suelta a su imaginación. Charlie debía ser un sesentón caduco, un botarate podrido de millones por los cuatro costados, y Bertie, la exhuberante Bertie, toda ardor y sexualidad, toda pasión juvenil, debía tener sus caprichos. Muchachos de veinticinco años... o más jóvenes quizá.

Más tarde saldría Robert de su error. Lo de sabérselas todas no era cierto.

Bertie afanándose por disipar el agobiante silencio que se había abierto entre los dos, murmuró.

—No parece sorprenderse, míster Callaghan.

El la miró con intencionada insistencia.

—¡Oh, no! —daba la sensación de estar ausente—. Jamás me sorprenden los problemas de mis clientes. Menos en estos casos.

Parpadeó, y con voz nerviosa en la que vibró una inflexión de temor, explicó lentamente:

—El año pasado estuvimos veraneando en Los Everglades. A los pocos días de nuestra estancia, Charlie dijo que debía regresar a

Nueva York para atender unos negocios que no admitían demora — hizo una pausa para aclarar—. Mi esposo es uno de los directores del National Bank.

El detective buscó con los suyos, las preciosas esmeraldas que ella tenía por ojos.

Así que, ¿director de un Banco?... Dólares a chorro por un tubo. Y él, que presumía de tener cuatro cochinos billetes en su cuenta.

Ni a una mediocre muchacha de conjunto podía aspirar.

—Y usted —la interrumpió, mientras maldecía su perra— prosiguió su veraneo, ¿no? Un «flirt», ¿verdad?

Alzo las cejas asombrada.

—¿Cómo sabe...?

Robert estereotipó una sonrisa vanidosa.

—Intuición profesional; sólo eso.

Y guardó silencio, porque sabía llegado el momento de las confesiones en voz baja. Era lo tradicional.

Su pensamiento se adelantó, esta vez, a los hechos.

—¿Puedo contar con su ayuda? —inquirió Bertie suplicándole con la mirada.

La pregunta no carecía de fundamento. Si el detective no aceptaba, ¿para qué hacerle partícipe de sus confidencias?

Me imagino que sí —y aclaró apresuradamente—. Si me es posible hacerlo y siempre que convengamos en mis honorarios.

La mujer pareció tranquilizarse. Sin decir una palabra, abrió el bolso —auténtico lagarto de los grandes— y con evidente desprecio al dinero, arrojó sobre la mesa un fajo de billetes.

—¿Bastan cinco mil... para empezar? —y añadió—: Estoy al corriente de que es usted el investigador más eficiente de la ciudad y el que tiene la tarifa más elevada. Por eso he venido a verle.

Tiempo atrás, Callaghan hubiera desorbitado los ojos atrapado al vuelo la «pasta» y asegurado que cinco mil bastaban para empezar y terminar.

Cada época una actitud.

Ahora, de acuerdo con su prestigio, debía comportarse como le correspondía hacerlo al detective más caro de Nueva York.

—Hasta el momento estamos de acuerdo —habló sin emoción alguna—. Luego le extenderé el recibo.

Una de las mayores sorpresas que recibiera en su vida

profesional aguardaba a Callaghan.

—Negocios urgentes. Ésa fue la excusa que arguyó mi marido para dejarme en los Everglades. Como usted ha intuido existía un «flirt». Una mujer aguardaba a Charlie en Miami.

Robert Callaghan entreabrió los labios. Estupefacto. Mudo de asombro. Incapaz de articular un solo sonido.

¿Existía un tipo lo suficientemente estúpido en todo el globo como para enredarse con cualquier gata sucia de *cabaret*, teniendo acceso continuo y legítimo a una mujer de aquel calibre?

—¡Inconcebible! —pudo exclamar al fin.

—Hace seis meses —prosiguió la muchacha, tomando precauciones para que el vestido no mostrara demasiado a los ojos del hombre— recibí un sobre conteniendo varias fotografías. Eran el fiel exponente de lo que mi marido había sido capaz de hacer en una sola noche. Junto a las fotos, se incluía una nota citándome a adquirir el negativo.

¡Vaya! Así que Charlie era un sesentón caduco, ¿eh? Callaghan se burló de sus deducciones, y pensó que él, con billetes en cantidad y veintiocho años de bien cuidada salud podía hacer verdaderas conquistas. Si ellas colaboraban, desde luego.

Alargó la mano para recoger el papel que le tendía Bertie.

El chantajista no era precisamente una lumbrera. Empleaba los arcaicos procedimientos de siempre.

Letras recortadas de un periódico o revista —más bien parecían de esta última—, y sujetas encima de una cuartilla en blanco con cinta adhesiva.

El texto era el siguiente:

«EL NEGATIVO ESTA EN VENTA. REMITA

25 000

DOLARES A LISTA DE TELEGRAFO. ANTHONY  
GARLAND. MIAMI.»

—¿Pagó? —quiso saber Robert, devolviéndole la hoja.

—Religiosamente. Sin vacilar. Una semana después del envío recibí el negativo.

—Y ahora le han robado fotografías y clichés —apuntó

Callaghan, satisfecho por la expresión de desconcierto que empezaba a dibujarse en el agradable rostro de Bertie—. ¿Es así?

—¿Es usted zahorí? —preguntó ella, visiblemente admirada.

—Si la gente no se empeña en demostrar lo contrario, sólo detective. Pero siga, por favor.

Robert le ofreció su cajetilla de «Player's»,

Cuando ambos hubieron encendido, ella, por entre una nebulosa de azulado humo, explicó:

—Noté la desaparición hace cinco días. Desde entonces he procurado vigilar constantemente a mi marido, puesto que sólo a él podían interesarle esas fotografías.

—¿Y bien...?

—Ayer tarde pude escuchar, a través de uno de los supletorios de casa, la conversación telefónica que Charlie sostuvo con un desconocido. Alguien que le ofrecía esas fotografías, y el negativo a cambio de cincuenta mil dólares.

—Doblando la tarifa... —comentó en voz baja el detective. Y preguntó—: ¿Dijo su nombre?

—No lo pronunció. Habló solamente del dinero y las fotos. Concertó una entrevista con mi marido para mañana por la noche en el cementerio norte.

—¿Qué...? —inquirió con incredulidad—. ¿En el cementerio?

—Yo también me sorprendí —fue la respuesta de ella—. Casi textualmente, puedo repetir las instrucciones que le dio a Charlie: «Estará usted a las veintitrés treinta de la noche, junto a la puerta posterior del cementerio. La encontrará abierta. Ascienda por el camino que al pie de ella se inicia, introdúzcase por la primera bifurcación de la izquierda y espere junto a la lápida número cuatro, contando a partir del camino central. Traiga los cincuenta mil en billetes pequeños, usados, en un sobre blanco y anudados con una cinta negra».

—Hasta ahí todo en orden —la interrumpió Callaghan, clavando su mirada en los diamantinos pendientes que, imitando al trébol, adornaban el lóbulo de sus menudas orejas—. Pero si mal no recuerdo, señora Gassey, ha dicho al principio que se encontraba en un terrible apuro. Yo, más bien opino, que es su esposo quien se encuentra apurado.

Hubo un silencio. Los ojos de Bertie brillaron de manera extraña. Su voz enronqueció al exclamar:

—¡Pues se equivoca! —y añadió apagadamente—: Charlie piensa pedir el divorcio, y eso... significa mi ruina. Hasta hoy las fotografías eran el as que yo guardaba bajo la manga. Cuando se hubiera decidido a exponer claramente sus intenciones, le hubiese mostrado los retratos y amenazado con darles publicidad. Un escándalo de esa naturaleza podría poner en peligro su posición social. Con el negativo en mi poder. Charlie se vería obligado a desistir en sus propósitos, pero si se hace con las fotos: BASURA para mí.

Vaya, la distinguida Bertie ya se había sacado el antifaz. Se mostraba tal cual era. Egoísta, fría y calculadora. No le importaba estar casada con un hombre que se burlaba de ella si éste la inundaba de billetes.

Pero en lo tocante a la restricción económica... ¡eso sí la desesperaba!

«Porquería pura», pensó Robert.

Y en voz alta dijo:

—Si hay divorcio se queda sin «gallina de los huevos de oro». Correcto. ¿Y qué quiere que haga yo para impedirlo?

—Su intuición profesional debiera advertírselo —respondió ella con un atisbo de sarcasmo—. Recuperar las fotos y el negativo. Quince mil al terminar si lo consigue.

Robert Callaghan permaneció unos instantes reflexivo. El asunto no acababa de convencerle. Había en él algo raro que no alcanzaba a comprender. Una nota discordante que parecía huir del pentagrama.

—¿Y si no lo logro?

Bertie acogió la pregunta con evidente extrañeza.

—Tengo entendido que ha solventado casos mucho más difíciles, ¿no? —dijo, mirándole intensamente—. ¿En qué estriban sus dudas con respecto al éxito de un trabajo que para usted ha de resultar juego de niños?

—En nada concreto —respondió Callaghan.

—Entonces..., estamos de acuerdo, ¿no? —aguardó la respuesta, y visto que el hombre se mantenía en silencio, abandonó la butaca, despidiéndose—: Pasado mañana le llamaré para que me

comunique noticias. Tengo la seguridad de que todo saldrá bien.

—No se lo garantizo —habló Callaghan, levantándose a su vez. Y agregó—: Aguarde, le extenderé el recibo de los cinco mil.

—No hace falta, ya lo hará por el total. Veinte mil..., hermosa cifra, ¿verdad, míster Callaghan?

Una insinuación quedó en el aire.

El detective la acompañó hasta la puerta. Desde el umbral observó la esbelta silueta que se perdía escaleras abajo.

Viéndola así, siguiendo con la mirada el contoneo de su figura bien formada, creyó que flotaba en la atmósfera.

Pese a lo de la ley de la gravedad.

Le asaltó una duda al respecto. ¿Habría entendido bien aquello de que los cuerpos se atraían por razón directa de las masas e inversa con el cuadrado de las distancias?

Seguramente sería que las masas bien formadas atraían desde cualquier distancia.

—¿Vas a pasarte la mañana en la puerta, jefe? —oyó que le preguntaba Jane.

Y creyó adivinar en su tono algo muy parecido al despecho.

Luego de cerrar, se volvió hacia ella.

—¿Sabes una cosa, nena?

La muchacha le interrogó con la mirada.

—Decididamente, te conviene tu novio —esbozó una sonrisa cínica—. En cuanto te vuelva a proponer matrimonio, acepta.

Jane, tiró furiosamente del borde de la falda para que aquel cretino no contemplara ni siquiera sus rodillas.

—Robert... —dijo muy despacio, tratando de dominar su ira—, nunca, nunca jamás, vuelvas a ponerme la mano encima. No intentes tocarme porque te sacaré los ojos, ¿entiendes?

Alzó, desafiante, su carita respingona.

Robert Callaghan caminó hacia delante. Se detuvo a un paso de la mesa, y alzando el índice, advirtió:

—Te engañas, muñeca. Tú estás deseando que Bob te bese, ¿me equivoco?

E inclinándose, acercó su rostro a dos dedos del de Jane. Los ojos de ella chispearon. Le mostró sus afiladas uñas.

—¡Inténtalo!... ¡Atrévete!

Y vaya si lo hizo. La sujetó con fuerza por los hombros y

estampó sus labios sobre los femeninos.

La muchacha intentó desasirse del férreo abrazo. Lentamente fue cediendo, y, por último, enroscó las manos a la nuca del detective.

Esta vez, el ósculo rebasó con largueza los sesenta segundos.

Al separarse, Robert la miró y le dijo:

—Así está mucho mejor. Me gusta mirar tus deliciosas piernas.

Y se alejó hacia su despacho. Desde la puerta observó:

—¡Ah!, no estoy para nadie, Jane. Ni hoy ni mañana. Tras cerrar la hoja, se acomodó en la butaca giratoria y pulsó el interfono, diciendo:

—Rectifico, pequeña. No te cases.

—¡Imbécil!

Sonrió, enfrascándose en sus pensamientos.

Lo de Charlie Gassey en compañía de una cabaretera de Miami mientras un fulano listo tiraba unas placas, daba que pensar.

Y si para ello se asaba el cerebro, podía llegarse a la conclusión de que aquel asunto no olía bien.

Una mujer inteligente que luchaba por conservar el chorro de dólares que escupía su marido.

Que entraba en el despacho de un pesquisa regalando cinco mil.

Un caso dudoso el de la calculadora señora Gassey. Muy sencillo. Demasiado peligroso.

Robert aplicó el gollete de la botella a su boca.

¡Qué cuernos! Acudiría al cementerio. ¿O no era un hombre dado a las emociones fuertes?

## CAPÍTULO II

Veinte mil dólares eran demasiados dólares.

El más idiota de todos los retrasados mentales, en el más obtuso de sus razonamientos, hubiera admitido que veinte de los grandes por el solo hecho de recuperar unas fotografías del amigo Charlie, era demasiada pasta.

Ni tan siquiera considerando el riesgo de colarse en un cementerio al filo de la medianoche para hacerse con las fotos podía admitirse un atisbo de lógica en aquel asunto.

Pero Callaghan, en contra de la lógica y ante la fácil posibilidad de incrementar su peculio con veinte papelotes, detuvo su yate con cuatro ruedas a trescientos metros del camposanto.

Caminó en silencio tratando de no pensar en nada.

Correcto. Tal como había indicado Bertie, la puerta se hallaba entreabierta.

Que un cementerio en sombras y los carnavales de Rió eran dos cosas diametralmente opuestas, iba a constatarlo de inmediato Robert Callaghan.

Y a medida que avanzaba, le quedaban menos dudas al respecto.

Extrajo su automática de la sobaquera asegurándose de que estaba a punto para una posible agresión. Pura precaución. El detective sabía por experiencia que estas cosas terminaban con fuegos de artificio.

Con ella en la derecha y una lámpara portátil en la izquierda, inició el ascenso por el enarenado sendero que, a unos diez metros, describía una amplia curva internándose ya en la necrópolis.

En mitad de aquélla erguía un imponente monolito rematado por una cruz tosca y herrumbrosa. Proyectó contra él los rayos de la linterna.

Leyó la inscripción grabada en la piedra:

«En la aurora y mediodía de la corta peregrinación sobre la tierra, cuando el mundo se muestra sembrado de flores y caricias, de fantasías y esperanzas vanas, de tarde en tarde, y siempre a la ligera, suele visitarse el lugar pavoroso donde, los que ayer vivían, duermen hoy el profundo sueño de la muerte.»

A su pesar, se estremeció.

Dio vuelta al filosófico pedrusco prosiguiendo el lento avance. Poco después, el sendero bifurcábase a izquierda y derecha orillando las fúnebres moradas de quienes reposaban por toda la eternidad.

Se detuvo unos segundos acechando las espesas negruras de la noche. Ululó el viento por entre las copas agudas de los estirados y estáticos cipreses lanzando un silbido macabro y prolongado.

Ruido éste que se le antojó a Robert como mortal preludio de una funesta rapsodia.

Cual si obedeciera a la misteriosa llamada de unas voces de ultratumba, apareció la luna en el centro de un firmamento moteado por puntitos luminosos, y sólo un instante pareció detenerse sobre la Ciudad de los Muertos.

Bajo la hiriente luz de sus destellos, el panorama que ofrecía el camposanto era espectral.

Lujosos mausoleos, sepulturas modestas, atavíos luctuosos ornamentando artísticos panteones, pulidas losas de blanco mármol, otras de sencilla piedra y cruces.

Robert no se zafó a la idea de que hasta para morir se necesitaba dinero. Incluso en aquel último reducto de imperecedero silencio existían distinciones.

Categorías, posiciones sociales..., ¡porquería!, montones de huesos todos. Roídos por los mismos gusanos. Volviendo al mismo barro de que fueron creados.

Quizá los que lucían encima de su esqueleto enormes mármoles con dorados epitafios los debían a sus propios billetes y al doloroso recuerdo de quienes en vida disfrutaban el resto.

La vida era una comedia burda y gigantesca. Pero que no siempre ofrecía la magnífica oportunidad de cazar veinte grandes impresos con tinta del Tío Sam.

Cruces elevando al cielo su muda plegaria. Y piedra.

Y envolviéndolo todo, aplastando como una invisible losa mucho mayor que las que cubrían cadáveres: EL SILENCIO.

Callaghan hizo un esfuerzo mental por alejar la fúnebre sugestión que se iba adueñando de su subconsciente.

¡Y todo por unas fotografías!

¿A qué engañarse? Todo por veinte sucios billetes de los muchos que Charlie dilapidaba en sus francachelas.

Con extraordinaria cautela se internó por el camino de la izquierda. Pensó que no era tan agradable contar lápidas como habría de serlo contar billetes de mil.

Lápida número cuatro.

Piedra. Cruz de hierro forjado R I. P.

Allí, en aquel punto exacto Charlie debía entregar los cincuenta mil papiros.

En un cementerio cotizaría el precio de su divorcio.

Luego, a seguir divirtiéndose, sin temor a fotógrafos indiscretos.

La luna, que parecía complacerse en sus maquiavélicas idas y venidas, emprendió el avance definitivo sumiendo al mortuario recinto en las más completas tinieblas.

De súbito, Callaghan tuvo la certeza de que alguien espiaba sus movimientos. Le invadió la agobiante sensación de sentirse observado.

¿Quién...?

Dos ojillos diminutos, fosforecentes, le escrutaban desde la impenetrable oscuridad. Sardónicos. Despidiendo un brillo tan invisible como intenso.

Fulgor maligno... ¡FULGOR DE MUERTE!

Apretando con firmeza la culata de su pistola, Robert se apartó de la sepultura buscando un lugar desde el cual, oculto, pudiese dominarla.

A su izquierda, pocos metros distante de aquélla, un monumental mausoleo le ofreció el deseado observatorio.

Apagó el haz luminoso no sin antes consultar la esfera de su reloj. Seis minutos más y aparecería Gassey con todo el billeteaje.

Sonó un crujido.

Con los nervios en tensión, asomó la cabeza por encima del mármol.

Oyóse otro chasquido... ¡Y un tercero!

Estaba fuera de dudas que el ruido lo producían unos pies al arrastrarse sobre la grava.

Abandonando la protección que le brindaba el mausoleo atisbo hacia el borde del sendero.

Como si esperaran aquel movimiento.

Los hechos, desde aquel instante, se sucedieron con alucinante rapidez.

Brilló el fogonazo. Retumbó el disparo. Una ráfaga de viento cálido azotó la frente del detective a pocos centímetros de su sien.

Al unísono, una oscura silueta brotó del lugar donde naciera el disparo. Callaghan, en fracciones de segundo oprimió el gatillo tres veces consecutivas.

Vio cómo el bulto se detenía y, tras una convulsión, se precipitaba hacia delante.

Corrió junto a él, alcanzándole en el preciso momento que chocaba contra el suelo.

Sujetándole por los hombros lo volvió boca arriba.

Crispados los músculos faciales. Apagadas las pupilas. Terror y sorpresa en su expresión.

¿Qué duda podía haber?

Lo había dejado «tieso». Tanto como los que reposaban bajo las losas.

Muerto. Lo había matado él. El aventurero de los veinte mil dólares.

Muchos dólares para un asunto tan fácil. Olía mal. A cadáver fuera del sepulcro.

Mas, lo curioso..., lo extraño, era que aquel tipo no sostenía arma alguna entre sus dedos.

Ni la había en el suelo.

Después de registrarlo, Robert Callaghan comprobó con incredulidad que el hombre NO LLEVABA ENCIMA NI UN CORTAPLUMAS.

¿Quién había disparado entonces?

Buscó con la mirada lo que sabía positivamente que era

imposible de encontrar.

¡Una trampa asquerosa que lo convertía en un asesino!

¿Y su amor por la «pasta» fácil?

¡Estúpido! Y se había deleitado contemplando el cuerpo de aquella lagarta que se hacía llamar Bertie.

Carroña de gusanos.

—¡Las manos al cielo, hermano! —ordenó de improviso una voz nacida a su espalda.

El complemento. Se envaró.

Cazado en un cepo para principiantes. ¡Puaf!, al demonio los veinte grandes. ¡Como un vulgar aprendiz!

—¡Vuélvase despacio! —le indicaron. Y cuidado con los movimientos. Al primer síntoma de rebeldía pasa a aumentar el censo de esta «casa».

Un fulano gracioso. Obedeció con lentitud.

Su apresor soltó una exclamación de júbilo.

—¡Vaya, si se trata del gran Callaghan! —y añadió con morbosa satisfacción—. Está caliente el «fiambre», ¿eh, pesquisa? Asesinato en primer grado. Nocturnidad, alevosía... ni el presidente le va a librar de calentarse las posaderas sobre un buen voltaje.

Callaghan también había reconocido al individuo. Uno de los eficientes muchachos que colaboraban con su amigo Hodder.

De los que le tenían ganas; en una palabra.

—Chistoso, ¿verdad? Si eres tan buen payaso como adivino por tu sucia cara, pierdes el tiempo en la brigada de homicidios. ¿No has probado en el circo?

El policía le miró con evidente regocijo.

—Encargaré silla de pista para su ejecución, detective. Y luego, me casaré con su secretaria. Cada aniversario le traeremos ramos de siemprevivas. ¡Estupenda chica ésa janel!

Aquel tío era imbécil con mención honorífica. Y aunque Robert no disponía de tiempo que perder, mucho menos en trivialidades, pensó en la muchacha.

¿Jane casada con aquel cerdo?

¡Basura asquerosa!

Pero si aquel cerdo lo «trincaba» y hacía su entrada triunfal con él en jefatura..., estaba más gaseado que Chessman.

—Cuando quieras, sentimental —le escupió despectivo—.

¿Dónde vas a llevarme, precioso?

El agente apenas si se inmutó. Ignorando los sarcasmos del investigador, le dijo, adelantando la mano armada.

—El teniente tiene la lengua cansada de tanto decirnos que, si algún día lo atrapamos in fraganti, de inmediato tras gruesos barrotes. Luego él decide.

—¡Pero, qué precavidos! —comentó el detective con sorna—. Como para pensar que vosotros mismos me habéis preparado ésta sucia trampa. ¿Cuánto te dará el teniente por este trabajo? Porque es de suponer que las horas extras están fuera de nómina, ¿no? Ahora, que tienen pensado, quizá te den una medalla. Cazar a un «destapador» como yo no es cosa que se consiga todos los días.

—Guarde sus ironías para el proceso, pesquisa.

—¡Ah!, ¿con proceso y todo? Había formado un concepto erróneo de vosotros. Tenía la convicción de que me mataríais de una paliza tratando de hacerme firmar una confesión de asesinato. Me imagino que Hodder se retorcerá de risa si consigue pasarme al fiscal con careos suficientes, ¿no?

Robert, no pretendía otra cosa con su absurda oratoria que distraer la atención del policía, pero éste, con la lección bien aprendida, se mantenía a prudencial distancia cubriendo al detective con su revólver reglamentario.

—¿Y le parecen pocos los que va a poder formularle?

Y basta ya de palabrería, dese la vuelta, Callaghan. Voy cachearle.

El palpeo de rigor.

Hizo lo que le ordenaban girando sobre sí mismo con los brazos en alto. Notó cómo una de las manos del policía se filtraba por el interior de su chaqueta tratando de alcanzar la sobaquera.

La única oportunidad. No tendría otra.

Reacción fulminante la de Callaghan. Bajó la izquierda como una centella atrapando la muñeca del agente. Retorció sin piedad inclinándose a la vez para que el cuerpo del policía volara sobre el suyo.

El dirigible humano fue a estrellarse medio palmo más allá de una losa de granito.

Soltó un alarido. Aun así, saltó como un obús alcanzando el revólver caído en el suelo. Oprimió el gatillo.

Robert efectuó un diabólico escorzo evitando su candidatura a cadáver. El proyectil se perdió en la noche con espeluznante silbar.

El policía tiró nuevamente del gatillo. Pero Callaghan ya volaba sobre él.

Rodaron por el suelo enzarzados en un intercambio de golpes contundentes.

Callaghan recibió un trallazo en el bajo vientre. Se encogió dolorosamente profiriendo un juramento.

El otro aprovechó para incorporarse y lanzar la puntera, de su zapato sobre el rostro de Robert... Por milímetros pudo evitar el bestial castigo.

Haciendo un sobrehumano esfuerzo por dominar el dolor, trabó la extendida pierna retorciendo el tobillo con todo ahínco.

—¡Maldito husmeador! —bramó el otro.

De nuevo dio con sus huesos en tierra. Y esta vez con ventaja para el detective.

La respiración jadeante de ambos contendientes era lo único que turbaba la paz del cementerio.

Callaghan sabía que cada segundo perdido podía significar su ruina. Los disparos habrían alarmado a la vecindad y no transcurriría mucho tiempo sin que la sirena de un coche patrulla taladrara el silencio de la noche.

Si llegaban refuerzos antes de que consiguiera zafarse de ese tipo, estaba irremisiblemente perdido.

El fulano tenía una resistencia fuera de lo normal.

Los puños de Callaghan golpearon con precisión en los puntos claves, pero el otro asimiló el duro castigo, y en un descuido de aquél, conectó un tremebundo izquierdazo a la mandíbula del detective despidiéndolo a dos metros de distancia.

Antes de que consiguiera rehacerse ya lo tenía encima. Hizo muelle con las rodillas recibiendo la embestida con los pies por delante. El agente se vio proyectado hacia la otra orilla del sendero.

Robert se plantó ante él sin darle respiro. Hizo un quiebro para esquivar la demoledora zurda, un amago para obligarle a descubrir la guardia y una finta habilísima para incrustarle el puño derecho en la boca del estómago.

Le acometió una arcada. Boqueó babeante.

Y al encogerse, fue cazado con un gancho durísimo. Trallazo

aplicado con potencia y perfecto de colocación. Como para descoyuntarle la mandíbula.

El policía giró en el aire como una peonza al perder su inercia. Finalmente se desplomó exánime.

«Groggy».

Callaghan no perdió ni una décima de segundo más. Volando materialmente sobre la grava, se lanzó en busca de la puertecilla que le había facilitado el acceso al cementerio.

Salió a la calle. Jadeante. Un suspiro de alivio brotó con fuerza de sus labios al penetrar en el coche. Dio el encendido. Soltó el demarré. Y metiendo la segunda embistió Randolph Boulevard a velocidad suicida.

Por el Triborough Bridge se introdujo en el Queens corriendo paralelo a Long Island. Sobre dos ruedas tomó tres virajes consecutivos haciendo gemir las llantas estridentemente.

Al fin enderezó el volante lanzándose como una bala por Eliot Avenue. La aguja del cuentakilómetros llegó a rebasar los 110. Pero la presión siguió aumentando sobre el acelerador.

Cuando ya llegaba a las afueras del Queens aminoró la velocidad. Se detuvo por último cien metros más abajo de donde moría Eliot Avenue.

Saltó a tierra oteando el horizonte.

Ante sus ojos se alzaba un viejo y descuidado edificio que, por mediación de un sucio y ennegrecido letrero, decía ser «Fonda Francesco».

## CAPÍTULO III

Que Francesco era italiano lo sabían hasta los negros. Y que era un cerdo consumado no lo ignoraban ni en el Vietnam.

Grueso, de carnes macilentas, rostro melifluo, ojillos porcinos e inseguros andares.

A su ancha cintura, cubriendo el prominente abdomen llevaba sujeto un mandil de cien distintos colores.

Cuando Robert se coló en el vestíbulo, y llamarlo así era abusar de una imaginación desatada, Francesco cabalgaos en brazos de Morfeo recostado sobre una mesa cubierta de polvo y manchas.

—¡Eh, despierta! —le sacudió por los hombros, Francesco Vannassi, que contaba en su árbol genealógico con nobles personajes de la vieja Sicilia, había sido toda su vida un mal bicho.

Los de la Mafia tenían su nombre por algo.

Ahora ya no servía para nada. Sabía cosas, eso sí. Y a veces podía responder a preguntas que le formulaban hombres como Callaghan.

Colaboraba a cambio de diez dólares. Un auténtico cochino.

—¡Vas a despertarte, zángano!

Alzó la cabeza descorriendo los párpados pesadamente.

—¡Maldita sea tu...! —masculló, frotándose los ojos con sus mofletudas manos. Y en un raptó de apagada ira, gritó—: ¿Quién osa desper...? —y como consiguió abrir totalmente los ojos y reconocer al individuo que tenía delante, trocó la exclamación de rabia por otra de asombro—: ¡Válgame la Madonna! Tú eres... Robert Callaghan, ¿no?

—Como si lo adivinaras. Pero no me llamo así. Soy un individuo al que nombran por Steve Simmons que desea una habitación en tu infecta fonda. ¿Comprendes, ilustre Francesco?

El ilustre Francesco, tras un penoso esfuerzo, consiguió alzar su pesada naturaleza elevando los cuartos traseros de la silla en que los tenía acomodados.

—¡Ah, no! —extendió la palma de ambas manos hacia adelante—. Has hecho algo malo, lo leo en tu cara. Y vienes aquí para ocultarte como una rata lo haría en una alcantarilla, ¿es eso? Pues no, y cien veces no —se contorsionó como un rinoceronte—. No quiero jarana con la «bofia», Robert Callaghan, Steve Simons... o como diablos te llames. ¿Me has entendido?

El detective lo dejó explayar a sus anchas. Más que a sus largas. Porque no pasaba de los ciento cincuenta centímetros.

—Tú, Francesco Vannassi, harás lo que yo te ordene sin meterte en mayores averiguaciones, ¿correcto, repelente gusano?...

El italiano alzó la mirada al techo. Frotóse la cabeza con fingida desesperación.

—Estoy en un grave apuro —soltó a continuación Callaghan, con repentina seriedad—. Y tú, lagarto inmundo, tienes que ayudarme.

Francesco clavó en la faz del detective sus agudos ojillos. Lo que pretendía ser una sonrisa se quedó en su boca como mueca repulsiva. Así, con los labios curvados, oscilando ligeramente el inferior, pareció preguntarse a sí mismo:

—¿A quién has «despeinado»?

—A un fulano que no había visto en mi vida.

El otro expresó su asombro abriendo la boca como un hipopótamo dispuesto a engullir una zanahoria.

—¿Te quieres burlar de mí...?

Robert lo empujó hacia el interior de la casa con cierto nerviosismo. Dentro tendióse en un camastro Anunció:

—Aunque parezca inverosímil. Pero no puedo entrar en más detalles ahora. El baboso de Hodder estará movilizando a todos sus esbirros para que den conmigo, y si eso sucede... —guardo silencio unos segundos. Luego dijo—: Grábate en tu cabeza de alcornoque que me llamo Steve Simmons, que he llegado esta noche procedente de Chicago y que soy viajante de artículos de ferretería. ¿Alguna duda?

—Claro como un túnel a las dos de la madrugada. Si quieres, puedo decir también que soy la Greta Garbo.

—Otra majadería y te pongo los «morros» chorreando.

—Siempre tan persuasivo —rezongó Francesco por lo bajo—. ¿Qué más?

Robert saltó del catre.

—Hay que advertir a una persona...

Tras unos instantes de indecisión, agregó:

—Enfúndate tus galas domingueras que vas de paseo.

Abrió unos ojos como naranjas.

—¿A estas horas?

—En el 645 de Dyckman Street —siguió Callaghan sin hacerle caso—, vive mi secretaria, No le sentará nada bien que un tipo con trazas de tocino aporree la puerta de su apartamento a la una de la noche, pero no hay más remedio.

Francesco se encogió al máximo.

—Eso no, ¡eh! —musitó despavorido—. A esas horas las mujeres suelen recibir ligeras de ropa y yo soy altamente impresionable.

—Ni se te ocurra mirarla mal.

—¿De... propiedad?

—Sin bromas de mal gusto que te sacudo, payaso. Le dices que estaré unos días sin aparecer por la oficina y que si necesito de ella ya recibirá mis noticias. Que no le hable a la policía de la mujer que me visitó ayer mañana, que diga ignorar el asunto que traigo entre manos... y que no crea una sílaba de lo que pueda decir Baldwin Hodder, ¿entendido? ¡Ah!, como es lógico, que ignore mi paradero.

El italiano echó una retahíla de maldiciones en su lengua vernácula. De un armario que se sostenía a la pared con cinco alcajates y un grueso cordel extrajo su terno de «ceremonias».

Lo había estrenado dieciocho años atrás.

Robert vio asomar por encima del hombro de Francesco, entre un montón de ropa sucia y maloliente, el gollete de una botella.

La alcanzó.

—¡Vaya! —fue su exclamación al contemplarla—. Para tu uso particular, ¿eh, malandrín? Y a los clientes cualquier bazofia, ¿no?

Francesco palmeó en el aire.

—Es la última que me queda de cuando la prohibición... ¡palabra!

—Mejor me cuentas un documental, ésa ya es vieja —ironizó Callaghan, mientras tragaba a buen ritmo en la botella, ante los

atónitos ojos del posadero—. ¡Date prisa, hombre! Inscríbeme en el registro, asígname habitación y suelta amarras.

Trató de oponer débil resistencia.

—Pued... llegar algún huésped, ¿no te parece?

—No sufras por ello, buitre. Cuidaré el negocio como si fuera mío.

El sol inundó la habitación hiriendo los párpados de Robert. Se desperezó con gusto.

Mientras encendía el primer cigarrillo volvió a la realidad.

¿Quién había dicho que los asesinos no conciliaban el sueño atormentados por horribles pesadillas?

¡Emborrona cuartillas baratas que se las daba de psicólogos!

Basura. Todos basura inmunda.

Como los veinte papeles grandes.

Un asesino de ocasión. Pero sin pesadillas turbulentas.

Vaya fulana la tal Bertie. Con su cuento del marido libertino, fotos a cincuenta mil dólares y citas en el cementerio.

Y la policía hecha polvo por cazarle. ¡Bonito panorama!

¿Quién sería el tipo de la lápida número cuatro?, consulto su reloj. Las diez quedaban atrás. Tenía que movilizarse si no quería que le agarraran.

Un rumor llegó a sus oídos. Alguien golpeaba la puerta con los nudillos.

¿Sería Francesco capaz de subirle café con tostadas?

Saltó de la cama. Fue a la puerta y descorrió el pestillo.

Francesco Vannassi no había llamado.

—Eres el primer hombre que contemplo en pijama.

Jane, sonreía. La cara que presentaba su jefe no era para menos.

—¿Qué haces aquí? —preguntó desabrido—. No te dijo esa lagartija...

En aquel momento apareció el siciliano encomendándose al santo patrón de su tierra.

Agitaba las manos frenéticamente.

—¡Ha insistido, Bob! —gimoteó como una vieja—. ¡Créeme... no he podido evitar que subiera! Ayer noche le advertí que no debía venir, ¡te lo juro!

—¡Vete! Luego hablaré contigo.

Jane se internó en el cuarto.

Robert cerró la puerta. De inmediato adecentó su aspecto añadiendo los pantalones a su indumentaria.

Si te ha seguido Hodder, es seguro que puedes casarte con tu novio.

—Tranquilízate. Llevo mucho tiempo trabajando para un detective.

Callaghan sonrió con tristeza para sus adentros, recordando la trampa que le habían tendido. Y ella afirmaba rotundamente haber despistado cualquier posible perseguidor.

¡Qué ingenua! Y qué hermosa.

—¿Se puede saber a qué has venido?

—Quiero ayudarte.

Robert tiro el cigarrillo colocando otro entre sus labios. La miró con el rostro sombrío.

—¡Bonita manera de hacerlo!, ¿eh? Mis instrucciones estaban claras.

Jane abrió rápidamente el bolso. Lanzó un periódico doblado sobre Callaghan.

Hubo de retroceder con los pies descalzos para atraparlo al vuelo.

—Lee —dijo ella.

Los titulares, en tipos gruesos. Su fotografía, muy clara.

Y la del pájaro de la lápida número cuatro también. Pero cuando estaba vivo.

Bertie no había mentido del todo.

Aunque el caballero no estaba ya para que le tomaran fotografías en plan de diversión. Pero se llamaba Charlie Gassey. Y con cubos de billetes. Porque, en efecto, era director del departamento de valores del National Bank.

Como si Jane adivinara los pensamientos del detective, y antes de que prosiguiera la lectura, aclaró:

—Era un solterón recalcitrante, ¿entiendes? Jamás existió en su vida una mujer llamada Bertie Marthin.

Me he preocupado de averiguar eso.

Callaghan la miró con curiosidad. Apartando el diario y sin encender el cigarrillo, preguntó:

—¿Escuchaste la conversación?

—El interfono estaba abierto.

—En lo sucesivo procuraré ser más cuidadoso.

El detective prendió el pitillo y fue a sentarse en un ángulo de la cama.

Jane, pareció titubear. Al fin, dijo:

—Te eligieron como víctima propiciatoria. Tu fama... la animadversión que Hodder te profesa. Todo muy bien planeado. ¿Qué piensas hacer?

Largarme a Italia y mandarle a Bladwin cariñosas postales con un primer plano de Sofía Loren.

Ella lo miró con intensidad. Dio unos nerviosos paseos y acabo por plantarse frente al hombre.

—No es momento para chanzas, Bob. ¿Cómo puedo ayudarte?

Callaghan expelió dos largas columnitas de humo por las fosas nasales.

—Largándote a la oficina.

Su carita ansiosa, suplicante. Robert, sin quererlo hubo de leer cuanto expresaban aquellos ojos almendrados.

Toda una mujer. Soberbia y palpitante.

Vete, Jane —la tomó por los hombros suavemente—. Estaré en contacto contigo, y de necesitarte, te llamaré. Ahora, por favor, vete. Necesito estar solo para pensar con claridad.

Vaciló unos segundos.

—¿Puedo... confiar?

Callaghan le sonrió animosamente.

—Puedes.

Se empinó sobre la puntera de los zapatos estampándole un sonoro beso en los labios.

De los de cronómetro.

Aguardaré tus noticias. Y no te preocupes por Hodder, se cómo hablarle.

Seguidamente abandonó la estancia.

Veinticuatro horas atrás no tenía en qué pensar. Visitas a una muchacha, vacaciones en Florida...

Un día después convertido en un asesino. Eso sí que había que pensarlo.

Habían querido eliminar a un tipo llamado Gassey. Toda una personalidad de las finanzas. Un genio de Wall. ¿Por qué?

Convino que, hasta cierto punto, le importaba un bledo que

hubieran querido matar a Charlie. ¡Allá con sus motivos! Pero que la mano homicida fuera la suya le importaba. Y mucho.

Y a Baldwin Hodder. ¡Que el diablo lo confundiera!

«Menuda zorra esa Bertie», pensó. Charlie Gassey resultaba un estorbo para ella. ¿Y por qué no alguien más? —tiró el cigarrillo con rabia—. Esa mujer no trabaja sola, no, Bob.

¡Tenía que encontrarla!

No lo pensó más. En diez minutos estuvo listo para lanzarse a la calle.

Al pasar por el vestíbulo, vio cómo Francesco se encogía más de lo normal tras del mostrador.

—No he tenido la culpa —le oyó decir.

—Ya te ajustaré las cuentas, mamut.

El de Sicilia se atrevió a sacar la testa.

—¿Dónde vas?

—¿No soy viajante de ferretería...? Pues a vender llaves inglesas.

Y salió de la pestilente «Fonda Francesco».

A bordo del Nash «62» descendió por Eliot Avenue introduciéndose en el Brooklyn.

Alcanzó Manhattan rodando a buena velocidad por Williamsburg Bridge. Dejó detrás Schiff Pkwy, torciendo a la altura de Centre Street, y por ésta, internóse en el «Chinatown».

Tras dar varias vueltas por el crucigrama de callejuelas que componían el barrio chino de Nueva York, para asegurarse de que no era seguido, ascendió finalmente por una angosta calleja.

Apenas si cabía en ella la enorme carrocera de su coche.

Detuvo el auto y se apeó.

La tienda de antigüedades de Fu-Shing era una más de las que prestaban al Chinatown el exótico tipismo que lo caracterizaba.

Digna de figurar en un museo.

Con sólo empujar la puerta se iniciaba un musical campanilleo. Y Fu-Shing preparábase para recibir al nuevo cliente.

Ondulaban entonces unas cortinas de terciopelo adamascado. Y del interior surgía la menuda figura de un tipo con rostro inexpresivo y rasgos orientales. Enfundado en una especie de kimono rojo ribeteado de amarillo y negro.

Se inclinaba ceremoniosamente. Terminada la teatral reverencia

decía en tono neutro:

—Bienvenido *honorable señor*, a la humilde morada de este pobre chino. ¿En qué puedo *selvilte*?

Robert dio un vistazo a su alrededor. Estanterías de madera tallada con molduras en forma de dragones y signos orientales circundaban la tienda. Repletas de vasijas, porcelanas, estatuillas, relojes, figuras, bustos... y demás especies raras que solían atraer la atención de coleccionistas y monomaniacos.

Luego, miró fijamente al chino.

—Me han dicho —anunció al fin, dibujando en sus labios una extraña sonrisa— que posees una maravillosa miniatura del gran dios

T'ais-Han.

Tengo especial interés por verla.

Fu-Shing, hierático, inclinó de nuevo la cabeza.

—Desde luego —anunció sin emoción alguna—. ¿*Quieles pasal*?

Apartó las cortinas.

La sala era amplia y exquisitamente adornada.

—¿Preocupado, Bob?

Fu-Shing había abandonado el deje. Su fingido acento. Ya que, si bien la caracterización era excelente, de súbdito de Chiang Kai Chek no tenía nada.

El kimono y el maquillaje.

Robert lo había conocido en Londres. En el Coven Dish<sup>[1]</sup>. Cierta vez que una gordinflona millonaria se empeñó en que siguiera a su marido a Londres para constatar si, de verdad, tenía negocios que solucionar allí.

El falso Fu-Shing tenía entonces una tienda de antigüedades, muy parecida a la de ahora, en Limehouse.

De eso hacía años. Posteriormente habían vuelto a encontrarse en Nueva York. La colaboración de aquel hombrecillo sirvió al detective en ocasiones para hacerse con difíciles informes.

Poseía una amplia red de contactos que trabajaban para él. En los lugares que solían frecuentar todos los hampones de la ciudad. Harlem, Chinatown, Muberr Bend, Greenwich Village.

—Tiré del gatillo precipitadamente, Jack. Asesinato en primer grado.

Jack Scott, alias Fu-Shing, se atusó los lacios bigotes.

—He leído la Prensa. La «bofia» se desespera por «pescarte». ¿Qué ha sucedido? Tu versión de los hechos. Robert Callaghan se dejó caer sobre una otomana.

—Una hembra de bandera, palabra, Jack. Pero maldita y retorcida de intenciones. Me encargó un trabajo...

A continuación narró cuanto había sucedido desde el momento en que Bertie Marthin se presentara en su oficina.

—Necesito encontrarla, Jack. Si Hodder da conmigo antes que yo con ella, puedes gastarte cien dólares en mis exequias. Me «gasean» en un abrir y cerrar de ojos.

—Confuso —musitó el otro—. ¿Por qué querrían eliminar a un hombre tan importante como Gassey? ¿Qué relación podía tener desde su privilegiada atalaya financiera con el mundo del hampa?...

—¡Y eso qué diablos me importa! —exclamo el otro irritado—. Lo he matado yo, ¿sabes? Y sin esa fulana no puedo demostrarle al cerdo de Hodder que he sido víctima de una maldita trampa.

Jack Scott parecía seguir el curso de sus pensamientos sin prestar demasiada atención al nerviosismo del detective.

Formando un interrogante con ambas cejas, anuncio:

—Si te embalas eres pasto del fiscal, seguro.

—¿Me siento al lado de la chimenea a esperar que baje papá Noel?

—Obcecado con la chica, ¿eh? Y pasando por alto otros detalles importantes. ¿Te costó mucho dinero Max Logan? Porque tu fama de pesquisa se la debes a él, no a tu inteligencia.

—¿Dónde quieres ir a parar?

—Sólo a que razones. En el cementerio. Alguien esperando tu llegada, alguien que calculó el momento exacto en que Gassey aparecería en tu campo visual para darle a su «petardo». Que tiraras luego sobre el banquero creyéndole autor del primer disparo, es lo lógico. Lo que esperaba ese alguien.

—Correcto, Jack. Eres tú quien pierde facultades. Eso está tan claro, que ni en pensarlo dos veces me he molestado.

El otro le contuvo alzando las manos.

—¿Me dejas terminar? —sonrió zorrunamente—. También había un polizonte. Curiosa coincidencia, ¿eh? Y más extraño todavía que te dejara registrar tranquilamente el cadáver de Charlie Gassey para que lo llenases con tus impresiones digitales...

—Podía estar fuera y entrar atraído por el ruido de los disparos.

—¿Oíste correr a alguien mientras reconocías el cadáver?

El detective levantó la cabeza con lentitud.

—No..., desde luego.

—En el silencio de la noche lo hubieras oído, ¿verdad?

—Supongo que sí.

—Lo cual es una evidencia de que el pundonoroso agente de la ley se encontraba en la necrópolis antes de tu llegada. Que formaba parte de la trampa. ¿Me sigues?

Callaghan se incorporó de un brinco.

—¡Verdugos asquerosos...! ¡Cómo no habré...!

—Cálmate —recomendó el supuesto chino—. Lo más prudente ahora es que regreses al cubil del italiano Yo trataré de encontrar a la mujer y al polizonte. Por la noche te aguardo aquí... con resultados positivos Ya sabes cómo trabajo.

Callaghan dudó unos segundos. ¿Qué podía hacer?

El hombre pequeño tenía razón. Además, podía confiar en él.

Esperaría hasta aquella noche. Si para entonces Jack no había conseguido nada positivo..., ¡al diablo!, se jugaría todo a cara o cruz.

—De acuerdo —aceptó—. Esta noche.

Abandonó la trastienda.

Fu-Shing, tras él, le acompañó hasta la puerta doblando el espinazo a cada paso. Rezaba:

—Cuanto *dolol*, que *plofundo dolol* siente el alma de este *poble* chino ante tu desilusión. Quizá otra vez pueda *selvilte*...

Sonó la campanilla y Robert se perdió al otro lado de la puerta.

¡Menuda jugarreta a base de veinte mil dólares y cementerio con muertos a la intemperie!

Su confortable situación de sabueso caro no valía ya ni medio penique.

Y todo porque la maldita Bertie lo había elegido como «panacea» de sus problemas.

¡Con la de detectives que había en Nueva York!

Y él, pagándole articulitos a Max Logan. ¿No quería popularidad? Pues ya estaba saboreando las consecuencias.

Fotografías en primera plana..., ¡y gratuita!

Lucía un sol espléndido. De los que hacían sudar y secaban el

gaznate.

Buscó con la mirada. Media manzana más arriba estaba la solución.

Un deslucido tugurio que, con asombrosas dosis de eufemismo, decía llamarse «*Snack Blue*».

Lo de *Snack* podía pasar por broma, pero lo de azul tenía trazas de tomadura de pelo.

Allí dentro predominaba el color sucio. En el suelo había de todo. Esputos, colillas, paquetes de cigarrillos arrugados, restos de bebidas derramadas, y un olor que tiraba de espaldas.

Se le pasó la sed al acercarse a la desierta barra.

El barman, cuyo aspecto estaba en perfecta consonancia con el del local, limpiaba vasos con un paño que tenía dos dedos de mugre.

En el fondo había mesas. Sentada a una de ellas la chica de «turno». De seguir mucho rato en aquella pose iba a constiparse.

—¿Que quieres beber?

Un chico fino. De la mejor escuela.

—Una ginebra —pidió Robert a regañadientes.

Mientras el barman iba a por el *gin* penetró un nuevo cliente. Se movía como un artista de la calle Cincuenta y Dos oeste.

Miró a Robert con una sonrisa.

—¡Pero...! —exclamó, situándose a su izquierda—. Usted es Robert Callaghan.

Lo que estaba necesitando. Que aquella sabandija se pusiera a gritar su nombre.

«Un tipo así ha de encajar en Orchid Jungle —pensó el detective—. Yo podía estar buscando al marido de...»

¡Bobadas! ¿De qué iba a conocer a semejante bicho?

El hombre compuso un gesto de desilusión.

—¿De veras no me recuerda?

—Afortunadamente..., no.

Apuró la copa de un trago.

—¡Por favor, míster Callaghan! Fue en Broadway. Durante una representación de Tommy Steele. Usted salió al bar...

—No se esfuerce, amigo. Soy muy duro en cuestiones de fisonomía.

Llamó al camarero y abonó su consumición. Salió a la calle.

—¡Callaghan! Le estoy apuntando. Caminemos tranquilamente hacia su coche. Un movimiento en falso y lo mato.

Miró a su derecha.

¡Caramba con el admirador de Tommy Steele! Sostenía una pavorosa automática con la misma decisión que lo hubiera hecho todo un hombre.

Y así de tranquilo. En mitad de la calle.

—¿Vas a raptarme quizá?

—No juzgue a las personas por su aspecto, pesquisa —ominosa la expresión del tipejo—. Pruebe a menospreciarme y le ahorro trabajo a su amigo el teniente.

—De acuerdo.

Aún quedaba otra sorpresa. Al volante del «Nash» se hallaba un tipo con aspecto de todo menos de persona decente.

—Creí que habías ido a buscarlo a la maternidad —se burló, mostrando una amarillenta dentadura.

—Cualquier día te parto la boca, Freddy —y mirando al detective, añadió—: Como si estuviera en su coche, Callaghan.

—Muy gentil por su parte.

Freddy puso el coche en marcha. El otro clavó su pistola en los riñones del detective.

—Sea buen chico... y nada ha de pasarle.

—¿Puedo... preguntar?

—¿Cómo no, curioso?

—¿A dónde vamos?

—Un caballero desea verte. Joe Balmer. ¿Has oído hablar de él? Naturalmente que había oído hablar de Joe Balmer.

No hizo más preguntas.

## CAPÍTULO IV

El lugar era conocido con el nombre de «Valley of the Hackensack River» y estaba situado en territorio de Nueva Jersey.

En la vertiente de una montaña.

Se llegaba a través de la general de Englewood, desviándose cuestión de media milla por una carretera secundaria. Ésta bordeaba las márgenes del río Hackensack, cuyas aguas, tranquilas de vivo azul, discurrían suavemente arrullando el camino con su murmullo placentero.

Las copas de frondosos arbustos, castaños y robledales en su mayor paraje, atisbando con nostalgia hacia el río, silueteaban el muro que limitaba la extensión de «Valley of the Hackensack River».

Una verja señorial y artística daba acceso al recinto.

De allí partía una amplísima avenida, enarenada, que a los pocos metros se perdía serpenteando por el extenso jardín. Frente a éste, lucía con verdoso esplendor una alfombra de césped cuidada con esmero y delicadeza.

Al fondo asomaba de nuevo la avenida, y tras describir una armoniosa curva, moría frente a la entrada de una construcción de verdadero ensueño cuyas líneas arquitectónicas parecían más bien inglesas.

Tras el edificio, divisábase una colosal piscina. Y a la izquierda de aquélla una magnífica pista de tenis.

—Hemos llegado —anunció la sabandija, empujando a Callaghan con su automática—. ¡A tierra, muchacho!

Aguardaban su llegada, desde luego. La puerta estaba abierta.

Robert, custodiado por los dos elementos, penetró en la casa. Lo condujeron a través de un alfombrado pasillo introduciéndolo en la

penúltima habitación de la derecha.

—Espera aquí... y, sobre todo, ¡no te impacientes!

Freddy fue el último en salir cerrando la puerta.

El detective no se molestó en efectuar intento alguno de evasión. Sabía con toda certeza que aquellas puertas obedecían a controles eléctricos.

Grandes espejos, sillas, dos mesas de distintos tamaños, molduras, figuras y estatuillas de precio. Además, lienzos de firmas cotizadas.

El imperio de Joe Balmer.

Una especie de moderna fortaleza. Un baluarte esplendoroso que escondía un pasado turbulento.

Joe Balmer. La mayoría lo consideraban un millonario excéntrico. Los menos conocían su verdadera historia, pero fingían ignorarla.

Balmer había sobrevivido a la década de los 30 después de atreverse a desafiar a Capone.

Caso insólito el suyo.

Burlar a la policía fue un juego para Joe. Nunca le probaron nada. Jamás consiguieron una orden de detención contra él.

Al margen del Gran Sindicato, Joe Balmer había construido su propia organización.

Sin temerle a Cara Cortada. Huyendo a los tentáculos de la Mafia.

En Boston sentó sus reales. Fabricó su propia cerveza, importó licores desde el Canadá, introdujo alcaloides, fomentó la prostitución, controló las casas de juego y comerció con esculturas de carne y hueso.

Hábil para todo. Hasta para retirarse, porque supo hacerlo a tiempo.

De esta forma pudo gozar cómodamente del desmoronamiento total del Sindicato. Asistir desde un plácido observatorio a la caída de hombres como Johny Torrio, Colosimo, Capone y Nitti.

Robert Callaghan dio una vuelta en redondo.

¿Qué diablos le importaba la historia de aquel hampón asqueroso?

Una pregunta martilleó sus sienes.

¿Qué tenía que ver Balmer con la trampa del cementerio y la

muerte de Charlie Gassey?

Porque era indudable que no lo había hecho llevar hasta allí para contarle aventuras de Superman.

La única relación entre ambos era el cadáver de un banquero llamado Charlie.

Pero ¿qué esperaba aquel tipo?

Transcurrieron los minutos lentamente.

Un tramo de la pared había cedido en silencio girando sobre ocultos goznes. Callaghan tardó unos segundos en advertir la presencia de Joe Balmer.

Viéndolo ahora nadie hubiera imaginado su azarosa y agitada existencia durante el transcurso de los felices años 30.

—Siéntese, Robert —le invitó con cierta familiaridad...

La energía estaba por completo ausente de su grasienta figura.

Viviendo ya de recuerdos.

Macilento y adiposo. Su aspecto, incluso, resultaba repulsivo. Colgantes las mejillas como dos flanes pasados. Ojos diminutos hundidos en el fondo de las órbitas con expresión mortecina. Calvo. Labios gruesos y agrietadas. Gangoso al hablar.

Tomó asiento detrás de la mesa grande cruzando los morcilludos dedos sobre su descomunal abdomen.

Callaghan se situó frente a él.

—¿Un *whisky*?

El detective rechazó con la cabeza.

—Sólo bebo en compañía de personas gratas.

Balmer se mesó la doble papada sonriendo con desgana.

—Muy cortés por su parte, Callaghan.

—He de advertirle una cosa, Joe —anunció Robert, adelantando el busto—. Sus acólitos no se han tomado la molestia de registrarme y sigo llevando mi automática bajo el sobaco. Deme una explicación plausible a esta comedia o le garantizo que le va a pesar.

El «gángster» amplió su sonrisa.

—¿De veras cree que está en situación de amenazarme? —se burló—. No ignoro que puede matarme. Y después, ¿qué? Sabe perfectamente que no podría salir de esta habitación. Mis muchachos llamarían a Hodder. Homicidio en primer grado con toda clase de pruebas.

A-SE-SI-NA-TO.

Que sumado al de Charlie Gassey..., ¿correcto, Callaghan?

El detective torció la boca con desprecio.

—Se cree usa lumbrera, ¿verdad, Balmer?

—Nada de eso. Todo lo contrario.

Hizo una pausa. Extrajo un habano auténtico del cajón central de la mesa, le prendió fuego, exhaló varias columnas de humo y, seguidamente, prosiguió:

—Lo he llamado...

—Me ha traído.

—... para ayudarle, Callaghan. En contra de lo que usted y muchos opinan sobre mí, soy un verdadero altruista. Me apenan las desgracias de los demás... y en particular, las suyas. He seguido sus éxitos a través de la Prensa y...

—Balmer —cortó el detective tajante—. Ahórrese la palabrería absurda y las frases altisonantes que nada bien sientan a su sucia boca. Al grano, ¿qué quiere de mí?

—Contarle una historia.

El silencio campeó por la estancia durante varios minutos.

Balmer dio largas chupadas al habano, contemplando con destello de burla desde el fondo de sus pequeñas pupilas la expresión de completo asombro que asomaba al rostro del detective.

Fue la voz de Callaghan la que truncó el silencio.

—Tengo la impresión de que me estoy volviendo rematadamente loco —habló arrastrando las palabras, con máximo esfuerzo como que si pesaran una tonelada y las levantara una a una—. Cualquier mediano leguleyo podría sacar en mí excelente partido de lo que se llama *trastorno mental transitorio*, ¿entiende, Balmer? Usted está haciendo meritísimas oposiciones para elevar a dos la cuenta de mis víctimas —sacó su pistola de la sobaquera, apuntó decidido a su obeso interlocutor, añadió—: Hable de una maldita vez o lo clavo en la butaca con dos pedazos de plomo, ¿hace?

Joe Balmer ni se inmutó.

—Guarde eso y no se ponga desagradable, Callaghan. Trato de hacerle un favor y usted se empeña en estropearlo. ¿Se imagina mi aspecto con dos proyectiles en el cuerpo?

Robert, impotente, se mordió los labios y guardó la automática.

Su acción y una chiquillada diferían en poco. ¿Hasta qué extremo se estaba trastornando? ¿Cómo podía perder el control de

sus nervios tan estúpidamente?

—No se haga más preguntas, Robert. He dicho que voy a ayudarlo.

—Le escucho.

Dejó el aparatoso cigarro en un cenicero de plata. Miró al detective por espacio de unos segundos. Explicó:

—En contra de lo que muchos creen, Callaghan, las guerras no siempre terminan con la firma de un armisticio o de una rendición. Hay episodios ignorados cuyas consecuencias se prolongan por mucho tiempo después de las fechas de esas firmas. Usted, sin saberlo, se halla involucrado en uno de esos episodios. Forma parte de una historia que dio principio en Alemania a mediados del 1943.

Sin darse cuenta, Robert se sintió intrigado de inmediato por las explicaciones de Balmer. Entreabrió los labios dispuesto a escucharle sin decir una palabra.

—Por aquel entonces —siguió el «gángster», pasándose una mano por la incipiente calva—, una de las mayores preocupaciones del Estado Mayor nazi consistía en la exterminación total de la raza semita. Más que preocupación, era manía obsesiva del Führer. Martin Bormann, jefe de la Cancillería, transmitió órdenes concretas al coronel del S.S., Adolfo Eichmann, otorgándole plenos poderes para organizar una definitiva batalla contra los judíos.

Hizo una breve pausa, y complacido por la atención que Robert Callaghan prestaba a sus explicaciones, chupó la húmeda punta del habano, prosiguiendo:

—Ahora, es cuando puede decirse que principia la historia, amigo Callaghan. Eric Vogel, secretario y hombre de confianza de Eichmann, era un individuo inteligente. Cerebral, calculador y egoísta. Para él, la guerra no tenía más finalidad que su lucro personal. Como es lógico, tenía libre acceso a los ficheros del S. S., y merced a ello pudo hacerse con copias de las listas en que se hallaban relacionados cuantos judíos estaban destinados a las cámaras de gas.

—¿Chantaje? —inquirió Robert, interrumpiendo por primera vez.

—Algo parecido —continuó Balmer—. Vogel hizo una cuidadosa selección de todas las familias hebreas a las que suponían en posesión de un elevado patrimonio. Les ofreció pases y

salvoconductos que les permitiría huir de Alemania a cambio de fuertes sumas, las cual sólo podían ser pagaderas en oro, joyas u objetos arte. Sabía positivamente que la moneda y el papel tendrían un valor relativo, quizá nulo, al término de la contienda. También sabía con certeza que ningún judío le entregaría ni un miserable anillo de bisutería hasta saberse lejos de las iras de Hitler. Pensar lo contrario hubiese sido exceso de optimismo y total desconocimiento de la idiosincrasia semita.

—¿Qué hizo entonces?

Joe Balmer sonrió.

—Sencillamente: buscar colaboradores. Tres para ser exactos. Individuos con idénticos ideales y pocos escrúpulos que él. Maurice Serrou, jefe de un grupo de la resistance que operaba por Lille, cerca de la frontera con Bélgica; Wilbur Iske, miembro del servicio de Inteligencia Británico; Mark Gassey, corresponsal de guerra norteamericano.

Callaghan dio un respingo.

—¿Pariente de Charlie...?

—Su hermano.

Robert, chispeándole los ojos, inquirió de nuevo:

—¿Cuál era la labor de Mark?

—Provisto de una documentación que hubiera engañado al propio Führer, se encargaba de organizar las caravanas de judíos, cuyos componentes, habían recibido de Vogel falsos salvoconductos. Tan falsos como reales. Los sellos y las firmas eran legítimos y auténticas. Mark, les conducía a través del castigado territorio alemán hasta Lille, y allí, Iske y Serrou, les facilitaban la huida a países extranjeros. Después de cobrar los elevados «honorarios» estipulados por el jefe de la organización, claro está.

—Y... si al verse libres se negaban a pagar, ¿qué sucedía?

—Lo pasaban bastante peor que en los campos de concentración.

Hubo un lapso de silencio que Balmer empleó en apagar el cigarro sin haber llegado a menos de la mitad.

—Cuando Vogel estuvo seguro de que la caída del III Reich era ya inminente —habló el «gángster» acto seguido—, abandonó Berlín trasladándose a Lille en compañía de Mark Gassey. En el Havre, tras enormes dificultades, consiguieron embarcar su valioso botín en un carguero holandés, y a bordo del mismo, llegaron los cuatro a

Estados Unidos.

—¿Y una vez aquí...?

—Se hacía necesario encontrar peristas a quienes vender la «mercancía». Como ninguno de ellos sabía valorar exactamente cada uno de los objetos, de repartir en bruto, corrían el riesgo de no hacerlo con toda equidad. Maurice Serrou, aconsejó que no era prudente precipitarse en la venta. Cualquier fallo podía atraer la atención de la policía, y si ello sucedía, estaban perdidos. ¿Cómo justificarían estar en posesión de tan enorme fortuna?

—Muy sagaz —apuntó Robert.

—En efecto —asintió su interlocutor—. Y así supieron comprenderlo todos. Vogel, aconsejó que cada uno adoptara una falsa personalidad mientras dejaban transcurrir un lapso prudencial de tiempo antes de iniciar las gestiones de venta. Mark, hizo dos preguntas: ¿Dónde esconderían el botín, entretanto? ¿Qué lugar ofrecería las medidas de seguridad suficientes para albergar tan cuantiosa fortuna? El mismo ofreció las respuestas. Su hermano era director del Departamento de Valores del National Bank. ¿Existía un sitio con mayores garantías que la cámara acorazada de un banco?

—¿Aceptó Charlie? —preguntó Callaghan con visible extrañeza.

—De no haberlo hecho, es muy posible que aún estuviese vivo —respondió Balmer seguidamente—. Aceptó, convirtiéndose además en el quinto socio de la operación: también recibiría su parte del dinero que se obtuviese en la venta.

—Adivino que vamos a entrar en el punto álgido del episodio, ¿no? —sugirió el detective.

—Muy intuitivo, Callaghan —concedió Joe—. En efecto, así es. La cámara acorazada del National Bank no ofreció las extremas medidas de seguridad que Mark Gassey había vaticinado: EL «CARGAMENTO» FUE ROBADO.

El asombro de Robert rebasó los límites de lo normal.

—¿Robado...? —tartamudeó—. ¿Y..., se tragaron esa fábula?

—No. Pero hubo que aceptarla. A partir de ese día, Vogel, Iske y Serrou, controlaron al minuto los movimientos de Charlie y Mark. Tenían la plena convicción de que los hermanos Gassey habían planeado la maniobra para repartirse el botín entre ellos. Transcurrió el tiempo sin que hubiera el más ligero indicio de a dónde había ido a parar el alijo; y sin que los Gassey cometieran

error alguno que confirmara las sospechas de sus socios.

»Dos años más tarde, como consecuencia de una denuncia anónima, Eric Vogel fue capturado por los integrantes de un movimiento sionista que se dedicaban a sentenciar cuantos nazis refugiados en Estados Unidos habían escapado a los pronunciamientos de Nurenberg. Y poco tiempo después, Mark Gassey apareció flotando sobre las aguas del Hudson con un tajo en la garganta.

—¿Cómo es que respetaron la vida de Charlie?

—Elemental. Era la única pista. Muerto él, podrían despedirse para siempre de la fortuna. Iske y Serrou fueron pacientes. Supieron esperar año tras año, animados por una codicia irrefrenable. Por un sordo deseo de venganza.

Hizo un alto. Seguidamente, agregó:

—Casi veinte años ha durado su espera.

—¿Dieron con el paradero...?

—No exactamente. Varios detectives de dudosa reputación que trabajaban para ellos, lograron sustraer un plano que Charlie Gassey guardaba en el doble fondo de su escritorio. Un plano del cementerio norte de la ciudad. En él, dos x en tinta roja, parecían señalar el lugar en que había ocultado el alijo que un día, Vogel y los suyos, trasladaron a Nueva York. Se precipitaron al planear la muerte del banquero sin antes asegurarse de si el plano revelaba el lugar exacto donde estaba oculto el botín.

—Y yo he sido el conejo de indias, ¿eh?

—Sin lugar a dudas. Matar a un hombre de la posición de Charlie hubiera armado demasiado revuelo, excesivas averiguaciones. Pero si la policía no tenía que molestarse demasiado en dar con el asesino...

—Lo entiendo. Me tocó la china. —Callaghan miró a Balmer con escrutadora fijeza. Luego le preguntó—: Y..., ¿cómo sabe usted que el plano era falso?

El otro se sonrió jactante.

—Si John Edgar Hoover supiera lo que yo, un veinticinco por ciento de la nación se estaría pudriendo en presidio.

De nuevo inundó su boca repulsiva con aquélla son risa.

—Se lo diré —agregó—. Mis hombres dieron hace mucho tiempo con ese papel. Jugada inteligente por parte de Gassey. Tuve

la oportunidad de comprobar sobre el terreno, que en el lugar donde estaban situadas las x... NO HABIA MAS QUE TIERRA. ¿Satisfecho, Robert?

Ambos se miraron en silencio. En busca de leer los mutuos pensamientos.

Callaghan, prendió uno de sus.

«Player's».

—Bien, Balmer —anunció tras expulsar la primera bocanada de humo—. Soy un tipo escéptico, y por ello, no creo en su pretendido altruismo ni en el de nadie. Hora es, por lo tanto, que después de haberme «colocado» este serial me diga lo que pretende de mí, ¿no cree?

Un nuevo silencio. Los mortecinos ojillos del ex «gángster» brillaban esta vez. Tardó en decir:

—¡QUE ENCUENTRE ESA FORTUNA!

Robert, depositó el cigarrillo en el cenicero para mirar abiertamente, y con asombro no disimulado, al adiposo Balmer.

¿Había entendido bien?

¡Maldito galimatías de locos! Y lo decía así, tan tranquilo. Sin inmutarse. Dos fulanos esperando una montaña de años... ¿y él, que? ¿Cómo Alí Baba? ¡Ábrete sésamo!

De buena gana le hubiera retorcido el flácido gaznate. Supo contenerse y preguntar:

—¿A cambio de qué?

—Una cuarta parte y pruebas suficientes para demostrar que ha sido víctima de una trampa. ¿Le interesa?

¿Y que le convenía si no? Hacerle dos agujeros de calibre regular en su voluminoso estómago hubiese más que un deseo, ¿pero conveniente?

Robert, fingió meditar la respuesta a lo largo de varios minutos.

—No tengo otra alternativa, ¿verdad? —dijo al fin. Y en un tono conminatorio que no admitía réplica, hizo patente—. Pero escúcheme con atención Joe Balmer: si usted también trata de jugármela, le arrancaré la piel a tiras de milímetro, lo cortaré a rodajas, y luego, me presentaré en la «cámara» con igual tranquilidad que si fuera a un programa de televisión. ¿Le entra eso hasta el fondo de su mezquino cerebro?

—Procure calmarse —recomendó Joe con su impertinente

sonrisa—. ¿Algo que desee saber?

—Datos acerca de Wilbur Iske y Maurice Serrou.

—Correcto, los que quiera. Él amigo Iske, que en la actualidad se le conoce por Gloen Ryan, frecuenta un gimnasio de Gansevoort Street, allá por el North River. Mata el tiempo haciéndose pasar por manager de futuras promesas del cuadrilátero que nunca han llegado a nada. Combates amañados, trampas, jugando siempre sucio y ganando buenos dólares.

Abrió un corto silencio. Tras ampliar su estereotipada sonrisa, agregó.

—En cuanto a Serrou, el distinguido Maurice, hoy Matthew Benson, ha sabido hacer las cosas bastante mejor. Se halla asociado con un tipo llamado Lee Baxter. Ambos regentan el «Tánger of Creeze». Un *night-club* de altos vuelos ubicado al final de Riverside Orive. Gente elegante, selecta clientela, billetes largos a manos llenas... ¿entiende?

Callaghan disparó otra pregunta.

—¿Qué sabe de una fulana llamada Bertie Marthin?

Joe Balmer permaneció dubitativo unos segundos.

—Diría que es la primera vez que oigo ese nombre.

El detective se sonrió burlonamente en sus narices.

—Sabe que me tendieron una celada y afirma disponer de pruebas que lo confirman, ¿no? Y ahora, pretende que me trague el camelo de que no ha oído hablar de ese lagarto con faldas que usaron como cebo. ¿Hago cara de idiota, Balmer? Una enciclopedia como usted que conoce la vida y milagros de todo Nueva York... ¿puede ignorar ese detalle?

El otro se mantuvo en la misma tesitura. Llevando la conversación hacia otros derroteros, dijo:

—Puedo prestarle alguno de mis muchachos, Callaghan.

El detective sabía sobradamente que no le arrancaría una palabra de lo que no estuviera dispuesto a decirle. Se levantó, soltando con desprecio:

—Los profesionales del gatillo, me estorban. Trabajo solo, Balmer.

Joe, le tendió su lánguida mano.

Y se quedó con ella tendida.

## CAPÍTULO V

Menudo contrato el que había suscrito. Y no con las cámaras de televisión. Pero sí con la de gas, que también tenía espectadores.

¿En qué clase de fenomenal jaleo andaba metido?

Primero, la buena samaritana repartiendo billetes de mil como si fueran folletos de propaganda de un detergente.

Segundo, Joe Balmer con su cuentazo de judíos y cargamentos misteriosos.

Hasta la Cancillería en pleno del III Reich se hallaba comprometida en la muerte de Charlie Gassey.

Vamos... para despatarrarse por el suelo a carcajadas, o llorar de pena a lágrima viva.

Si no terminaba en la cámara de gas, le vendería el argumento al bueno de Hitchcock. Así, para que se forrara de millones.

Sin dudas ni confusiones, un solo punto estaba claro. El banquero tendría su losa de mármol y sus buenas malvas, todo ello en la zona residencial del cementerio, porque él había tirado del gatillo precipitadamente.

Dirección única: Condena a muerte.

¿Por dónde se ataban cabos en una madeja tan deshilvanada?

Vorágine confusa de pensamientos. Torbellino absurdo de ideas. Todo agitándose en el interior de un cerebro.

El suyo. Y la vida bailándole en el canto de una moneda.

A la deriva. Así andaba Callaghan cuando cruzó la entrada del fonducho.

Vannassi había salido. Un montón de carne con ojos que se esforzaban en parecer una persona y que gruñía al oír Ettore, cuidaba de la buena marcha del negocio en ausencia de Francesco.

El detective atravesó el vestíbulo en dos zancadas. Sin decir

media palabra subió a su habitación.

Lo vio desde el umbral.

Yacía de bruces en el suelo, crispadas las manos sobre la alfombra y abiertas las piernas. Por debajo de su cuerpo asomaba una enorme mancha de sangre.

Recio. De fuerte contextura.

Vestido de riguroso negro.

Callaghan, cerró la puerta. Apretando los dientes, tenso el semblante, se acercó al yacente con medidos pasos.

Del todo «fiambre».

¿Por qué se habían empeñado en complicarle la vida?

Toda una novela de misterio. Con su víctima propiciatoria en forma de detective —ávido de veinte mil dólares fáciles—, un teniente ruin y envidioso dispuesto a hundirle, un argumento inverosímil... ¡y venga cadáveres!

Para satisfacción de los lectores no faltaba más que llamaran a la puerta.

Era lo de costumbre. Un rito al que no podía sustraerse ni el propio Robert Callaghan.

Por eso habían llamado. Y con energía.

Imaginó al otro lado de la hoja de madera el rostro ansioso de Baldwin Hodder. De ser así, dedicaría el resto de sus días —si lo había— a teclear sobre una máquina de escribir.

La condena no aumentaba a razón del número de asesinatos. Sólo existía una vida con que pagar.

Así... que abrió.

Decididamente había equivocado la carrera.

No así el teniente Hodder, que poseía una rara habilidad para sorprender presuntos criminales en el momento oportuno.

Sonreía. Por detrás de la automática que miraba con su ojo oscuro al entrecejo del detective.

Su descripción física no respondía a la que de él hubiera formado un cerebro medianamente clarividente.

Ni entrado en años, ni calvo, ni gordo.

Estaba a la vista que esos requisitos no eran imprescindibles para ser teniente de la Brigada de Homicidios.

Baldwin había tenido una carrera fulgurante. No precisamente por su derroche de inteligencia. De más listos que él vestían

uniforme con botones dorados y hacían su ronda por cualquier barrio de la ciudad.

Era alto, de anchas espaldas y aspecto no del todo desagradable. Pese a ser policía.

—¿No me invitas a entrar, Robert?

Por espacio de unos minutos, ambos se habían medido con la mirada desde el corto espacio que los distanciaba.

—Estás en tu casa, polizone.

—Camina hacia atrás. No es por nada, precauciones de ritual.

Entró cerrando la puerta.

—Yo me he dicho —anunció el teniente—, ¿dónde encontrarás al amigo Robert? En su casa no, desde luego; por la oficina estará mucho tiempo sin aparecer. He pensado, ¿cuáles son sus amistades? Es buen chico y tiene muchas, haz una lista y estudia. Me he decidido por Francesco, un hombre de corazón que haría cualquier cosa por ayudar a un necesitado. Y eso es quien huye de la policía, ¿no? Así que he venido...

Se interrumpió unos segundos, soltó una breve risita, agregó:

—... a tiempo de cazarte con otro «fiambre» entre las manos. O... ¿se ha muerto de una pulmonía?

—Baldwin —dijo Callaghan, en un tono más helado que un iceberg—, eres el genuino ejemplo de la imbecilidad con figura de asno de dos patas. ¡Cerebro estúpido y aletargado!, ¿no sabes pensar con lógica?

—Callaghan —el policía chasqueó la lengua contra el paladar—, no te pases de rosca. Te voy a formar un expediente que va a hacer las delicias del fiscal. Con garantía de cristalera y emanaciones de gas letal. ¡Se acabó la propaganda, pesquisa! —en tono zumbón, inquirió—. Por curiosidad y para las estadísticas, ¿me dices quién es el occiso?

—Mi sastre. Estaba cansado de que me reclamara la factura del último traje y le he clavado un cuchillo en el corazón. Es una circunstancia atenuante que enternecerá a cualquier jurado, ¿no crees?

—Lo siento, Robert —dijo el teniente con repentina seriedad—. Se acabaron las bromas. Y tu carrera. Voy a esposarte.

—Y... en el supuesto de que no me dejara, ¿qué? —apuntó el detective adoptando una actitud defensiva.

—Esposaré tu cadáver. ¿De acuerdo?

Oprimía la pistola con resuelta firmeza. Escrita en sus ojos la decisión irrefutable de cumplir su amenaza.

Robert, agitada la respiración, fijos los ojos en el policía, exclamó desesperadamente.

—¡Estás cometiendo un gravísimo error, Baldwin! Lo de Charlie Gassey fue una celada, y a este fulano lo he encontrado «frío» poco antes de llegar tú. Tengo que probar que hay alguien empeñado en perderme... déjame el camino libre. ¿Quieres obligarme a que de verdad cometa un delito?

—Prueba tu inocencia ante un tribunal. Dispones de dinero suficiente para procurarte los mejores abogados, ¿no?

—¡Eres repulsivo, Baldwin Hodder... te juro que me las pagarás!

—Obedece, Callaghan. Si te empeñas...

Robert, se acercó lentamente con las manos tendidas.

Hodder sonrió.

—Así está mejor, muchacho.

Baldwin seladeó ligeramente cuando el detective estuvo frente a él.

—Junta las muñecas.

Hay circunstancias que estimulan la agudeza mental del más torpe y deciden lo que debe hacerse en un segundo. Decisiones que se adoptan según cruzan el hilo de nuestro pensamiento. Máxime, cuando de ellas depende la vida de uno.

Eso mismo pensó e hizo Robert Callaghan.

Juntó las muñecas, sí. Pero cerró los puños lanzándose contra Baldwin Hodder para machacarle el estómago con dos sacudidas impresionantes.

El policía, que ni por asomo esperaba una reacción tan rápida como violenta, encogióse gorgoteando sílabas ininteligibles.

Robert desencadenó igual furia que un vendaval. Arremetió de nuevo hacia delante volteando al teniente por el otro lado de la cama, saltando sobre él de manera impecable y estrujando la mano armada bajo su zapato izquierdo.

Aflojó la presión en el instante que un alarido de fiera herida brotaba por los entreabiertos labios de Hodder.

—Debiera pulverizarte... —masculló Robert recobrando la serenidad.

Pero era humano. Noble en sus intenciones, aunque hubiese quien creyera lo contrario. Y, ante todo, incapaz de ensañarse con un ser indefenso.

Motivos no le faltaban. Porque aquel hombre que lucía un entorchado de la Brigada de Homicidios luchaba por hundirle amparado en una serie de pruebas circunstanciales que en su contra habíanse confabulado.

Sin analizar situaciones. El hecho de encontrarle junto a un cadáver era para él una evidencia suficiente.

Ignorando que sólo una acusación podía formularse al detective. La única verdadera. Su afán egoísta de haber tratado de embolsarse veinte mil dólares con el menor esfuerzo posible.

¡Dinero fácil! ¿Y quién no trataba de conseguirlo? La humanidad entera corría tras los billetes cómodos de ganar.

¿Se les acusaba a todos?

Robert no se entretuvo en más reflexiones. Su situación era crítica y no podía resolverla con filosofías de bolsillo.

Empleando la correa y los cordones de los zapatos del inconsciente Baldwin, lo dejó fuertemente maniatado en un santiamén.

Luego fue al lavabo y llenó una jarra de agua. Arrojó el frío líquido sobre el enfardado teniente.

Reaccionó al húmedo contacto.

Mirando a Callaghan con manifiesto rencor. Con odio apenas contenido.

—¡Te pesará, Robert! ¡Te pesará! No descansaré hasta el día en que asista a tu ejecución. ¡Te lo juro!

Ahora fue el detective quien sonrió. Lo hizo con ganas, hiriente y mordaz. Dijo burlón:

—Escúchame atentamente, Baldwin Hodder. En el registro de esta pensión jamás ha figurado mi nombre. Vannassi, que como tú has dicho es muy caritativo, jurará sobre una montaña de biblias más alta que el State Building que nunca ha oído hablar de un pesquisa llamado Callaghan, y con respecto al cadáver, lo voy a trasladar al otro extremo de Nueva York. Contigo, teniente, voy a efectuar una operación especial. Después de tragarte una botella de «whisky» colocaré otra a medio terminar en el bolsillo de tu saco y te dejaré tirado por cualquier rincón de los muelles. Si después de

eso te atreves a probar que tengo algo que ver con el muerto, es seguro que te erigen un monumento al lado de Abraham Lincoln.

Se acercó al que se retorció maniatado en el suelo, le apoyó un pie sobre la cadera, le preguntó con notorio sarcasmo:

—¿Te parece mala idea? Por el momento, esforzado defensor de la ley, tendrás que contentarte acusándome, solo, de la muerte de Gassey. Pero no te hagas ilusiones porque estoy dispuesto a probar la maquinación urdida sobre mí.

—No irás a la cámara. —Hodder masticaba las palabras—, ni a la silla, ni a la horca, si la hubiera, Robert Callaghan. Te mataré yo mismo... ¡te coseré a balazos maldito asesino! Luego le llevaré mi placa y mi pistola al Comisionado. ¿Me oyes?

—No te explicas del todo mal, Baldwin.

Llamaron de nuevo a la puerta. Esta vez se trataba de Francesco. Éste, al contemplar la escena, compuso un gesto estúpido difícil de describir. Y con teatral patetismo, exclamó:

—¡Válgame los apóstoles! Tú serás mi ruina, Robert.

—Déjate de lamentaciones, baboso. Ve a por mi coche y sitúalo en la parte posterior de la casa. Vamos a sacar el «fiambre».

—¡La complicidad está severamente penada! —gritó Hodder desde su incómoda posición.

—Haz lo que te he dicho, Francesco —ordenó el detective duramente.

Entretanto, Robert, se calzó unos guantes de fina gamuza y arrastró el cadáver hacia la puerta.

Baldwin Hodder, consumido por la rabia que en vano trataba de contener, observó con desesperación el minucioso registro que Callaghan efectuaba en el muerto.

Llevaba dinero suelto en los bolsillos. Varios *tickets* arrugados del «subway». Un llavero, tabaco y una caja de bengalas.

Algo atrajo poderosamente la atención del detective: un llavín de mayor longitud que los restantes. Correspondía a una caja de alquiler de las que ciertas compañías tenían a disposición del público en las estaciones del metro.

Lo sacó del llavero prosiguiendo el registro. La cartera; dentro, el permiso de conducir concedido a... ¡GLENN RYAN!

Y según Balmer, GLENN RYAN Y WILBUR ISKE ERAN UNA MISMA PERSONA.

La foto del carnet correspondía al cadáver, sin dudas.

Continuó buscando sin salir de su asombro. Boletos de carreras, direcciones de algunos púgiles, fotos pornográficas..., y casi oculta en un pequeño compartimento una célula de identificación, amarillenta, cuidadosamente doblada.

Extendida en Liverpool, año 1927, a nombre de... WILBUR ISKE.

Si le restaba alguna duda, disipada. ¿Era posible aquello?

Muerto. Allí en su habitación. ¿Cómo y por qué había dado con él?

Incomprensible. Un gigantesco rompecabezas. Absurdo y complicado como un laberinto. Mil piezas bailando en su cabeza. Sueltas. Perdidas.

¿Cómo encajaban?

Jamás, en su carrera profesional, había tropezado con algo semejante.

—Si crees que con esa actitud de sorprendido vas a confundirme, te equivocas —farfulló Hodder—. ¿Tan ingenuo me consideras? De sobras sabes quién es y por qué lo has eliminado.

Callaghan se revolvió como un rayo. Miró al policía con dureza.

—¿Me haces un favor...?, ¡cállate! Otro comentario y te pateo. ¿Vale?

De nuevo apareció el obediente Francesco. Se limpiaba nervioso la sudorosa frente.

Y cosa curiosa, sin que nadie le hubiera advertido, calzaba unos raídos guantes de color negro.

Podían pasar los años, pero no se perdían las costumbres.

—¡Estás loco! —dijo nada más entrar—. ¿Vamos a sacar el muerto en pleno día?

—Exacto. ¿Alguna objeción?

Francesco engulló saliva.

—Había pensado esperar hasta que oscureciera —siguió Bob—. Pero veo que no es necesario. Por la calle de atrás no pasan ni dos personas en todo el día. Podemos sacarlo tranquilamente.

—¿Y si nos ve alguien? —apuntó con un hilo de voz.

—Lo mataremos también. Así Hodder podrá incrementar mi expediente a su entera satisfacción. Tiene una debilidad manifiesta por acusarme de todos los crímenes que se cometen en Nueva York.

—Digno de encomio tu sentido del humor —parecía que lloraba

en lugar de hablar—. Y una vez en el coche, ¿qué?

—Del resto me encargo yo. Luego vendré a por mi amigo el teniente y nos iremos a dar un paseo —señaló al muerto—. ¡Anda, cógelo por los pies!

Cargaron con el cuerpo de Wilbur Iske. Con penoso esfuerzo lograron sacarlo por la puerta trasera de la pensión y depositarlo en la parte posterior del auto.

Lo cubrieron con una manta vieja.

—No es muy correcto —se lamentó Robert—, pero tampoco existe mejor solución.

—¿Qué piensas hacer con el polizonte?

Se lo dijo.

—Después, Francesco —habló el detective tras un breve silencio—, será del todo conveniente que cierres el local y te des una vuelta por donde soplen mejores aires. Baltimore por ejemplo, ¿no te parece? —le tendió un manojo de billetes. Vannassi contó quince de a cien—. De lo contrario, cuando Baldwin se vea libre, se ensañará contigo.

Por unos instantes, fugaces, la mirada del italiano al resbalar por las sucias paredes, recordó aquella expresión lánguida, sentimental, que lejos de la comicidad inmortalizara a Charlot.

Hubo nostalgia en sus ojos.

—De acuerdo —habló con un nudo en la garganta.

—No te aflijas, hombre. Cuando haya solucionado este misterio podrás regresar.

—Si es que lo consigues... y no es que lo lamente porque arda en deseos de volver a Nueva York.

Más de una hora le llevó a Robert saber en qué estación se encontraba la caja de alquiler cuya llave encontrara en el bolsillo del difunto Iske.

Se cercioró de que en el coche no quedaban residuos de sangre. Ni de «*whisky*». Del que le había hecho beber a Baldwin Hodder.

¡Y con qué satisfacción!

Dejó el «Nash» estacionado en Chambers Street, frente al edificio de la «PUBLIC

SERVICE & C.»,

tomando allí mismo un «*express-suwbay*».

Los expresos circulaban a una endiablada velocidad merced a

que sólo se detenían en determinadas estaciones.

El ruido de las ruedas al chocar contra el tendido férreo llegaba a convertirse en algo familiar al oído, y de esta forma, el estruendo inicial, se reducía a un siseo monótono.

A bordo de aquel bólido de hierro, Callaghan cruzó Manhattan en un espacio mucho menor de tiempo al que hubiera empleado de hacerlo con su coche. Pese a que él sabía pisar de firme cuando le convenía.

Pero en el subsuelo no existían semáforos ni transeúntes imprudentes. Los que por allí transitaran alguna vez, o huían de algo; o habían tomado la firme resolución de terminar su existencia bajo la presión de muchas toneladas.

Dentro del Bronx, el expreso se detuvo por cuarta vez. Grand Concourse Boulevard. Allí se apeó el detective.

Saltó a tierra envuelto en una nube de pasajeros que se dispersaban velozmente hacia las distintas salidas.

Circuló por el andón entre empujones y apreturas hasta que consiguió verse libre de aquella riada humana.

Se dirigió a los servicios con paso tranquilo mientras observaba distraídamente a su alrededor.

Cuando salió, lo hizo ya decididamente. Un túnel ponía en comunicación el andén de tránsito con otro en el que, alineadas por riguroso orden numérico, un millar de cajas de alquiler hallábanse distribuidas a lo largo de las paredes.

No le resultó difícil dar con la 473.

Introdujo el llavín con la misma naturalidad que si la caja hubiese sido de su propiedad. El pedazo de metal fue obediente y la tapa se vino hacia delante.

Estaba abierta.

Los ojos de Robert recorrieron curiosamente el interior. Y un atisbo de sorpresa brilló en ellos.

Sólo había un papel.

Un detalle, quizá insignificante, llamó poderosamente la atención del detective. Algo que en otras circunstancias posiblemente le hubiese pasado por alto.

Una finísima capa de polvo, apenas perceptible al tacto, cubría la solitaria cartulina.

En verdad, aquella hoja era de un papel especial. Muy parecido

al que empleaban los delineantes para efectuar planos a escala.

Sin detenerse un segundo más, Callaghan lo metió en el bolsillo interior de la chaqueta.

Cerró la caja y volvió al otro andén. Luego, por el laberinto de túneles, pasó, al contrario, depositó su nickel y se dispuso a esperar de nuevo el «subway» para regresar a Chambers Street.

Diez minutos después se acomodaba al volante de su coche. Puso el papel ante sus ojos. Y los abrió desmesuradamente.

Era un plano, y a juzgar por las peculiaridades, correspondía a un cementerio.

Pero no fue eso lo que tanto asombró al detective sino las dos x en lápiz rojo que, trazadas sobre distintos puntos, parecían señalar algo.

La fábula de la fulana con vestido negro había sido una trampa, tan cierta, como la historia que le contara Joe Balmer.

Existía un Charlie Gassey, muerto. Y un Wilbur Iske, tan «tieso» como aquél, que guardaba el plano de un cementerio en una caja de alquiler.

La relación quedaba establecida. Como nexos dos cadáveres. Y por ellos, él entraba a formar parte, como le dijera Balmer, del plan que la codicia de Eric Vogel le hiciera concebir muchos años atrás.

¡Absurda malla la que la vida tejía alrededor de los hombres!

¿Qué cerebro se desesperanzaba después de tanto tiempo para hacerse con la fortuna de tres aventureros?

Balmer sabía muchas cosas.

¿Podía él haber ideado aquel plan diabólico para obligarle, en lucha por demostrar su inocencia, a encontrar lo que sus esbirros habían sido incapaces de conseguir en una veintena de años?

Demasiado arriesgado confiar en la agudeza que la desesperación podía despertar en un cerebro agobiado.

La idea se negaba a cuajar en su mente. Balmer era un tipo inteligente, sin lugar a dudas. Los hombres como él no fiaban el éxito de un trabajo a las veleidades del destino.

Decididamente, Joe no habría corrido aquel albur.

¿Por qué había acudido en su busca Wilbur Iske?

Eran cientos de preguntas las que podía formularse. Y sin respuesta concreta para ninguna.

Lo único que sabía con certeza era que, si Hodder lo apresaba,

pagaría por una serie de delitos que no había cometido.

Dobló el papel cuidadosamente guardándolo en uno de los bolsillos de la chaqueta.

Se enroscó, como una serpiente, en el lecho de sus pensamientos.

Algo danzaba en su cerebro.

El detalle que tan poderosamente le había llamado la atención al abrir la caja de alquiler.

El polvo que formando una capa finísima cubría la superficie del plano.

Evidencia ésta que demostraba con toda claridad que aquella cartulina llevaba más de un día en el interior de aquel rectángulo de metal.

Con minuciosidad de detalles repasó punto por punto LA conversación sostenida con Joe Balmer.

Una frase.

«... Un plano del cementerio norte de la ciudad. En él, dos x en tinta roja, parecían señalar el lugar en que había ocultado el alijo que un día, Vogel y los suyos, trasladaron a Nueva York. Se precipitaron al planear la muerte del banquero sin antes asegurarse de si el plano revelaba el lugar exacto donde estaba oculto el botín».

¡Palabras textuales!

No. ¡No podía haber sido así! No había existido precipitación alguna por parte de Iske y Serrou, suponiéndoles autores de la trampa que le costara la vida a Charlie Gassey, puesto que el plano se encontraba en su poder desde mucho antes que se produjera el episodio del cementerio.

Si habían dispuesto de tiempo sobrado para cerciorarse de la veracidad que podía encerrar el plano, si habían verificado —como lo hiciera Balmer— que en el lugar correspondiente a las dos x no existía otra cosa que fuera tierra, si sabían todo eso y también que sólo Gassey podía conducirles hasta el verdadero escondrijo del botín, ¿por qué, después de veinte años de espera, renunciaban a la posibilidad sentenciando al banquero valiéndose de un inocente?

¿Por qué? ¿Había mentido Joe Balmer? ¿Se trataba de un juego deliberado de palabras, de un sutil intento de aumentar su confusión?

¡Para volverse loco! Loco de atar.

Tan enfrascado se encontraba Callaghan en aquel laberinto de oscuras ideas que, ni por asomo, se percató de la proximidad del «cop» que se estaba acercando a él.

Lo vio cuando asomó la cabeza por la ventanilla.

Contuvo la respiración. Sorprendido. Alerta.

Dominó con sobrehumano esfuerzo el nerviosismo que le invadía ante la inesperada presencia del individuo uniformado.

El agente, tras saludarle con ejemplar corrección, le advirtió sonriente que había rebasado el margen de tiempo que señalaba el estacionamiento limitado.

Callaghan, soltó una corriente de aire por entre sus labios. Lo que en aquel caso concreto equivalía a un suspiro de alivio.

Disculpóse con fingido pesar, entonando para sus adentros una muda plegaria para que el ordenado y pundonoroso funcionario no requiriera de él su documento de conducir.

No ocurrió así, por fortuna. Y Callaghan, excusándose una vez más, abandonó con meteórica rapidez el sitio donde había cometido la infracción.

Lo que hubiera podido resultar un grave contratiempo, le hizo pensar muy en serio en la conveniencia de esconder su auto en cualquier lugar y adquirir uno de alquiler con nombre supuesto.

Reanudó el correr de sus pensamientos en el punto en que quedaron quietos al aparecer el agente.

Joe Balmer. Los judíos, el plano, Serrou, Iske... eso podía ser verdad. El «gángster» no había mentido al respecto.

Pero no todo encajaba en la historia. Existía una contradicción entre los hechos y las palabras del hampón de los años 30.

Era sumamente importante saber el juego que Balmer se llevaba entre manos, el papel que desempeñaba en aquella tragedia y su posición con respecto al botín de Vogel.

Tan importante era eso como localizar a Bertie Marthin.

Se metió velozmente por la rampa de un garaje. Dejaría allí el «Nash», luego se agenciaría otro auto y acudiría a la cita con Scott.

Después... empezaría la verdadera lucha.

La que habría de salvarle del gas letal o conducirlo hasta el.

## CAPÍTULO VI

Se había hecho con un «Ford» modelo 59 que estaba en inmejorables condiciones. El cacharro desarrollaba lo suyo a la hora de correr, y los frenos respondían con toda obediencia.

Una buena adquisición.

Se hizo estas triviales reflexiones tratando de no pensar en nada, mientras mantenía fija su mirada en la cinta acharolada e interminable que ante sus ojos formaba el asfalto.

Aminoró la velocidad. No era prudente, en su situación, correr demasiado. Los patrulleros y motoristas, sin duda alguna, estarían cansados de oír su descripción.

Si le cazaban a consecuencias de una nueva infracción del código, sería cosa de novela barata. Del género bobo.

Alcanzó Allen Street y detuvo su carrera en la confluencia de ésta con la calle Bowery, dentro ya del Chinatown. Dejó el vehículo estacionado en una zona que no se distinguía precisamente por su excesivo derroche de alumbrado. Echó pie a tierra dispuesto a consumir el resto del trayecto andando.

Torcía por Penn Street, cuando la voz de un tunante espigado con gorra de *hockey* que pregonaba a grito pelado la edición nocturna del «New York Times», le hizo detenerse en seco.

¡Edición extraordinaria! ¡Sensacional! —vociferaba el pecoso agitando un puñado de ejemplares—. ¡El cadáver de Charlie Gassey robado de la Morgue!

Se caló el ala del sombrero acercándose al vendedor.

—Dame uno, muchacho.

Le tendió el periódico, revolviendo en la bolsa que llevaba sujeta a la cintura en busca de cambio.

Para no perder tiempo y por evitar el riesgo de ser identificado,

dijo:

—Puedes quedarte con la vuelta.

Vio su gesto de agradable sorpresa.

—¡«Okey», señor. Gracias!

Prosiguió su camino.

La noticia, enmarcada entre varios signos de admiración, letras de palmo para el encabezado y moldes de solemnidad a todo color.

Toda una epopeya de fluido redactado insertada en primera plana. Como lo había estado por la mañana.

Y reproducida en el centro de aquélla, cómo no, su fotografía en 18 × 24.

Igual que unas horas antes.

¿De dónde diablos había sacado aquel repelente «plumífero» su retrato?

¡Qué tipos más eficientes los devotos de la madre pluma. Se las sabían todas al dedillo, y las que no, se las ingeniaban!

Menuda plaga de buitres hambrientos de carroña dispuestos a escarbar en el fango a las primeras de cambio, prestos a revolver la vida privada del más conspicuo ciudadano en busca de un esqueleto.

Se aproximó al círculo luminoso de la farola más cercana para leer el texto con toda avidez.

Decía así:

«Habíamos llegado a la conclusión, tras dar muchas vueltas al asunto, de que el asesinato perpetrado en la persona de Charlie Gassey —hombre de sólida posición, eminente financiero, persona probablemente honrada y de moral y conducta intachables—, venía a ser uno más en la lista de los que, por desgracia y ante la pasividad y negligencia de quienes deben velar por nuestras vidas e intereses, se prodigan con excesiva frecuencia en esta ciudad a la que, recientemente, un autor extranjero ha calificado en derroche de mal gusto no exento de veracidad como: “Santuario del Crimen”. Errónea conclusión pues, en una palabra, lo sucedido en la Morgue es prueba fehaciente de nuestro

error.

»A las tres de esta tarde, aproximadamente, y sin que nadie haya logrado salir todavía de su asombro para tratar de responderse al cómo y al por qué, el cadáver del banquero ha sido sustraído de la mismísima mesa de autopsias del Depósito, a la que había sido trasladado para que el forense procediera en el occiso de acuerdo con lo legal.

»Ninguno de los funcionarios de la Morgue interrogados por nuestros reporteros a raíz de la incomprensible desaparición, ha sabido ofrecer una explicación plausible o medianamente verosímil que justifique el hecho de que, en sus propias barbas, haya podido robarse nada menos que un muerto con la mayor desfachatez y más completa impunidad. El robo, pues, aparece rodeado del más impenetrable de los misterios. Y mucho nos estamos temiendo, a tenor de este extraño suceso, que ni la misma policía consiga esclarecer la confusa situación que esta circunstancia añade al asesinato de un hombre con la reputación de que gozaba Charlie Gassey, ya de sí oscuro, turbio y complicado.

«El teniente Hodder, de la Brigada de Homicidios, encargado de resolver el caso Gassey, afirma rotundamente que sólo Robert Callaghan, autor del crimen, puede estar interesado en la desaparición del cadáver. Sin embargo, no aduce razón alguna, más o menos lógica, en qué basar dicha acusación».

La glosa era bastante más larga y «suculenta» ya que Baldwin se despachaba a sus anchas. Pero eso sí, con una prudencia digna de encomio, silenciaba de principio a fin lo sucedido en casa de Francesco.

No hablaba del muerto, ni de los golpes recibidos, ni del *whisky* tan gustosamente ingerido.

Un tipo listo el amigo Hodder. Sabía lo que se pescaba.

Callaghan estrujó el periódico con rabia hasta convertirlo en una hoja de papel, terminando por arrojarlo al suelo con rabia.

Las ideas se espesaban por momentos cual densa neblina. Se retorcían en el interior de su cabeza como masa incandescente, como una nebulosa de fuego.

¿Cuánto tardaría su cerebro en saltar reducido a pequeños fragmentos?

¡EL CUERPO DE GASSEY... ROBADO!

¿Por qué? ¿Habían considerado la posibilidad de que llevase grabado el plano verdadero al dorso de la epidermis?

¡Estupideces! ¿Qué iban a hacer con el muerto?

Una obra de arte por descontado que no. Macabro humor el suyo. ¿De qué se burlaba ahora? Como Hodder lograra echarle la zarpa, no le quedarían ánimos para malgastar su ironía en bromas funestas.

¿Era Chessman quien había entrado sonriente en la «cámara»...?

Pero de seguro que él no dispondría de trece años para discutir su inocencia, ni de tiempo para escribir novelas. Baldwin y el Fiscal no serían tan generosos.

Ni Marlon Brando se brindaría a filmar una película de su vida.

¡Asquerosa Bertie, cochinos veinte mil y puerca propaganda la que de él hiciera Max Logan!

¿No quería ser el pesquiza más conocido de Nueva York?

Eso que ahora se llamaba «public-relations man».

Pues ya tenía los resultados. De lo que le acusaban, se había llamado siempre: ASESINATO. Y pronto, sin duda, por partida doble.

Sus pensamientos quedaron reducidos a un surco profundo de intensa preocupación que le cruzó la frente.

El establecimiento de Jack Scott acababa de surgir ante sus narices. Casi lo pasaba de largo.

Ni de llamar tuvo tiempo. La puerta se abrió en el preciso instante que alzaba la mano para golpearla con la señal convenida.

El teatral recibimiento a base de kimono, *honorable señor*, y reverencia versallesca, quedó suprimido esta vez.

—Eres puntual —dijo Scott.

—Si no lo soy tratándose de salvar mis huesos, ¿cuándo quieres

que lo sea?

Silencio y oscuridad les acompañaron hasta la trastienda. Allí se encendió la luz y se corrieron las cortinas de terciopelo.

—Tengo noticias —anunció el hombrecillo, dando a su bigote los toques de rigor.

El detective esbozó una mueca. Como si tratara de corresponder a la sonrisa.

—También yo las tengo. ¡Y sonadas! ¿Qué tal cae a tus oídos el nombre de Joe Balmer?

Scott se arrimó al armario tomando de él una botella de cristal tallado.

Vertió un chorro del contenido en un vaso largo pasándolo a Callaghan.

—Esto reanima a los dioses —dijo muy serio ahora. Y acto seguido soltó la lengua, veloz, para preguntar—: ¿Qué te ha contado Balmer?

A Robert se le atragantó la bebida.

—¡Puaf!, ¿de dónde has sacado esta porquería? ¿Quién te ha dicho que he dialogado con Balmer?

Jack se retrepó en la otomana.

—Vi cómo uno de su banda te metía en tu auto a punta de pistola. Conozco bien a Joe y sus muchachos, por eso no he impedido que te raptaran. Te escucho, Bob.

Robert Callaghan comenzó su relato.

Desde que los alemanes ordenaron a los judíos que se colocaran en el brazo la Estrella de David, pasando por Vogel y sus negocios, aludiendo al obsequio en forma de cadáver apellidado Iske, sin omitir la agradable visita del teniente Hodder —con su alcohólico desenlace—, hasta el plano encontrado en la caja 473 de la estación Grand Concourse Boulevard del «suwbay», en el Bronx.

Y no le habló de que andaban haciendo juegos de prestidigitación con el finado Gassey porque supuso que lo sabía.

—Su turno —dijo finalmente el detective, a quien le quedaban todavía ánimos para ironizar.

Jack Scott, clavó sus ojos vivaces en el techo, inclinó aún más la cabeza, y sin dejar de atusarse el mostacho recitó:

—Bertie Marthin, alias Diana Brow, alias Lizzy Grane y un centenar de variados apelativos. Su verdadero nombre es Alice

Balmer... ¿te suena a ti eso?

La cabeza del detective dio un giro en redondo.

—Joe Balmer y Alice Balmer —murmuró—. Padre e hija, ¿verdad?

Scott saltó de su cómodo asiento.

—Acertada conclusión, detective. Empiezas a comprender. Hace muchos años que la muchacha... —distendió sus finos labios en una sonrisa llena de sarcasmo— abandonó el hogar paterno y, lejos de la vigilancia de papá, ajena a los buenos consejos tanto como al mejor ejemplo moral, se convirtió en una golfa de campeonato. Frecuentes visitas al Precinto...

Callaghan ensayó un ademán de nerviosismo.

—Al grano, Jack.

El oriental de ocasión se encogió de hombros.

—Morfinómana perdida —habló escueto—. Asequible a los tipos que, hacen correr la «pasta» en cantidad, y últimamente, en íntimas relaciones con Glenn Ryan. O sea, el Iske «tratante» de judíos que se cargaren en casa de tu amigo Vannassi. ¿Voy bien así?

—Termina —acució el otro con el ceño fruncido.

Antes tomó su dosis de bebida. Y tragaba como una esponja. Luego, prosiguió:

—Mis eficientes colaboradores, no han llegado a tiempo de recabar la opinión que Ryan tenía de ella porque ya lo habías echado al río. Hubiera sido interesante puesto que él la conocía íntimamente.

Scott se palmeó la frente.

—¡Ah! —añadió—, la chica canta. ¿Sabes dónde? En «Tánger of Creeze». He tratado de sondear a los propietarios para que me facilitaran su domicilio privado pero, a Matthew Benson. —Maurice Serrou— y Lee Balmer parece habérselos tragado la tierra.

El detective paseaba cabizbajo de un extremo a otro de la estancia. Habían ocurrido tantas cosas, ¡y tan dispares!, desde el momento en que la hija de Balmer se presentara en su despacho en forma de señora Gassey, que ni cien Holmes con pipa y gorra de cuadros hubieran sido capaces de componer la más vaga hipótesis de aquel caso.

Estaba bien listo para sentencia.

—¿Qué hay del polizonte que me sorprendió en el cementerio?

Jack Scott ya no sonreía. Comprendía perfectamente la situación de Callaghan y sabía también cuál podía ser el desenlace.

Y no era cosa de risa.

—Gene Crawson —respondió—. Tú le conoces, ¿no?

El detective asintió levemente.

—Lo he visto un par de ocasiones en compañía de Hodder.

Abrióse un pequeño silencio que Jack aprovechó para encender un cigarrillo. Luego, explicó:

—Con él, la cosa ha sido más difícil. No obstante, hemos conseguido algo. Parece ser que el tal Crawson vive cerca del cementerio y cada noche, camino de su domicilio, cruza frente a la necrópolis. Ese día le sorprendió ver la puertecilla abierta. Nunca lo está. Dedujo que algo extraño ocurría, entró sigilosamente... y te atrapó.

—Y ¿crees eso?

—No —contestó el hombrecillo rotundamente—. Ni por asomo. Pero opino que por ese lado poco puedes hacer. Probar su colaboración en la celada que te prepararon será difícilísimo, por no decir imposible. Además, si tratas de hacer «cantar», correrás un grave riesgo.

Callaghan, miró escrutadoramente a su interlocutor. Despacio, indagó:

—¿Un grave riesgo? Explícate.

Jack Scott dio un toque a su mostacho. Curvó los labios irónicamente.

—¿Quieres que me explique... o que confirme lo que tú estás pensando? —el inhibimiento de Robert a su pregunta le demostró que había dado en el clavo. Prosiguió—: De acuerdo. Le has dicho a Hodder que te tendieron una trampa, y como él no es tan listo como se cree, pero tampoco tan imbécil como nosotros imaginamos, puede intuir los pasos que darás para demostrar tu inocencia. De lo que se deduce que el bueno de Baldwin no permitirá a Crawson dar un paso solo. ¿Correcto?

El detective consultó su reloj.

—Correcto —afirmó—. Por eso, como Hodder ignora la existencia de Bertie, Lizzy, Alice o cómo diablos se llame, seguiré esa pista. Además, no tengo otra. Y ella, sin duda alguna, es quien mejor puede probar mi inocencia.

- ¿Qué piensas hacer?
- Darme una vuelta por «Tánger of Creeze».
- ¿Me necesitas?
- No por el momento. Me desenvolveré mejor solo,

Se ubicaba casi al final de Riverside Drive, en un largo espacio algo solitario pero muy bien conocido por todos.

Todos los que eran sus asiduos. Claro está.

Un jardín, cuidado con esmero por manos expertas, rodeaba por completo la construcción que se componía de dos plantas.

Arabas, yedras, pequeños arbustos, cuadros de césped y flores. Todo iluminado con intencionada discreción. Allí acudían buen número de parejas con la sana intención de respirar aire puro, de zafarse al enrarecido ambiente que reinaba en el interior.

Y de huir a las irónicas sonrisas de molestos testigos.

Un sendero de grava lo suficiente amplio para que pudieran circular por él toda clase de aerodinámicas carrocerías sobre cuatro ruedas, llegaba hasta la puerta del edificio. Y desde allí, trazando un zigzag, iba a morir en la zona de estacionamiento.

Callaghan aparcó su «Ford» de alquiler y volvió hacia atrás.

Traspuso las enormes y costosas vidrieras dirigiendo una mirada aprobatoria a la rubia de busto insultante que cuidaba del guardarropía.

Unos cortinajes de terciopelo granate marcaban el final del alfombrado pasillo.

Tras ellos, la sala brillantemente iluminada. Al menos en aquel momento, ya que cuando convenía las luces tamizadas de colorido multicolor sustituían, para deleite de más de cuatro, al fastuoso alarde luminotécnico.

En la izquierda, ocupando algo más de media pared, el bar se abría invitador para los sedientos impacientes. Al fondo un escenario decorado con habilidad, la encerada pista frente a él, y formando semicírculo a su alrededor una veintena de veladores.

«Tánger of Creeze» se atribuía el éxito y aceptación que el público demostraban, merced a su «espectáculo sorpresa».

Más claro; allí no se anunciaban las atracciones. Siempre constituían un enigma para los asistentes. Y el «*show*», no era el mismo cada velada.

Pegado a la barra del bar se abría un pasillo disimulado por unas

cortinas de tono azulado. Sobre ellas, con claridad meridiana, un rótulo impedía el paso en siete palabras: PRIVATE.

Callaghan, observó indiferente la nutrida concurrencia que a tal hora se daba cita en el *night-club*.

Y tuvo suerte puesto que aún pudo elegir mesa. Se decidió por la que consideraba mejor situada de acuerdo con sus propósitos.

Al punto, un estirado camarero se plantó frente a él.

—¿Qué va a tomar, señor?

—Un «*Gin*

*Gilbe'ys*».

Se alejó presuroso regresando con prontitud para depositar un vaso largo y estrecho encima de la mesa.

Apenas había paladeado el primer sorbo del áspero licor, cuando las luces centrales se oscurecieron.

Un reflector de tonalidad amarillenta iluminó tenuemente el escenario. En el centro del círculo luminoso se recortó la silueta de un tipo menudo oprimido en el interior de un «*smoking*».

Las suaves notas de «Coimbra» deliciosamente desgranadas por los instrumentos, sirvieron de adecuado fondo musical a sus palabras.

Anunció:

—Como primera atracción del «*show*» de esta noche, es un placer para mí presentarles a la super-veddete más cotizada de todo Sudamérica. Con ustedes, la hermosa, la sensacional... ¡la inconmensurable Lorena Duke!

El fulano se había quedado corto soltando adjetivos, Lo superior a lo supremo estaba reunido en aquella pirámide de carnes bronceas, excitantes y sugestivas.

Su cuerpo, cincelado armoniosamente, era una expresión viva y latente de ardor juvenil, de sensualidad. Y el rítmico alternar de su busto era un poderoso imán invitador que atraía las miradas masculinas contra la más férrea de las voluntades.

Robert Callaghan, cuya debilidad por los encantos femeninos era manifiesta, no resultó una excepción a la hora de enfocar sus pupilas.

Supo dónde mirar.

La vio contonearse, con delectación. Siguió los movimientos de sus curvas pletóricas de juvenil ardor que, al ritmo de la música,

rompíanse por la cintura con excitante cadencia.

La voz cálida de Lorena, con inflexiones profundas y delicadas matices, moduló con sabor tropical la letra de una vieja melodía:

«Dicen que la distancia...  
es el olvido.  
Pero yo no concibo...  
esa razón...»

Al mismo tiempo, sus caderas agitábanse de manera fascinante. Las piernas, largas y esbeltas, marcaban los pasos con suave estilo, transmitiendo a todo el cuerpo una especie de corriente eléctrica. Y así, el agresivo busto, flotaba deliciosamente.

Invitador. Excitante. Pérfido.

Robert, cerró los ojos y volvió a abrirlos. Ya estaba bien. No podía perder más tiempo en aquel recreo paradisíaco.

De repente le invadió una rabia sorda. Con lógicos razonamientos, se dijo a sí mismo que, a una mujer como aquélla, espléndida, sexual, incitadora, se debía la causa de su infortunio.

Pensó en el cementerio. En el mapa. En Joe Balmer. Y en un cadáver que habían robado de la Morgue.

No quiso pensar en ella. En ella, no.

Observó a su alrededor. Todos hipnotizados, pendientes de la morena, todos imaginando...

¡Estúpidos!

Pero el que Lorena captara la general atención favorecía sus proyectos. Se levantó silenciosamente, procurando no arrastrar la silla por el suelo, y caminó sobre la puntera de los zapatos hacia el pasillo del letrerito.

PRIVATE, ¿eh?

Apartó las cortinas.

—¡Hasta aquí has llegado, muchacho!

Eso lo dijo un tipo de ancho tórax y brazos de gorila. Llevaba la chaqueta intencionadamente abierta para que asomara la sobaquera, y por ella, la culata de una automática.

Le dirigió una fría mirada.

—¿No has leído lo que dice fuera? —insistió el hombre.

—Mi padre no tenía un penique, ¿sabes? —respondió el detective con burlona sonrisa—. Por eso no he leído lo que pone fuera. ¿Dónde se mete Matthew?

Puso los brazos en jarras.

—Insolencia sí aprendiste, ¿quieres decir el «señor» Benson?

—Llámale como te de la gana. ¿Cuál es su agujero?

—¡Lárgate, mocoso! ¿O quieres que te rompa la cabeza?

Robert se dijo que las palabras estaban de más.

Ensayó un amago al estómago, y cuando su contrincante se disponía a burlar la acometida, disparó el puño derecho colocándole un potente «gancho» en plena barbilla.

Trastabilló sin llegar a caer al suelo.

—¡Oh, bastardo! —rugió con ojos rojizos.

Callaghan salvó el impacto en rápido escorzo, pero no pudo repetir la suerte con el segundo. Lo encajó en el plexo, doblándose con un espasmo.

El gorila no desaprovechó la inferioridad del detective, y sin darle tregua, conectó un trallazo durísimo que alcanzó el mentón de Robert.

Se fue hacia atrás tratando de no perder el equilibrio. Y el otro, ciego, se precipitó sobre él farfullando:

—¡Imbécil de los demonios...! ¡Te troncharé...!

En menos de un palmo Robert logró dominar su equilibrio. Fintó la embestida conectando uno de sus puños al hígado de la mole que se detuvo en seco. Y al segundo siguiente le castigó el estómago culminando con un impacto seco, demoledor, que casi le desencajó la barbilla.

Tambaleó como una marioneta para terminar doblándose en tierra.

Pero el tipo tenía una resistencia fuera de lo normal. Brincó cual si tuviera muelles en las posaderas haciendo ademán de sacar la «artillería».

—Si coges el «petardo» te «baleo», mastodonte.

Los ojos chispeantes del fulano despedían verdaderas llamas de rabia.

Fuera, tras las cortinas, sonó una cerrada salva de aplausos. La gata morena ya había terminado.

Robert ordenó:

—¡Levántate!

Y es que el gorila se había dejado caer de nuevo en el suelo.

Obedeció al leer en la mirada del detective una firme resolución a «tirar» del gatillo.

—¿Qué quieres?

—Condúceme al despacho de Matthew. Pero no te hagas ilusiones... a las primeras de cambio te vació el cargador en esa cabeza de simio que tienes. ¡Andando!

Le precedió por el pasillo. Torcieron a la derecha, subieron unas escaleras y desembocaron en otro corredor más suntuoso que el anterior.

El tipo señaló una puerta. Dijo:

—Ahí es.

—Llama.

Y cuando se situó ante la hoja de madera forrada de gutapercha dispuesto a cumplir lo que le ordenaban, el pie de Callaghan lo empujó violentamente hacia delante.

Se abrió la puerta con el estrépito consiguiente y el hombre, volando más que pisando, planeó por la estancia aterrizando sobre la mesa.

—Pero... ¿qué diablos es esto? —gritó colérico el tipo que se hallaba sentado a ella.

—¡Buenas noches... «señor» Benson! —saludó burlón el detective, asomando el oscuro ojo del cañón de su automática por encima del obús humano—. ¿Molesto?

La irónica pregunta tenía su razón de ser. Porque la rubia que estaba muy cerca del fulano, ante la inesperada interrupción, tiró del borde de la falda y empezó a abrocharse los botones de la blusa.

—¡Que se larguen! —ordenó Callaghan al que estaba sentado a la mesa, abanicando con un gesto de su pistola al gorila y la rubia.

—¡Fuera! —repitió el tipo, sin acabar de comprender a qué obedecía aquel cambio radical en el «decorado».

Salieron presurosamente.

Era un hombre alto, de facciones correctas y cabellos grises, que ocultaba los ojos tras los cristales de unas gafas con montura metálica.

—¿Quién es usted? —inquirió una vez solos, aparentando una serenidad que probablemente no sentía—. ¿Qué pretende?

Callaghan tomó asiento frente a la mesa sin dejar de encañonarle.

—¿De veras no me conoce? —preguntó a su vez con dura sonrisa—. Pues los periódicos se han hartado de publicar mi rostro en primera plana... me llamo Robert Callaghan.

Su interlocutor, con mecánico ademán se quitó las gafas. Abrió mucho los ojos.

—¿El detective...? —indagó con voz trémula.

## CAPÍTULO VII

El silencio campeó por la estancia durante unos segundos. Fue la voz de Robert quien lo truncó, afirmando:

—Exacto, *monsieur* Serrou.

Una pincelada cadavérica descendió al momento sobre la faz del hombre.

—No me llamo así —apuntó tímidamente con escasa convicción—. No, ¿eh? Pues para llamarse Matthew Benson pronuncia él inglés con bastante dificultad —y adelantando el cañón de la pistola hacia el pecho del francés soltó conminatorio—: No tengo tiempo que perder Serrou. ¿Dónde se esconde esa sucia intoxicada de Bertie?

—No comprendo nada de lo que me dice...

La frase murió en sus labios al tiempo que sonó la bofetada. Callaghan, sin apenas moverse le cruzo el rostro con el revés y derecho de su izquierda.

La lividez se trocó en rojo rosetón. Crispo las manos en torno al borde de la mesa, las apretó con tal fuerza y desesperación, que hasta los nudillos le blanquearon.

Pero no hizo ademán de responder a la agresión.

—Mi piel está en juego, asqueroso ladrón de judíos —tronó la voz del detective—. ¿Y sabes por qué?... Porque tú y los demás tuvisteis la feliz idea de traer a Nueva York ese precioso cargamento de joyas. ¿Tampoco sabes de que te hablo?

Maurice Serrou, trémula la barbilla, no reunió suficientes energías para traducir en palabras el aire de su laringe.

—Por una muerte... se «tributa» igual que por dos, o por cien. ¿Vas entendiendo? Bertie me soltó el cuento y yo, como un imbécil, os libré de Gassey. ¿Quién la mandó, Serrou?

Maurice hizo visibles esfuerzos para coordinar una respuesta.

—Yo... no fui. ¡Se lo juro!

—Nadie más que tú o Iske podía estar interesado en este asunto. Vosotros vigilabais a Gassey porque nunca os convenció lo del robo, ¿verdad? Muertos Mark y Eric, sólo tres personas conocían la existencia del maldito alijo. Wilbur Iske, tú y Charlie Gassey. Y su paradero, sólo Gassey. ¿Qué hay del plano que Iske ocultó en una caja de alquiler? ¿Por qué lo han matado? —arrastró las palabras pesadamente—. Habla..., ¡habla y pronto!

Serrou, sudaba copiosamente. Derrotado, anonadado mejor, contemplaba con temerosa expresión la pistola que el detective apuntaba hacia él con firme decisión.

—¿Wilbur... muerto? —tartajeó incrédulo—. No sabía... ignoraba que lo hubieran... —se atragantó—. ¡Se lo diré! Le diré todo lo que sé.

La última frase la había pronunciado de un tirón. Convencido de que no tenía más opción que soltar la lengua por mucho que le pesara.

—Me impaciente —acució Robert, agitando la automática significativamente.

—Yo no quería —habló con un hilo de voz—. Fue... Iske, quien contrató los detectives. Ellos encontraron el plano. Wilbur dijo entonces que debíamos asegurarnos de que aquellas x señalaban los lugares en que Gassey había ocultado el botín.

—Allí no encontrasteis más que tierra, eso ya lo sé. ¡Al grano!

Engulló saliva con visible dificultad.

—Wilbur, necesitaba dinero. Ella, Bertie, le costaba muy cara. Se desesperó, gritó cien veces que ya hacía demasiados años que duraba la espera, que debíamos ir por Gassey y obligarle a «cantar». Entonces...

—¿Entonces, qué?

—Asesinaron a Gassey. Iske, al enterarse por la prensa que usted... —miró al detective sumisamente y rectificó—: de que lo acusaban a usted del crimen, pensó que estaba en posesión del secreto. Que conocía el paradero de las joyas y trató de localizarle...

—Lo mataron en mi habitación. ¿Quién pudo hacerlo, Serrou?

—¡No lo sé... no lo sé! ¡Debe creerme! Excepto los que usted ha

nombrado nadie conocía...

—¿Qué sabes de un tipo llamado Joe Balmer?

Meditó a lo largo de unos segundos.

—Es la primera vez que oigo ese nombre.

—Bertie Marthin es su hija.

Maurice Serrou exteriorizó su sorpresa abriendo la boca y los ojos.

—No puede ser.

—Es. ¿Dónde vive esa fulana?

—Lo ignoro. Baxter, mi socio, sí lo sabe. Eran «amigos»..., antes de que ella se liara con Iske.

—Todo esto huele muy mal, Serrou. A mentira. Wilbur, como Gleen Ryan, tenía mucha amistad con Bertie y ella, me involucró en el asunto. Su padre insinuó que sólo vosotros podíais haber planeado la trampa no conociendo, quizá, la intervención de su hija en calidad de cepo. Mintió una, miente alguien más... ¿mentís todos?

—Le he contado la verdad —dijo el francés casi implorando—. No sé nada más. Yo, por mi parte, había renunciado a la fortuna. Esto da para vivir y como no tengo ambiciones...

Callaghan soltó una carcajada brutal. Burlona.

—Será ahora que te haces viejo. Cuando andabas soltando tiros contra los alemanes sí eras ambicioso, ¿no? ¿O ayudabas a los judíos por innata filantropía?

Inclinó la cabeza. Robert, incorporándose, efectuó una última pregunta:

—¿Qué hay de Baxter?

Maurice Serrou no tuvo tiempo de responder, aquel momento se abrió la puerta penetrando en la estancia un tipo de atlética musculatura.

Sostenía un revólver en la diestra.

—¡Tire esa pistola, Callaghan! —ordenó el pretendido Tarzán.

A su espalda, el gorila, gorgoteaba frases ininteligibles acerca de la cantidad de puñetazos que le iba a propinar al detective. Musitaba:

—Me cobraré la paliza... ¡seguro que me la cobro!

Robert Callaghan, impertérrito, sin que se alterara ni uno solo de sus músculos faciales, ensayó un obediente ademán.

Y cuando todos esperaban que soltase el arma, ocurrió lo imprevisto. Lo inaudito.

El «plongeon» fue perfecto. Con felina agilidad, con maneras de estilista, Robert imprimió a su cuerpo una velocidad y precisión escalofriantes. Voló por los aires de manera inverosímil en fracciones de segundo. Y así, girando sobre sí mismo en exhibición perfecta de elasticidad, oprimió el gatillo de su automática sin apenas precisar el blanco, antes de tomar contacto con el suelo.

La maniobra, más que por rápida e imprevista, inmovilizó a los demás porque la consideraron suicida.

Pero Lee Baxter, cuando vio que la bala chocaba en sus dedos y el revólver volaba de su mano, se lanzó adelante aprovechando que Callaghan empezaba a incorporarse.

Grave error el suyo. Porque el detective, pleno de facultades y aciertos, había previsto tal reacción.

La lucha japonesa, que no ofrecía secretos al detective, hizo lo restante.

Mostrándose cual consumado judoca que era, Robert atrapó la muñeca derecha del gigantón aplicándole una presa brusca y dolorosa.

Baxter vióse elevado por el espacio sin saber cómo. Agitó los brazos tratando de dominar su propia inercia. Se convenció de la inutilidad de sus esfuerzos cuando el suelo le giró vertiginosamente ante los ojos y se alzó para salirle al encuentro.

El choque fue brutal. Espeluznante. De sus labios brotó un ronco gemido. Al fin quedó inmóvil. Apelotonado sobre las baldosas como un amasijo de carne y huesos.

De nuevo, Callaghan se había erigido en claro dominador de la situación. Ordenó al tipo que lo condujera hasta allí:

—¡Tú, orangután! Ponte junto al «señor» Benson. Pero muévete con cuidado o te hago otra demostración a base de pistola.

Procurando no efectuar movimiento alguno que pudiera confundirse con un ademán de rebeldía caminó, visibles las manos, hasta situarse a la altura del francés.

—Serrou —soltó a continuación Robert—, remoja a tu socio.

Y señalaba el florero que había encima del mueble bar.

Maurice, seguido por el desconcierto que flotaba en los ojos del gorila viéndole darse por aludido al pronunciamiento de aquel

nombre extraño, tomó el jarrón derramando todo su contenido sobre la enorme naturaleza del «dormido» Lee Baxter.

Tardó aún un par de minutos en removerse. Lo hizo llevándose las manos a la cabeza cual si tratara de asegurarse de que no se la habían arrancado.

Parpadeó. Miró a su alrededor vacilante. Preguntó:

—¿Qué... ha pasado?

—No hagas el idiota, Baxter, que corres el riesgo de no perder la costumbre. ¿Dónde vive tu «ex amiga» Bertie Marthin?

—¿Cómo...? ¿Bertie...? ¿Quién diablos es esa...?

Cuando se percató de que Callaghan se venía nuevamente hacia él como una flecha, levantó la palma de ambas manos conciliador.

—Sí... sí, se lo digo.

—¡Rápido... o te «crujo»!

—Gansevoort Street, 216.

Robert Callaghan esbozó una de sus glaciales sonrisas.

—De acuerdo, amigo Baxter —dijo retirándose hacia la puerta. Y se detuvo junto a ella para advertir ominosamente—: Procura no haberte confundido, ¿eh? Porque si eso ocurre, van a enterrar tus restos en el hueco de una mano. ¿Me explico bien?

Asomando un brillo de temor a sus ojos, Baxter confirmó:

—Es ahí. Gansevoort Street, 216. Séptimo A.

—Ha sido un placer, señores —se burló el detective—. ¡Ah!, si alguno de ustedes está dando forma a la peregrina idea de seguirme... que lo vaya olvidando. Al primero que asome por este pasillo antes de cinco minutos... lo taladro.

Cerró con un portazo.

Gansevoort Street, no era precisamente la quinta avenida.

El 216, un edificio como muchos otros del Bronx. Sucio, viejo y deslucido. Con sus buenos cincuenta años de existencia.

Se ubicaba casi en la esquina de Tremont Avenue, y lindando con él, había un almacén de material para derribos que ocupaba tres naves consecutivas. La última de ellas desembocaba a una estrecha callejuela por la que, seguramente, se introducían camiones de pequeño tonelaje para efectuar la carga y descarga.

Era más bien un pasaje. Angosto, estrecho, deficientemente empedrado, que moría en otro de idénticas características en defectuosa diagonal.

Bajo el punto de vista urbano y arquitectónico era una auténtica porquería, pero en servicio a los intereses de Robert Callaghan le representaba una valiosa ayuda.

Se introdujo por el pasadizo caminando en la penumbra, puesta toda su atención en asegurarse del terreno donde pisaba. Allí había de todo. Basuras, excrementos, restos de madera y hierros, hojalatas y cien cosas más.

Al llegar al final sus ojos ya se habían acostumbrado a la oscuridad. Escrutó con fijeza la otra callejuela que, sin duda, debía desembocar a la escalera de incendios de la 216.

En efecto. No tardó en localizarla.

Prosiguió el avance pegado al resquebrajado muro. Un hedor insoportable, fétido en grado superlativo, ascendió por sus fosas nasales. Hasta se le contrajo el estómago.

Se situó, finalmente, frente a la escalerilla.

Tuvo que repetir por dos veces el intento de alcanzar el tramo basculante, y al conseguirlo, inició un sigiloso ascenso.

Llegó al séptimo piso sin ningún contratiempo. El descansillo, como en las demás plantas, era el principio de un corredor engullido por las sombras que, lógicamente, debía unirse en su otro extremo a la escalera general del edificio.

Usó la lámpara de bolsillo lanzando un reducido cono de luz que taladró las tinieblas recorriéndolas en zigzag.

Avanzó, iluminando las ventanas. La última debía corresponder al séptimo A.

Forzar la falleba resultó juego de niños. En cuestión de segundos se coló en el apartamento.

Silencio y oscuridad compartían este misterioso dominio. Con el mismo interés que le impulsaba a no pensar en ello, evocó lo sucedido en el cementerio.

¿Se estaría metiendo él mismo en otra encerrona?

Avanzó despacio, a tientas, midiendo cada movimiento, asegurándose de no tropezar con ninguno de los muebles que pudiera haber en la estancia.

Una sensación de anormalidad invadió su cerebro de repente. ¿Baldwin y sus acólitos agazapados en la oscuridad esperando el instante de saltar sobre él?

No podía ser. No había tiempo material de que el teniente se le

hubiera adelantado.

En medio del agobiante silencio y por espacio de un largo minuto, permaneció inmóvil.

Escudriñando las tinieblas. Acechando con la respiración contenida. Sintiendo chocar el corazón contra pecho con latidos que parecían el tañir de una campana de funeral.

¿Un ruido? ¿Indicio de otra presencia humana?

Nada. Dudó entre encender o no su lámpara portátil.

¿Tenía miedo? No. Eso resultaba absurdo. Pero sí temor. Temor a un peligro ignoto, pero que intuía. Que estaba presintiendo desde el momento en que forzara la ventana.

Con enervante cautela, orientándose en la oscuridad, dio nuevos pasos en busca de la puerta.

La encontró. Asió el tirador atrayéndolo hacia él y salió a un pasillo que, a juzgar por las dimensiones de la finca, no debía ser muy largo.

De inmediato, a la derecha, otra puerta.

La abrió con cautela y rapidez colándose en el interior de la pieza. Pegó su espalda a la pared evitando al mínimo el riesgo de ser sorprendido por detrás.

Aguzó el oído esperando captar la acompasada respiración de alguien que durmiese.

Estéril esfuerzo. Nadie dormía. El silencio era denso, absoluto.

Callaghan, con los nervios estirados como cuerdas de violín, se inmovilizó de nuevo.

Un profundo desasosiego se apoderó de sus sentidos. Gotas de helado sudor resbalaron por su frente y un espeso nudo de saliva taponó su garganta dificultándole la respiración.

Aquel cerebro demoníaco, sardónico, se estaba mofando de él. Le dejaba hacer, se complacía torturándole... le daba cuerda para después ahorcarle.

¿Dónde demonios se había escondido la puerca de los veinte mil dólares?

¡Maldito dinero! ¡Cochinas ambiciones!

Eran aquéllos, segundos de mortal angustia. Algo que jamás podría olvidar mientras viviera. Indecisión y desesperación unidas en lucha agónica.

Una muerte sintética. Porque se creía muerto viviendo en un

mundo fantasmagórico y espectral.

Se movió instintivamente y algo tropezó con sus rodillas.

Fue como si una corriente eléctrica actuara sobre su cabeza vivificando las células, descorriendo el tupido que separaba las tinieblas de la claridad.

Reaccionó con cierta violencia. Imprimiendo a sus movimientos una fuerza y rapidez que creía perdida para siempre.

Febrilmente pulsó el encendido de la linterna. El haz luminoso partió por el centro la obsesionante oscuridad.

Pero la visión que aquellos débiles rayos de luz trajeron hasta sus ojos, tuvo caracteres de lienzo horrendo.

Algo así como un «*shock*» psíquico. Una emoción imposible de describir que rebasaba los humanos límites de la resistencia.

Con los ojos desorbitados, paralizado por el horror, contempló hierático la monstruosa escena.

—¡Santo Dios...! —escapó por sus labios como un rezo.

El túmulo, alto y lujoso, reflejando las imperecederas negruras de la muerte, se alzaba allí, en el centro de la estancia, sosteniendo el abierto ataúd.

Siniestro catafalco rematado por cuatro enormes candelabros que aparecían apagados.

¡Y EN SU INTERIOR EL CADÁVER DE BERTIE MARTIN!

Tal como la viera dos días atrás. Con el mismo vestido. Fino el rostro, sin haber perdido todavía ninguno de sus sexuales encantos.

Robert Callaghan negóse a sí mismo la existencia en un mundo real.

Las vértebras cervicales habíansele convertido en témpanos de hielo. Los cabellos de la nuca los tenía erizados como cerdas de un cepillo.

Su cuerpo, estático, ajeno a cualquier emoción, se deslizaba por un tobogán de infernales tragedias a velocidad de vértigo.

Un cuadro del averno lleno de tenebroso hechizo. Ante aquello, se hacía del todo imposible determinar una sensación humana.

Siempre ignoraría por cuánto espacio de tiempo permaneció ausente del mundo. Abiertos los ojos, extraviados, absortos en la macabra contemplación de aquel exacerbado alarde de morbosidad.

Sumido en un estado de catalepsia.

De repente, todo su ser se convulsionó. Cual si sufriera una

extraña metamorfosis. Fueron décimas de segundo. Se sintió dueño de su cerebro, esfumóse la lasitud que dominaba sus miembros.

Y el cambio fue debido al descubrimiento que acababa de efectuar.

Eran dos... los cadáveres que había en la estancia.

Un hombre se encontraba tendido sobre un charco de sangre a la cabecera del luctuoso ornamento.

Primero dudó..., luego la certeza. ¡JOE BALMER!

Nervios y músculos respondieron a la perfección. Trabajó su cerebro hilvanando pensamientos.

¿Sospechó Joe la intervención de su hija en la muerte de Gassey? ¿Acudió en su busca por ello?

Si no corría idéntica suerte..., algún día podría responder a las preguntas.

Lo que sí parecía cierto era que el «gángster» había sorprendido al sádico asesino preparando el macabro decorado, y éste habíale acuchillado salvajemente.

Resultaba extraño, de acuerdo con ese razonamiento, que no se observaran señales de lucha.

¿Lo habría sorprendido por detrás hundiéndole el cuchillo sobre el pecho?

No existía otra explicación. Debía haber sido así.

Rodeó el féretro. Le llamó la atención el hecho de que Bertie no mostrase señal alguna de violencia. ¿Qué había causado su muerte?

Poco tardó en hallar la respuesta: MORFINA. Una dosis excesiva de lo que hasta entonces le ayudara a vivir.

Se inclinó sobre el cuerpo de Balmer.

Observó la posición de su mano derecha..., de los dedos agarrotados.

¡En su postrer hálito de existencia había tratado de garabatear una palabra en la propia sangre!

La guadaña inexorable habíase abatido sobre él antes de que lo consiguiera. No obstante, seis surcos trazados con dificultad abríanse en el viscoso líquido.

Seis letras temblorosas dibujadas con inseguro pulso. Cerró el círculo de luz en torno a ellas. Esforzó sus ojos al mínimo para poder leer:

Epitaf...

Desconcertante. ¿Cuál era el significado? ¿Qué había querido decir Joe Balmer en su mensaje póstumo?

Una docena de veces examinó la sangrienta caligrafía sin conseguir penetrar en su misterio.

¡Maldito caos de intrigas!

Un ruido procedente del exterior le devolvió a la realidad del peligro que estaba corriendo.

Porque el asesino, sin ningún género de dudas, había preparado aquel escenario impresionista con certeza de que acudiría al lugar.

Lo demás, simple. Una llamada a Baldwin Hodder.

Ahora fueron voces tenues las que percibió con claridad en el denso silencio. Varias personas hablaban muy cerca de la puerta en tono quedo.

Sin dudar un segundo, salió de la estancia con la mayor rapidez que se hacía compatible con el sigilo.

Alcanzó la ventana, recorrió el pasillo en sentido inverso que lo hiciera al entrar, y lanzóse peldaños abajo por la escalerilla de incendios.

No resultaba descabellado suponer que el teniente habría tomado sus precauciones, y la más elemental, bloquear aquella salida.

Sin embargo, ante su propia extrañeza, llegó al callejón sin que nadie le saliera al paso.

Asomar las narices a Gansevoort Street ya era más peliagudo. Pero no tenía otra opción. De permanecer allí el riesgo podía resultar mayor que el que entrañaba atravesar el espacio abierto que le separaba de su auto.

Atisbo por detrás de la última nave del almacén alcanzando a ver el coche patrulla que se hallaba detenido frente al 216.

Lo más factible y menos peligroso era avanzar, pegado a la pared, Gansevoort abajo. Torcer por la primera bocacalle, rodear la manzana y salir a Tremont Avenue en donde había estacionado el «Ford».

Así lo hizo, sin vacilar.

Sus pasos fueron seguros, ni rápidos ni lentos. Normales. Procurando esfumarse lo antes posible del campo visual de quienes pudieran estar en el coche, pero sin precipitarse en movimientos sospechosos que pudieran llamar su atención.

Tuvo suerte. Un suspiro de alivio silbó por entre sus labios en el momento de doblar la confluencia de Gansevoort Street con la callejuela que había elegido.

Entonces, más que correr voló.

Un par de minutos después se encontraba sentado al volante de su auto. Y mientras lo ponía en marcha, seis letras martilleaban sus sienes.

Epitaf...

Tenía el presentimiento de que aquella palabra que los dedos sin fuerza de Joe Balmer no habían conseguido terminar, encerraba la clave de aquel impenetrable enigma.

El «Ford» 59 deslizó suavemente sus neumáticos por Tremont Avenue. Pronto no fue más que un bulto negro engullido por la oscuridad de la noche.

## CAPÍTULO VIII

La puerta tardó en abrirse. De todo punto lógico era que la persona que estaba en el interior tomase sus precauciones a tan intempestivas horas de la noche.

Cedió la hoja, hacia dentro, tímidamente. Asomó por el estrecho espacio un rostro tembloroso y asustado.

—¿Quién?

El temor se trocó en sonrisa de tranquilidad. De espontánea alegría. Abrióse la puerta de par en par.

—¡Robert! ¿Qué ha sucedido? ¿Por qué has tardado tanto...?

Jane Foster, envuelta en una de esas menudencias de nylon que suelen ponerse las mujeres al saltar de la cama, estaba sencillamente deliciosa.

Diabólicamente tentadora.

Lo suficiente para hacer olvidar a cualquier hombre sus preocupaciones. Aunque fueran del calibre de las de Robert Callaghan.

Al menos así lo reconoció el detective. Y se prometió que cuando aquello terminara, en el difícil supuesto de que acabara bien, el novio de Jane tendría que pedir en matrimonio a su respetable tía.

Era la primera vez que Robert pisaba el apartamento de su secretaria. Pero no le sorprendió el gusto exquisito ni la femenina pincelada de sensibilidad que, pese a la sencillez, denotaba el decorado.

Muy propio de Jane.

—Te haré una taza de café —dijo la muchacha, cuando lo vio tenderse en el sofá.

—Sí, pequeña. La vengo necesitando desde hace un buen rato.

Observó su gracioso evolucionar en el interior de la agobiante

transparencia. Tras la cristalina toda su persona era como una muda y dulce invitación.

Poco duró la abstracción que los femeninos encantos ejercían sobre los sentidos del detective.

Se desperezó su cerebro y pronto volvió a él la dura e inquietante realidad que, minuto a minuto, se convertía en tragedia sin solución.

Pensar una vez más en todo lo ocurrido era pisar peligrosamente los límites de la cordura.

Sangre y cadáveres. Rastro de tinieblas el que seguía. Abismo de oscuridad que amenaza con la inminencia de un funesto desenlace.

Todo porque la..., ¿para qué ensañarse con ella si había rendido tributo a su ambición con la propia vida?

Pero los veinte mil... ¡aquellos malditos veinte mil! También él pagaría cara su ambición cuando pisara la cámara de gas.

La situación no podía prolongarse durante mucho tiempo. ¿Tres días más..., quizá cuatro? Pero al fin, Hodder y sus esbirros lo cazarían. Si al menos dispusiera de una sola prueba en que cimentar sus argumentos de inocencia.

¡Bah!, ¿cómo iba a conseguirlo ahora? Muerta Bertie Marthin...

Se acercó Jane con dos tazas de humeante café. Las depositó encima de la mesa ratona y apagó la luz dejando encendida una pequeña lámpara de pie.

Tomó asiento en el sofá, muy cerca de él. Preguntó ansiosa:

—¿Has conseguido algo?

Sorbió despacio la aromática infusión.

—Nada. Los que podían servirme de algo tienen la boca cerrada... definitivamente.

—No te comprendo.

Hizo una exposición somera de cuanto había ocurrido desde el momento que se vieran por última vez en la fonda Francesco.

Jane, horrorizada, exclamó:

—¡Parece imposible!

—Puede ser que me haya convertido en un visionario, pero de lo contrario, cuanto han contemplado mis ojos es cierto. Terriblemente cierto. Detrás de todo esto existe una mente perversamente privilegiada, audaz y truculenta, que ha concebido un plan perfecto, ingenioso y maquiavélico, que ha previsto sin fallo hasta el último

de los detalles.

La mujer se removió inquieta.

—Ese individuo, Maurice Serrou. Sólo queda él con vida, es el único superviviente de los protagonistas de esta terrible historia. ¿Por qué no...?

Robert Callaghan rechazó la insinuación con un rotundo cabezazo.

—Le falta inteligencia, y, además, es cobarde. No era más que un simple comparsa sujeto al dominio que sobre su voluntad ejercía Iske. Y éste también ha muerto. Había considerado la posibilidad de que Serrou estuviera involucrado en la trampa que me tendieron, pero ahora me veo obligado a descartarlo. Investigar por ese lado sería perder un tiempo valiosísimo.

—Pero existe un cerebro creador. Tú lo has dicho.

—Existe, sí. Lo he dicho y tiene que ser así forzosamente. Pero imaginando hipótesis no conseguiré demostrarle a Hodder, ni al fiscal ni a un jurado que soy inocente. ¡Pruebas! Eso es lo que necesito. ¿Dónde están? ¿Quién puede proporcionármelas?

Jane se arrebujo contra él mimosa y consoladora. Acarició el rostro del hombre con amorosa ternura. Su voz se convirtió en un runruneo al decir:

—¿Qué piensas hacer, pues? —con un atisbo de esperanza, brillándole extrañamente los ojos, ondulando felinamente... sugirió —: ¿Por qué no huimos, Bob? Lejos de aquí. México, Brasil, cualquier lugar podrá servir para reorganizar nuestras vidas.

Callaghan se desasíó con suavidad del dulce y peligroso abrazo. Otra insinuación, un beso, diez segundos más serían suficientes para vencer su débil resistencia y no sentirse con fuerzas para rechazar aquel ofrecimiento sugestivo.

Ella y sus transparencias. Sus rodillas, el tibio contacto de su cuerpo Cálido y vibrante.

Todo en lucha abierta contra un hombre que empezaba a sentirse vencido, un ser que ya no fiaba en sus propias fuerzas como solo dos días atrás había confiado.

—No —respondió tras penoso esfuerzo—. No me pidas eso, Jane. Sería como arruinar mi personalidad, hundirme definitivamente. Convertirme en una difusa caricatura del verdadero Robert Callaghan.

—¿Conservarás íntegros todos esos valores consumiendo el resto de tus días en presidio?

—Si pierdo la partida... el presidio será sólo una fugaz escala.

Las palabras que no llegó a pronunciar, la sentencia que dejó en el aire, resonó en los oídos de Jane cual si la hubiera pregonado a través de un megáfono.

Crujió el nylon al moverse ella.

—Entonces, ¿consideras más digno el que te ejecuten por unos crímenes que no has cometido?

Robert, nervioso, oprimiendo los dedos de una mano en el interior de la otra, no pudo ocultar la batalla que sus pensamientos libraban dentro de su cerebro atormentado.

—Trata de comprenderme —pidió—. No descansaría tranquilo ni en el más ignorado de los rincones. Cuanto hiciera por huir a la verdad sería inútil, mi existencia no tendría razón de ser, ¿no lo entiendes, Jane? ¿Debo ser yo, haciendo frente a todas las adversidades, quien destruya a ese cerebro que se esfuerza por hundirme? ¡Tengo que conseguirlo!

Jane, no supo O no quiso replicar. Y cuando se disponía a hacerlo, un brusco timbrazo puso su nota vibratoria en el silencio reinante.

Y el que llamaba estaba impaciente. Oprimía el zumbador en cortas intermitencias. Cortas, pero insistentes.

La mujer clavó sus ojos asustados en los del detective.

—Me situaré detrás de la puerta —dijo Callaghan, extrayendo su automática—. Ve a ver quién es.

Obedeció. Sin poder dominar el temblor perceptible que azotaba su cuerpo.

Entreabrió precavidamente.

—¿Qué desea?

—¿Está Callaghan? —quiso saber una voz en tona confidencial. Y ante la duda de la mujer, insistió—: Me refiero a su jefe, al detective. ¡Es urgente!

Jane consultó a Robert por el rabillo del ojo, y ante la señal de asentimiento, permitió el acceso al individuo.

Lo reconoció al instante. El tipo que lo había «cazado» a la salida del *Snack Blue* para llevarle a presencia de Joe Balmer.

Cuando quiso darse cuenta, Callaghan ya le había despojado del

revólver que llevaba en la funda sobaquera.

—¿Qué se te ofrece, muñeco? —inquirió, envolviéndole en aviesa mirada.

Alzó el volumen de cubiertas negras que sostenía en su mano derecha.

—Le traigo esto —anunció—. El jefe ha muerto.

—Lo sé. ¿Quién te ha dicho que lo hagas?

—Joe lo dijo.

—¿Y has esperado a que se lo «cargaran»?

—Fueron sus órdenes.

—Explícate mejor.

—¿Puedo sentarme? ¿Tiene *whisky*?

Robert Callaghan le señaló una butaca. Indicó a Jane que le trajera un vaso.

Tras ingerir el líquido de un solo trago, manifestó con grosero ademán:

—¡Así está mejor!

La pistola de Callaghan le hizo engullir el eructo que tenía a flor de labios. Y su voz conminatoria le ordenó:

—Aguardo tú historia, pequeña víbora.

—Se nota que está en condiciones de insultarme, ¿eh?

—Si te pones desagradable... —advirtió el detective ominosamente—, te va a faltar cara para recibir los puñetazos que te tengo destinados. ¡Habla de una maldita vez!

Jane habíase retirado a su habitación. Cuando regresó, el nebuloso y transparente nylon tenía por sustituto un tejido más compacto que reducía a nada la visibilidad de sus exuberantes encantos.

El tipejo no aprobó el cambio. Al menos eso expresaron sus ojos.

Y su apariencia hacía imaginar...

Frustrado el espectáculo que para él no había durado más allá de un minuto, se encaró decididamente con el hombre. Se explicó:

—El mismo día que fuimos por usted, o sea ayer, Balmer nos envió a efectuar un nuevo registro en el domicilio del tipo que us... que «despeinaron» en el cementerio.

—¿Habíais estado otras veces?

—Una. La que encontramos el dichoso plano de las x.

—¿Qué teníais que buscar ahora?

Alzó el libro por segunda vez.

—Esto. Joe nos habló de un libro encuadernado en tela negra en cuyo lomo, con letras doradas, tenía que leerse la palabra: DIARIO.

Se abrió un corto paréntesis de silencio. En su transcurso, Callaghan, trató de introducirse en la mente del esmirriado acólito de Balmer. Quiso penetrar en sus ideas, en sus pensamientos. Encontrar una razón que pudiera darle cierta confianza a las explicaciones que estaba ofreciendo.

No dispó la duda. ¿Hasta qué punto podía fiar en un reptil de aquella especie?

—Sigue.

—Fue cosa fácil dar con el mamotreto. Resaltaba entre los demás que había en la biblioteca. Balmer se tiró más horas con él en la mano que las que se pasó leyendo las memorias de Eliot Ness.

Hizo una pausa, curvó sus labios en repugnante sonrisa y agregó:

—¡A fe que se puso contento! Dijo una serie de cosas que no llegué a comprender, pero lo que sí entendí perfectamente fueron unas palabras acerca de una montaña de millones de dólares.

—¿Cuándo te ordenó que me trajeras el libro, por qué lo hizo?

Señaló el vaso.

—¿Por qué no lo llenas, preciosa?

Callaghan, sin dudarle, guardó la pistola. Atrapó al tipo por las solapas de la chaqueta y lo estrello al otro lado de la estancia.

El mismo se cuidó de incorporarlo y de arrearle dos imponentes puñetazos que contorsionaron al enclenque como una marioneta de trapo.

—Te estás propasando, chistoso.

Y tomando la botella de *whisky*, le aplicó el gollete a los labios hasta que le vio expulsar líquido por todos los poros de su cuerpo.

—¿Estás satisfecho?

Tosió. Escupió un par de veces y miró al detective con rencor.

—¡Suponiendo que le quede vida, le aseguro que me pagará esto, pesquisa!

—Me estoy impacientando, miniatura.

Estas palabras las pronunció acercándose de nuevo. El tipo soltó prenda con prontitud.

—Ha sido esta noche. Balmer me ha dicho que tenía que

efectuar una visita él personalmente —volvió a toser, ahora apresuradamente, para añadir—: Eso me ha sorprendido, pues cuando Balmer quería hablar con alguien nosotros lo traíamos. Pero lo de hoy, por lo visto, era de suma gravedad. Me ha encargado que lo recogiere a las dos de la madrugada en Gansevoort Street, 216. He llegado en el preciso instante que la ambulancia retiraba su cadáver.

—No estás contestando a mi pregunta.

—Trato de ir por partes. Voy a repetir las palabras del jefe textualmente: «Si me ocurre algo —ha dicho—, le llevarás el libro de cubiertas negras al detective. Como Callaghan no tiene paradero fijo, puedes localizarlo a través de su secretaria. Dyckman Street, 645, 4.º, C».

—¿Estaba convencido Balmer de que... «podía ocurrirle algo»?

—Mejor se lo pregunta a él, ¿no? —aún tuvo ánimo de burlarse—. Yo me he limitado a cumplir lo ordenado —se encaminó hacia la puerta, recitando—. Y ahora, ¡me largo!

—Despacio, muñeco —le inmovilizó el detective, echando mano a la pistola—. Antes te voy a hacer una recomendación. Sólo tú, únicamente tú, nadie más que tú... sabe que yo estoy aquí, ¿comprendes? Si viene la policía y la burlo, aunque no te hayas ido de la lengua tú, pagarás TÚ. ¿Me explico?

El tipo sonrió despectivo.

—Los de mi «escuela» —dijo jactancioso— no necesitamos de la «bofia» para ajustarle las cuentas a un tipo como... TÚ.

Y con gesto desafiante le volvió la espalda. Un estruendoso portazo indicó sonoramente que había abandonado la estancia.

Callaghan tomó el libro que cayera al suelo durante la pelea. Bueno, ¿se podía llamar pelea a que recibiera uno solo?

—¿Qué puede significar ese diario? —inquirió Jane, hasta entonces en silencio.

—Todavía no lo sé, pequeña. Balmer me dijo en vida que era un altruista y no lo creí..., tendré que terminar cambiando de opinión. Hasta muerto sigue esforzándose por ayudarme, ¡lástima que fuera incapaz de comprenderle! Primero las seis letras, ahora esto. ¿A santo de qué, le caería simpático a Joe?

—Quiso impedir que pagaras las culpas de otro. Al menos eso demuestra.

—Y yo me pregunto, ¿por qué no lo impidió de una forma menos complicada y más eficaz? Su historia, el hecho de que Bertie fuera su hija, esas letras incomprensibles, todo, en lugar de ayudarme, ha servido para aumentar mi confusión.

Se dejó caer en el sofá empezando a hojear el grueso volumen. Jane le siguió con la mirada renunciando a interrumpirla.

¿Qué podía esperarse del diario personal de un individuo normal y corriente?

Lo que estaba leyendo. Fechas, curiosas efemérides, nombres, facetas de la vida íntima, análisis de la propia personalidad, autobiografía...

Esa rutinaria normalidad se rompía en la página que acababa de aparecer ante los ojos de Robert Callaghan.

Lo habitual, lo monótono, el reflejo de una vida anónima como existían otras cien mil perdía en aquellas letras su continuidad.

Una nota de vivo interés se dibujó en el rostro del detective. Y fue tan expresiva que Jane, cediendo a la innata curiosidad de su sexo, se aproximó por detrás del hombre.

Leyó la página:

## DE MIS PENSAMIENTOS PARA CON LA MUERTE

«A la puerta marmórea de ese postrer hogar, acostumbran, ora la admiración, ora el cariño, a escribir breves palabras llamadas EPITAFIO, que señalan el final de este camino.

»De la fangosa arcilla que se cría en los pantanos, nace el ídolo ambicioso que, asiduamente, fabrica el corazón humano.

»Cuando esta voraz tumba que me esconde, la contemplen medrosos vuestros ojos, ¡no temáis!, ¡esto es la vida! Muerte es tan sólo el errar por vuestro mundo.

«Yo amo y venero tu silencio elocuentísimo, henchido de la voz del infinito. Descubre esa voz una fuerza no entendida, llena de esperanzas y alegrías.

»Cuando a preguntar vengáis aquí, al cementerio,

anegados en lágrimas por mí..., escuchad el eco dulce que responde. ¡Él vive..., vive allí!».

Callaghan, cual, si un muelle misterioso lo proyectara hacia adelante con potencia arrolladora, saltó del sofá gritando:

—¡Por fin! ¡Por fin he comprendido!

Miró a Jane, que observaba sus manifestaciones con notable sorpresa. Se acercó a ella con una sonrisa que parecía pertenecer a otro que no fuera él.

—Las letras, muñeca —dijo alborozado—. Las seis letras. ¿Sabes su significado?

—No —respondió resuelta.

—EPITAFIO. ¡Eso quiso escribir Joe Balmer! Y en su diario personal, Charlie Gassey reflejó sus pensamientos sobre la muerte con cinco epitafios.

—¡Por Dios, Bob! ¿Qué tratas de decirme?

La tomó por los hombros mirándola fijamente.

—Que en el cementerio —habló con lentitud pronunciando contundente cada una de las sílabas— hay cinco tumbas en las que se hallan grabados esos epitafios. Y en el interior de cada una de ellas, además de un féretro y su cadáver, hay enterrado parte del botín que desapareciera muchos años atrás de la cámara acorazada del National Bank.

—Repartido entre las cinco, ¿no?

—Exactamente.

—Entonces, Bob, si sólo Balmer sabía eso, y éste no mató a Gassey o mejor dicho no te tendió la trampa para que lo mataras, ¿quién lo hizo y por qué, si nadie más conoce el escondrijo del cargamento? ¿De qué otra forma podía beneficiarse ese alguien con la muerte de Charlie Gassey?

—Es la última pregunta que resta por responder. Pero antes debo efectuar una comprobación.

—¿Cuál?

—La de si esa fortuna sigue o no en el mismo lugar donde la ocultó el banquero.

—Y... ¿vas a exhumar esas tumbas por tu cuenta y riesgo?

—Es lo que pienso hacer y antes de que despunten los primeros albores del día. No tengo ni un segundo que perder.

Jane Foster se aferró, materialmente, al cuerpo de él.

—¡Es una insensatez! —trató de disuadirle—. ¡Un peligro que puede costarte la libertad... o la vida!

—Lo sé, mi pequeña Jane. Lo sé —le habló suavemente, mientras acariciaba sus cabellos. Tras un minuto en el que sus labios permanecieron pegados apasionadamente, quiso tranquilizarla, diciendo—: Es el único sendero que puede llevarme a demostrar mi inocencia, ¿crees que debo apartarme de él? ¿Prefieres que siga huyendo siempre al cerdo de Hodder y que, tarde o temprano, suceda lo que tratas de evitar? No seas niña, verás como todo sale bien. ¡Te lo prometo!

Consoladora promesa sobre la que él mismo abrigaba dudas gigantescas.

Un nuevo beso fue su despedida.

Jane Foster, palpitando su pecho, encogido el corazón por el temor y la incertidumbre, le vio salir de la estancia.

Una pregunta angustiosa vagaba en el interior de su cerebro buscando febril respuesta.

Volvería a verle... ¿VIVO?

## CAPÍTULO IX

Jack Scott, somnoliento, desordenado el cabello, pegados los párpados, se restregó los ojos una y otra vez.

¿Estaría bajo los efectos de una pesadilla?

Robert Callaghan le sacudió por los hombros con cierta violencia para desvanecer sus dudas. Entonces, el hombrecillo exclamó:

—¡Eso es imposible, Robert! —la voz le salió ronca—. Compréndelo. Son las tres de la madrugada, ¿dónde encuentro yo cinco tipos que estén dispuestos a violar tumbas como si se tratara de un deporte?

El detective le miró ansiosamente.

—¡Jack, es vital, no puedo esperar hasta mañana en la noche! Mi vida está en juego, trata de comprender tú también. Dispongo de cinco «grandes», mil por cabeza. ¿No hay cinco tipos, entre once millones de habitantes, que estén dispuestos a ganar mil dólares en un par de horas?

Permaneció reflexivo unos minutos, dudo que existan, Bob. Pero ¿dónde?

Tú tienes contactos en todas partes, Jack —insistió el detective con evidente nerviosismo—. Piensa..., haz lo que quieras, ¡encuétralos!

—Muy bien —aceptó no muy convencido—, lo intentaré. Sé de un garito en Harlem que funciona toda la noche. A estas horas, muchos se han quedado sin «pasta» y están de meros espectadores. Mil dólares... pueden brindarles la oportunidad de sentarse nuevamente en el tapete. Es el único recurso de que dispongo.

—¡Vamos allá! —le acució Robert, esperanzado.

Jack se vistió rápidamente. Cinco minutos después, conduciendo el «Ford», volaban por las desiertas calles de la ciudad camino de

Harlem.

La veloz carrera terminó en el cruce de Lenox Avenue con la Noventa y Seis Street.

—Es mejor que sigamos andando. No está muy lejos — recomendó Scott.

Se llegaba al garito después de atravesar un tugurio maloliente, lleno de negros, mestizos, hampones de la peor estofa, y una docena de procaces cuarentonas que exhibían con hastío sus arrugados encantos.

Pisaron los crujientes peldaños de una escalerilla de caracol que les condujo frente a una puerta deslucida y mugrienta.

Jack la golpeó dos veces espaciadas. Tres, seguidas. Una larga, descargada con mayor potencia que las precedentes.

La evidente señal obró de inmediato los efectos apetecidos. Entreabrióse la madera. Y pese a que los golpes habían sido correctos, no por ello se olvidaron de las precauciones de costumbre.

Un tipo que le propinó a su madre un susto mayúsculo en el momento de nacer, y al que le habían puesto Ernie porque de alguna forma tenía que llamarse, asomó las fauces por el resquicio.

—¡Ah, eres tú, Jack! —observó con un gruñido de oso altanero —. Llegas oportuno, chico, la «cosa» está que quema...

—Traigo compañía.

—¿De confianza?

—Absoluta. ¿Estaría conmigo si no lo fuera?

El rostro de Ernie, truculento, poseía en abundancia las cualidades que tanto valoraban los directores de films de suspense.

El, con la peculiar fanfarronería de los de su ralea, decía que lo de la nariz era consecuencia de sus experiencias en el cuadrilátero.

Ni el mismo Ernie se lo creía. Bromas pesadas delia naturaleza. Dos asquerosos agujeros encima de una boca torcida de labios repulsivos, distaban mucho de ser una nariz, aunque cumplieran sus funciones.

Míster Hyde se hubiera considerado Rodolfo Valentino al lado de semejante aberración.

Sus ojos de hiena observaron a Robert con recelo.

—¿Qué tal las «mueve» este tipo? —le preguntó a Scott.

Éste, sin amilanarse, lo envolvió en una mirada de franco

desprecio.

—No viene a jugar —respondió—. Trae cinco «grandes» para cinco desocupados que quieran hacer un trabajo.

El detective, entretanto, dio un vistazo a la pieza. Una bombilla pelada colgaba del techo esparciendo su luz sobre una mesa de póquer, alrededor de la cual, cuatro fulanos fumaban ansiosamente observando los naipes y al contrincante con un peligroso brillo en los ojos.

En torno a los que componían la partida, más de siete «desplumados» seguían el curso de la misma viviendo, con igual ansiedad que los protagonistas, las emociones del juego.

—¿De qué se trata? —indagó Ernie, intrigado.

—Pico, pala y a remover tierra en el cementerio. ¿Te conviene?

Se acarició ostentosamente la funda sobaquera mientras meditaba el ofrecimiento. Dijo al fin:

—Arriesgado, desde luego. Pero los mil..., bien vale la pena de intentarlo —y más decidido, agregó—: Espera, aquí hay más de cuatro que necesitan «pasta».

Se acercó al grupo de espectadores cuchicheando al oído de algunos que, cabeceando contundentes, parecieron aceptar la proposición.

Regresó frotándose las manazas.

—Hecho —anunció—. Gene, Cooper, Curtis y Lou vienen conmigo. ¿Nos vamos?

Robert, gratamente sorprendido por la facilidad con que se había resuelto lo que en noca de Scott resultaba poco menos que imposible, respondió:

—Ahora mismo.

Costó dar con la primera sepultura. Pero el esfuerzo vino a compensar con largueza las hipótesis del detective.

Uno de los pensamientos que Gassey había tenido para la muerte estaba grabado sobre la piedra con letras mayúsculas.

«De la fangosa arcilla que se cría en los pantanos, nace el ídolo ambicioso que, asiduamente, fabrica el corazón humano».

—¿Hay que empezar por ésta? —preguntó Ernie, tirando de pico.

—Sin perder un segundo —asintió el detective.

Aquellos tipos podían ser lo que fueran, pero trabajaban rápidos y sin hacer preguntas.

Y no parecía importarles mucho operar en un cementerio. Se trataba de ganar mil dólares, y para eso, igual les daba vileza que villanía.

Jack y Robert, situados en ambos extremos del lúgubre sendero, escrutaban la oscuridad nerviosamente en prevención de cualquier evento.

—¡Eh, patrón! —exclamó el que decía llamarse Cooper—. La tierra está removida. Da la impresión de que alguien se nos ha adelantado.

En efecto, el tipo tenía razón. Y sus palabras quedaron plenamente confirmadas cuando en el fondo de la tumba apareció sólo un ataúd.

Nadie pareció impresionarse demasiado. Era lo lógico. Todos los cadáveres se metían dentro de una caja de madera más o menos lujosa.

—¿La abrimos? —preguntó Lou, consultando al detective con la mirada.

Robert asintió.

La herrumbrosa cerradura ofreció escasa resistencia. La tapa se levantó, dejando al descubierto su macabro contenido.

Cualquier persona medianamente sensible, al contemplar la pelada osamenta, hubiera contraído los músculos faciales en rictus de horror, cerrando los ojos y vuelto la cabeza hacia otro lado.

Pero aquellos elementos estaban curados de toda clase de espantos.

Ni tan siquiera se inmutaron. E interpretando equivocadamente el gesto que crispaba las facciones del detective, uno de ellos exclamó:

—No vayas a vomitar, muchacho. ¿Qué te pensabas que era esto?

Robert no respondió. Tenía los ojos fijos en la abierta sepultura y el pensamiento ahogado en un mar de confusiones.

Si sólo Joe Balmer había intuido la verdad y sólo él había

heredado el secreto, ¿cómo podía explicarse que debajo del epitafio que señalaba el lugar en que Gassey ocultara parte del cargamento no hubiera más que tierra y un ataúd?

El tipo aquel lo había dicho: «Alguien se nos ha adelantado».

Pero ¿quién? Balmer y él habían interpretado el verdadero significado de los epitafios, únicamente ellos dos sabían de la existencia del diario de Charlie Gassey. Sin embargo, quedaba demostrado que existía un tercero. Otra vez la pregunta, ¿quién?

¿Se habría equivocado Balmer en sus deducciones y él por consiguiente? Entonces, ¿cómo se explicaba que lo que fuera un pensamiento de Gassey se hubiese grabado a cincel sobre una losa de piedra?

La confusión nacía de nuevo. Su esperanza se diluía como el humo de un cigarro. Rastro de tinieblas el que seguía.

¡Epitafios sangrientos!

—¿Nos vamos a tirar así toda la noche? —se inquietó Ernie.

Razón no le faltaba. Empezaba a morir la noche y quedaban cuatro tumbas todavía.

Y en verdad, ¿valía la pena seguir removiendo tierra de muertos?

Callaghan quiso aferrarse a una última posibilidad.

Les Ordenó que devolvieran el ataúd al agujero y que lo cubrieran.

Comprobó, ya sin asombro, que las cuatro tumbas siguientes lucían los epitafios que en el pensamiento de un ambicioso banquero llamado Gassey, cobraran un significado mucho más importante que el de simples palabras de póstumo homenaje.

Anonadado, pero hecho a la idea, vio repetirse la historia cuatro veces consecutivas.

Tierra, sarcófago y cadáver. Pero del valioso botín que Eric Vogel y sus acólitos embarcaran en un carguero finlandés, NI RASTRO.

Las manecillas del reloj rozaban las cinco de la madrugada cuando Callaghan, hundidos los hombros y arruinada su moral, repartió entre los «ansiosos» los cinco billetes que Bertie Marthin echara tan displicente sobre la mesa de su despacho.

Cinco papeles. Fiel exponente de los motivos de su tragedia.

Había jugado la última baza en aquella partida siniestra... y

había perdido.

¡Carnaza para Baldwin Hodder! Su suerte estaba echada, ahora ya no tendría fuerzas para rechazar las sugerencias de la dulce Jane. Sólo en la huida se cifraba una posibilidad iónica de salvar la piel.

Le aguardaba una vida de incertidumbre, de continuos sobresaltos. Cada rostro, cada expresión, serían una amenaza. En la más tranquila de las apariencias podría ocultarse el inminente peligro de...

Agarrotó las manos en el volante del «Ford» con desesperación. Maldijo mil veces su mala estrella cabeceando con tristeza. ¡El, Robert Callaghan, el mejor de todos! ¡El hombre del día! Con su oficina, su letrado de sabueso diplomado...

¿Qué significaba todo aquello ahora?

Jack Scott, reflexivo, se mantuvo en absoluto silencio respetando los sentimientos que torturaban al que, sólo tres fechas atrás, dominaba al mundo con una mirada.

Viendo que la situación se prolongaba, apuntó con suavidad:

—¿Qué vas a hacer ahora, Robert?

Le miró con los ojos perdidos. Como si no le conociera. Las palabras brotaron de su garganta ahogadas por la rabia, respondió:

—Ponerme delante de un espejo y gritar: ¡Robert Callaghan, me das lástima!

El hombrecillo tragó saliva. Era una papeleta difícil la suya. Quería decir muchas cosas, pero ignoraba cuál sería la acertada.

—Si te hundes en la desesperación estás irremisiblemente perdido —razonó—. Yo puedo garantizarte la salida del país en menos de doce horas. Toda mi red trabajará para eso. Tú y Jane tendréis un pasaporte que ni el mismo presidente se atreverá a decir que es falso y... —pareció dudar unos instantes—, sin que lo tomes como una limosna, te proporcionaré el dinero que necesites para establecerte en el lugar que tú elijas.

El rostro de Robert Callaghan se convirtió en una máscara de granito. Encajó las mandíbulas hasta la rigidez y sus ojos parecieron trocarse en dos pedazos de cristal inexpresivos.

—No —pronunció al término de un largo silencio con aire ausente y obstinado—. No pienso huir.

—Nueva York es muy grande —sentenció Scott—, pero resulta pequeño para quien trata de huir. Más para el que huye de sí

mismo.

Jack inclinó la cabeza.

—Se trata de tu vida..., y tú eres quien debe decidir.

Con movimientos de autómata puso el vehículo en marcha sin pronunciar una nueva sílaba.

Hubo momentos en que circuló a velocidad suicida por mitad del asfalto. Otros en que, pegado a su derecha, la aguja no llegó a rebasar los 20 a la hora.

Una frase iba girando en el interior de su cerebro como una cinta lo hubiera hecho en el carrete de un magnetofón.

«Sin embargo, quedaba demostrado que existía un tercero. ¿Quién?... Sin embargo, quedaba demostra...».

En aquel momento corría, y fue tan violento y brusco el frenazo, tan imprevisto, que Jack Scott estampó la frente contra el inastillable del parabrisas.

Sin tiempo material para reponerse del susto y del golpetazo, le oyó decir con una voz que no parecía la suya:

—Ciego..., he estado ciego. Y es tan claro, tan diáfano, tan sencillo, que no he sabido verlo. ¡Naturalmente que existe un tercero..., en realidad sólo un primero! ¿Quién sino él?

Ante el asombro de Scott se puso a reír como un enajenado. Fueron carcajadas guturales las que pareció arrancar de su garganta a viva fuerza.

—Y la Prensa no se explica por qué robaron el cadáver, ¡estúpidos! —siguió monologando—. ¡Yo sí lo sé... acabo de saberlo! ¡Y lo sabrá Hodder, y los imbéciles «plumíferos» que nunca son capaces de escribir una verdad! Pero ahora... —su voz se tornó suave, ondulante como el reptar de un ofidio— escribirán la verdad, se recrearán con la historia, soltarán ediciones especiales, ¿y qué dirán de mí?

Se interrumpió para mirar a Jack, No le fue difícil leer en sus ojos una mezcla de estupefacción y duda. Dijo, con una sonrisa que tranquilizó el espíritu del otro:

—No estoy loco, pequeño. Pero debería estarlo. Ya no será necesario huir ni tampoco esconderse..., ¡he dado con la solución del enigma! Así, sencillamente.

—¿Quieres decir —tartamudeó Scott— que conoces... que sabes el nombre de la persona que planeó este tinglado monstruoso?

—Exacto, Scott. Exacto.

—¿Quién...?

A continuación, con estudiada lentitud, Robert Callaghan pronunció un nombre.

Jack, atónito, mudo de asombro, se sintió incapaz de articular una palabra. Un sonido tan sólo que exteriorizara su sorpresa.

Por unos instantes, pensó que el detective se había vuelto rematadamente loco. Pero su seguridad, su expresión decidida y firme que contrastaba con la ofrecida pocos minutos antes, la convicción que había acompañado sus palabras, le convencieron de que, lo inaudito, lo imposible, podía ser realidad.

Al fin pudo decir:

—¡Qué me ahorquen ahora mismo si no es esto lo más sorprendente y absurdo que he oído en toda mi vida!

Robert le palmeó sobre las rodillas.

—¡Por eso, por absurdo, no hemos sabido comprenderlo! ¿No te das cuenta de que no puede ser otra la solución de este enigma?

—Bob... —arrastró las palabras penosamente—, si te equivocas, vas de cabeza a la «cámara». Y yo, sin remisión, a un centro siquiátrico.

—Pía llegado la hora —anunció Callaghan, iluminados los ojos por un brillo de incontenible alegría—. ¿Cuál es la dirección del agente Crawson?

Jack Scott consultó una pequeña agenda con cubiertas de hule.

—Hemos estado muy cerca hace unos minutos —contestó—. Fordham Road, 327, G., C, Bronx. ¿Voy contigo?

Robert dudó unos segundos.

—No —habló finalmente—. Te vas a buscar a mi entrañable Baldwin Hodder, lo levantas de la cama y si es preciso, lo traes a rastras hasta el domicilio de su subordinado. ¡Qué grata sorpresa vamos a proporcionarle!

—Correcto —asintió. Y con una sonrisa de broma seria, agregó—. De camino me iré pensando algún epitafio para ti.

—No está de más, algún día necesitaré de él.

El propietario de la tienda de antigüedades se apeó del «Ford».

—¡Suerte! —musitó, viendo alejarse el auto.

Robert Callaghan, sintiendo renacer en su pecho ilusiones y esperanzas que creía muertas para siempre, condujo esta vez con

una prudencia nada común en ti.

Nunca, como en aquel instante, había deseado vivir.

Por Lenox Avenue llegó hasta la cima de Manhattan torciendo a la altura de la 107 Th Street. Ella le introdujo en el Bronx. Cruzó la University Avenue optando, en aquella zona desértica y huérfana de tránsito, por pisar el acelerador con más fuerza.

Deegan Boulevard, tramo final del recorrido, lo llevo hasta su confluencia con Fordham Road. Rebaso ésta deteniéndose una manzana más arriba.

Saltó del coche retrocediendo algunos metros.

Fordham Road no era tampoco una filigrana. Y los vecinos gente bastante despreocupada y muy poco higiénicos.

Todos los portalones estaban abiertos, cosa que simplificó la labor del detective. Una puerta menos que forzar.

Se coló en la oscuridad del 316 tras asegurarse de que no era observado. Gimieron los escalones bajo sus pies, canto lastimero que le acompañó hasta el sexto rellano.

Prendió un fósforo renunciando a usar la linterna.

Pegó el oído a la puerta señalada con la C, escuchando por si conseguía captar alguna señal de vida en el interior. El silencio y la quietud resultaban inseparables compañeros.

Aplicó ganzúa y palanqueta a la cerradura con satisfactorio resultado. El apartamento vio intensificada su oscuridad al recortarse el rectángulo del portal con la semipenumbra de la escalera y los ángulos del rellano donde se hallaba.

Cautelosamente dio unos pasos por la estancia en busca de lo que debía ser el dormitorio, el cual, entreabierta la puerta, se encontraba al término del estrecho corredor.

Tanteó la pared en busca de la llave de la luz.

El brillo de la lámpara hirió los ojos del que dormía entre sonoros ronquidos.

Parpadeó varias veces y luego, asustado, abandona la cama de un brinco.

—¡Eh!, ¿qué pasa aquí?

—Buenas noches, Crawson. No esperabas verme de nuevo, ¿verdad?

El detective apuntaba el cañón de su automática hacia el agente de la Brigada de Homicidios.

Se frotó los ojos en busca de la realidad.

—¡Pero, Callaghan...! ¿Qué hace usted...?

—¡Lo mismo que tú en el cementerio la otra noche Cazar un asesino!

No muy convencido de lo que estaba viviendo, gritó:

—¡Es usted un loco peligroso!

Probablemente iba a añadir algo más, pero Robert se plantó junto a él en dos zancadas castigando el adormilado rostro con dureza.

Un hilo de sangre goteaba de la boca del agente Crawson cuando se incorporó del suelo.

Miró al detective con estupor. Con un atisbo de pánico en sus ojos.

—¿Qué... quiere?

—¡Hablar con la persona que te envió al cementerio, que te mandó asesinar a Iske, a Bertie y a Joe Balmer!

Le vio remiso. Supo que no le obedecería.

Un segundo puñetazo que encajó en mitad de la cara inesperadamente, lo estampó contra la pared más cercana.

—¿Lo llamarás?

Crawson negó con la cabeza.

Cuando el pie de Robert se levantaba unos centímetros para reanudar el castigo, exclamó:

—No sé..., no sé dónde localizarlo.

—Eso equivale a una confesión, agente. Pero el «no sé», dista mucho de convencerme. Tienes que saber el sistema de ponerte en contacto con él. Procura recordar con rapidez o...

Una voz nacida a espaldas del detective cortó sus palabras con otras frías y autoritarias.

—No hace falta que recuerde, míster Callaghan. ¿Es a mí a quien usted busca?

Un silencio. Luego, sin volverse, Robert respondió con firmeza.

—A usted, Charlie Gassey.

## CAPÍTULO X

De nuevo el silencio. Denso, tangible, agobiante. Adueniéndose del ámbito. De las mentes y de sus pensamientos.

Callaghan, consciente de que aquel imprevisto adelanto que la presencia de Gassey imprimía a los hechos podía costarle la vida, trató de buscar la forma rápida y convincente que le permitiera ganar tiempo.

Un error de cálculo amenazaba con arruinar el éxito.

Ahora. Precisamente ahora, cuando había llegado a la verdad...

—Ha hecho honor a su fama, pesquisa —le oyó decir al banquero—. No imaginé por un momento que pudiera descubrir mi secreto. Pero, de muy poco va a servirle. Vuélvase despacio, pero antes tire su pistola al suelo.

Obedeció punto por punto.

Crawson, con sardónica sonrisa, recogió la automática.

—Está hundido en un mar de sangre, Gassey —anunció el detective, sereno—. Sé que va a matarme, mas, con mi muerte, no escapará a la suerte que le aguarda. Alguien, aparte de mí, conoce también la verdad. Y sabe lo que yo estoy haciendo en estos instantes...

La risotada que soltó el otro interrumpió sus palabras.

—Primero se muestra en exceso inteligente, y ahora se empeña en razonar como un niño —los labios de Charlie Gassey se curvaron en escalofriante mueca—. ¿De veras cree que conseguirá engañarme? Leo en sus ojos mejor que en un libro. Trata de ganar tiempo, y aunque así fuese, ¿qué...?

—De usted depende que lo logre, ¿no? —replicó Callaghan con admirable sangre fría—. La pistola está en su mano..., ¡apriete el gatillo!

—¡Hágalo cuanto antes! —intervino Crawson nervioso—. Con lo que este tipo sabe...

—¡Tú te callas, imbécil! —cortó despótico. Y dirigiéndose al detective, agregó—: Soy muy curioso, Callaghan. ¿Le importa explicarme cómo ha llegado hasta mí?

Robert Callaghan le miró escrutadoramente por espacio de unos instantes. ¿Cuál era el juego de aquel cerebro mezquino y tortuoso? Cada minuto que transcurriera aumentaban sus posibilidades, él mismo lo había reconocido. ¿Por qué entonces...?

—Sé lo que está cavilando —la voz de Gassey se filtró por su pensamiento—. Es inútil que se devane los sesos Callaghan, NO SALDRA VIVO DE AQUÍ. ¿Responde o no a mi pregunta?

Robert, decidido a consumir hasta el último segundo de lo que consideraba exigua posibilidad, contestó:

—Su diario, míster Gassey —hacía gala de un temple y dominio de nervios francamente extraordinarios—. Ahí estaba la clave. Sólo Balmer y yo tuvimos oportunidad de leerlo. Y de los dos, yo que he comprobado que bajo las losas en que habían sido grabados los epitafios, no existe más que un ataúd. De la fortuna que usted robó a Vogel y los demás ni sombra. ¿Quién podía haberseme adelantado? La persona que dio vida a esos epitafios.

—Pero... —apuntó Gassey sutilmente—, yo estaba «muerto».

Callaghan sonrió despectivo.

—Murió un hombre de extraordinario parecido con Charlie Gassey. El robo del cadáver desvanece todas las dudas. Una identificación meticulosa hubiera descubierto la suplantación. ¿He supuesto bien?

—Maravillosamente bien.

—La circunstancia de que yo consiguiera burlar a Crawson la otra noche en el cementerio trastocó por completo la estructura de su proyecto, ¿no es así, Charlie?, se vio obligado a «suprimir» a Iske para evitar que hablara conmigo. Pero fue lo mismo. Muerto, quedaba eliminado de la lista de sospechosos. ¿No se le ocurrió eso? Luego, Bertie, su eficaz y drogada colaboradora, Y Joe Balmer, que se presentó inoportunamente cuando usted y este cerdo (miró al agente por el rabillo del ojo) me preparaban el escenario.

—Balmer ya hacía mucho tiempo que estaba pidiendo el «pasaporte». Demasiados contactos y averiguaciones, demasiado

intuir lo que no le importaba. Lo hubiera «enfriado» de todas formas.

—Un plan perfecto el suyo, Gassey. En teoría, sólo en teoría. Asesinar, robar, involucrar a seres inocentes en proyectos de sangre, son actos de los que se excluye la perfección. Los senderos flanqueados de cadáveres nunca han conducido al éxito. Y usted no ha conseguido ser la excepción de una regla que jamás puede confirmarse por medio de aquélla.

Los minutos habíanse sucedido uno tras otro, y la situación en nada había variado.

Cuando Scott y Hodder llegaron él... sería un cadáver más en el sendero.

Pensamiento éste que vio confirmado en el brillo siniestro que empezaba a iluminar las pupilas del banquero.

—Te sentencié a muerte, Callaghan —silbó entre mentes con morbosa delectación—. ¡Y ya ves!, el destino con sus ironías. El ha querido que yo mismo ejecute la sentencia que dicté. Te lo he dicho, pesquisa, de nada va a servirte...

El índice se cernía en torno al gatillo de la pistola que, ni por una décima de segundo había apartado el negro agujero de su cañón del cuerpo del detective.

Sonrió Charlie Gassey esbozando una mueca diabólica. Le imitó Gene Crawson retorciendo su boca con ruin alegría. Sonrió Robert Callaghan desafiando a la muerte.

Pero su expresión, la luz burlona que destellaban sus ojos, su serenidad, no pretendían ser un alarde de estoicidad. No existía en él la heroica resignación que por su actitud podía suponerse.

Todos sus músculos estaban en tensión. Dispuesto a un último y definitivo esfuerzo por salvar la vida.

La vida que en pocas horas se había jugado a cada minuto.

—¡MUERE!

«Ahora», se gritó.

Inclinó la cabeza y voló hacia adelante huyendo a la trayectoria de la bala. Notó el impacto de su mano contra la pistola en el preciso instante que sonaba la detonación.

Estrelló la frente en mitad del pecho de Gassey, derribándole al suelo y cayendo sobre él.

Crawson, automática en ristre, los vio contorsionarse por tierra

sin atreverse a disparar. Resultaba muy arriesgado precisar el blanco en uno de los dos cuerpos que se retorcían estrechamente abrazados.

Un aullido infrahumano brotó de labios del banquero. Y como no había perdido el arma al caer, apretó de nuevo el gatillo atronando por segunda vez el silencio de la noche. Robert trató de aferrar la mano armada consiguiéndolo en el último instante. Forcejeó con violencia para vencer la presión del brazo que pretendía doblar la muñeca para fusilarlo a quemarropa. El jadeo de ambos se hizo agobiante, casi siniestro, y el loco asesino, en un desesperado intento por zafarse de la presa que lo mantenía inmóvil, propinó a Robert un bestial rodillazo en el bajo vientre.

El detective soltó un ronco gemido y sintió los ojos llenos de lágrimas. Semiinconsciente aflojó la presión que ejercía sobre la mano armada.

Charlie Gassey prorrumpió en un sádico alarido de triunfo. Saltó hacia atrás inclinando el cañón de la pistola.

Apuntó al entrecejo del indefenso Callaghan.

—¡Cuidado!

El bramido que escapó por los prietos labios de Gene Crawson, resultó tardío por sólo décimas de segundo.

El banquero brincó como un tigre salvaje intuyendo lo que significaba aquel grito de advertencia.

Pese al felino escorzo, llegó tarde.

Su retina, no obstante, pudo llevarse al otro mundo una imagen clara y fiel de la expresión que contraía el rostro del teniente Baldwin Hodder cuando, por tres veces consecutivas, oprimió el gatillo de su enorme revólver.

Charlie dio un salto. Otro. Un tercero. Macabra danza la suya cuyo ritmo iban marcando, primero un fogonazo, luego un trozo de plomo.

Se contorsionó, giró en redondo, y al fin, cayó de bruces en tierra con los brazos en cruz.

Ahora, sí. Charlie Gassey estaba muerto. Y con él sus maquiavélicos proyectos, sus sangrientos epitafios.

Jack Scott mantenía al agente Crawson inmovilizado.

Callaghan, encogido por el dolor, se incorporó ayudado del teniente.

—Gracias —dijo sencillamente el detective.

—Jamás he merecido que me las dieras —reconoció Baldwin Hodder, como si de repente se hubiera desvanecido el antagonismo que hasta entonces le profesara al investigador—. Ahora menos que nunca.

El teniente dirigió una mirada preñada de amenazas hacia su corrompido subalterno.

—Ya sabes lo que te espera, Crawson —le sentenció—. Yo mismo te sentaré en la «cámara», policía repugnante. Seres despreciables como tú mancillan el honor de quienes consagramos nuestras vidas al servicio de la ley.

Lo esposó con desprecio.

—Con sinceridad —anunció el teniente de la Brigada de Homicidios mirando a Callaghan con manifiesta admiración—, no acabo de comprenderlo.

—Es complicado, desde luego —admitió el detective—. Pero sencillo en el fondo.

—Explícate.

Robert paladeó el ambarino contenido del vaso que sostenía en la mano derecha.

—El plan de Gassey era perfecto —habló—. Simulaba su muerte y desaparecía de Nueva York para disfrutar la fortuna que durante tantos años había ocultado. Una simple operación de estética, cualquier país de Sudamérica y a gozar de una plácida y opulenta existencia. Y a fe que supo elegir los personajes adecuados. Bertie Marthin, que por hallarse relacionada con Wilbur Iske, uno de los supervivientes del «proyecto Vogel», y por ser hija de Joe Balmer, ex «gángster» y perfecto conocedor de los secretos del hampa, atraería mis sospechas —caso de que saliera con bien de la trampa del cementerio— por senderos equivocados. Como así fue en un principio.

—¿Y por qué Gene Crawson?

—¿Quién mejor que un policía para sorprenderme en el momento de asesinar a Charlie Gassey? Además, vivía cerca del cementerio. Eso daría verosimilitud a su relato. El fue quien disparó sobre mí cuando apareció el «sosias» de Charlie obligándome, en un instante de nerviosismo, a disparar sobre el desdichado. Luego, rodeó el escenario y apareció a mi espalda en su papel de

pundonoroso policía. A partir de aquel momento, los hechos se sucedieron de acuerdo con lo concebido por Gassey. Centré mis sospechas en el dúo Iske-Serrou, únicos interesados aparentemente en la muerte del banquero. Su primer error consistió en eliminar a Wilbur Iske. Tal circunstancia me permitió localizar la caja en que el inglés había escondido el falso plano que, Gassey, en un alarde de su diabólica inteligencia, preparó para los incautos detectives que trabajaron para Wilbur y Maurice.

—¿Cuál fue tu conclusión de entonces?

—El plano estaba cubierto por una fina capa de polvo. Detalle, en apariencia insignificante, pero que demostraba que ninguno de aquellos dos —pese a lo que Balmer insinuara— estaban involucrados en la muerte del banquero.

—¿Por qué?

—Sencillo. Sabían que el plano era falso. No tenía lógica que planearan el asesinato de la única persona que podía conducirles hasta el cargamento que desde hacía veinte años trataban de encontrar.

Robert Callaghan hizo una pausa.

—El resto —dijo al fin—, ya te lo contó Scott. Las piezas encajan perfectamente. Gassey tuvo que deshacerse de sus colaboradores por miedo a que «cantaran», y de Balmer porque enterado del papel que su hija jugaba en el asunto quiso evitar que la asesinaran. No obstante, su suerte estaba echada, ya que había llegado demasiado lejos en sus averiguaciones.

—¿Cómo podía estar enterado Joe de la existencia de ese cargamento?

Robert sonrió burlón.

—¿Se lo preguntamos? —preguntó a su vez en macabra ironía. Y agregó—: Los tipos como Joe Balmer descubren en un día lo que vosotros no llegáis a sospechar en cien años.

El detective más cotizado de la ciudad, el que al día siguiente ocuparía de nuevo la primera página de todos los periódicos de Nueva York entre alabanzas, elogios y frases de admiración, se puso en pie.

—Puedes apuntarte el éxito —dijo a guisa de despedida—. No te reprocharé por ello ni te guardaré rencor.

Baldwin brincó de la butaca. Apoyó las manos sobre su mesa de

despacho.

—¡Eh! ¿Qué hay del dichoso botín? ¿Dónde está escondido?

La respuesta fue desconcertante.

—¿Has oído hablar del «tercer grado»?

El teniente cabeceó atónito.

—Sí, ¿pero...?

—Aplicáselo a tu ex subordinado Crawson. El te lo dirá. ¡Buenos días, teniente!

Y salió de la oficina de Baldwin. Éste, sin perder un segundo, se lanzó camino de la puerta en busca de los calabozos.

Si alguien hubiera llegado a imaginar lo que él estaba pensando, por inhumano que fuera, se hubiese compadecido de Gene Crawson.

## EPÍLOGO

Los labios de la mujer se posaron sobre los suyos con apasionada vehemencia. Vio sus pupilas reflejadas en el brillo amoroso que iluminaba las de ella.

Se separaron respirando con dificultad. Ahogados en el efusivo beso.

—¡Parece imposible! —exclamó Jane, jadeante—. ¡En unos minutos...! ¡Y cómo ha cambiado todo!

Robert se sirvió un trago generoso de *whisky*. Alzó el vaso simbólicamente.

—¿Sabes una cosa? —preguntó.

—No.

Breve silencio.

—Llevo varios años en los que, día tras día, he solucionado problemas ajenos. Y cuando por primera vez hay uno que me atañe directamente, cuando es mi propia vida la que depende de su solución..., tiene que ser otra persona quien me la facilite.

Jane Foster frunció el entrecejo. Curvó sus dulces labios en delicioso mohín.

—No te entiendo.

—Bien se merece que brinde por su memoria —soltó como respuesta, lanzando hacia adelante la mano que sostenía el vaso—. ¡Por Joe Balmer!

Luego consultó su reloj. Eso cuando ya había ingerido el *whisky*.

—Llegaremos tarde a la oficina —dijo repentinamente serio.

La mujer alzó las cejas.

—¿Vas a trabajar hoy? No has dormido en toda la noche.

Permaneció reflexivo unos instantes.

—Tengo un trabajo que hacer... —murmuró. Y lo olvidaba,

¿sabes? ¡Voy a casarme!

Corrió a cobijarse entre los brazos que la esperaban.

—¡Lo siento por tu novio!

Después llegó el beso. Encendido. Apasionado.

Se prolongó a lo largo de sesenta segundos, de ciento veinte, de...

FIN

# PRESIDENTES DE LOS ESTADOS UNIDOS



Con grandeza e intensidad distintas, treinta y cinco estrellas brillan en el firmamento político de la gran nación americana. Cada una de ellas corresponde a uno de sus presidentes.

colección

MARABU

ZAS





## VER A ELSA Y MORIR

por

KEITH LUGER

Abrió la puerta, pero no pudo dar un paso.

En el hueco había un hombre, un tipo de talla media, pómulos salientes y tez muy oscura.

En una fracción de segundo, Don se maldijo para sus adentros. Había dejado la pistola bajo la almohada y aquel era su asesino.

«Piel Cetrina» estaba tan sorprendido como él.

Empezó a mover la mano hacia la axila.

Don le golpeó con todas sus fuerzas, en la mandíbula.

El tipo no era muy pesado y chocó contra la pared del corredor.

## VER A ELSA Y MORIR

*Un excepcional relato. Un prodigio de violencia y picardía surgido de la fértil pluma de un escritor maestro en su género*

## VER A ELSA Y MORIR

por KEITH LUGER

*Recuerde este título*

*¡Sale la próxima semana*



La revista de la canción

6 pesetas todas las semanas

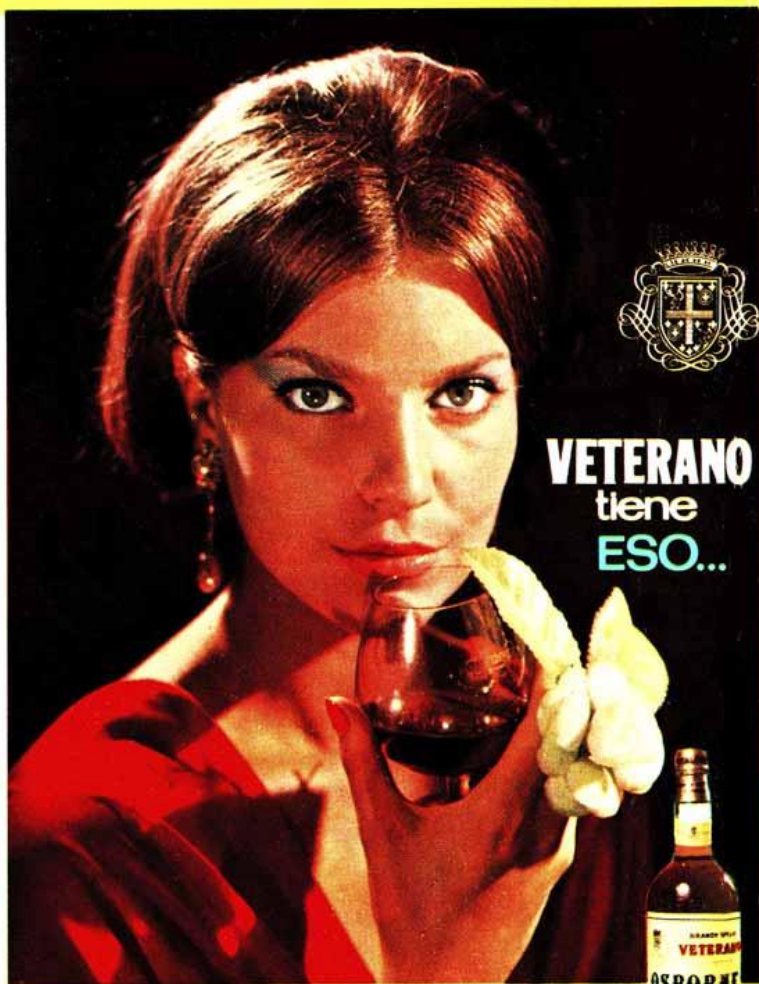
es fans...tástica



**EDITORIAL BRUGUERA. S. A.**

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONÀ (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain



**VETERANO**  
tiene  
**ESO...**

osborne

un **VETERANO** SABOR!...

**OSBORNE** Fundada en 1772

## Notas

[1] Hotel londinense popularizado en las novelas de Arthur Connan Doyle. < <